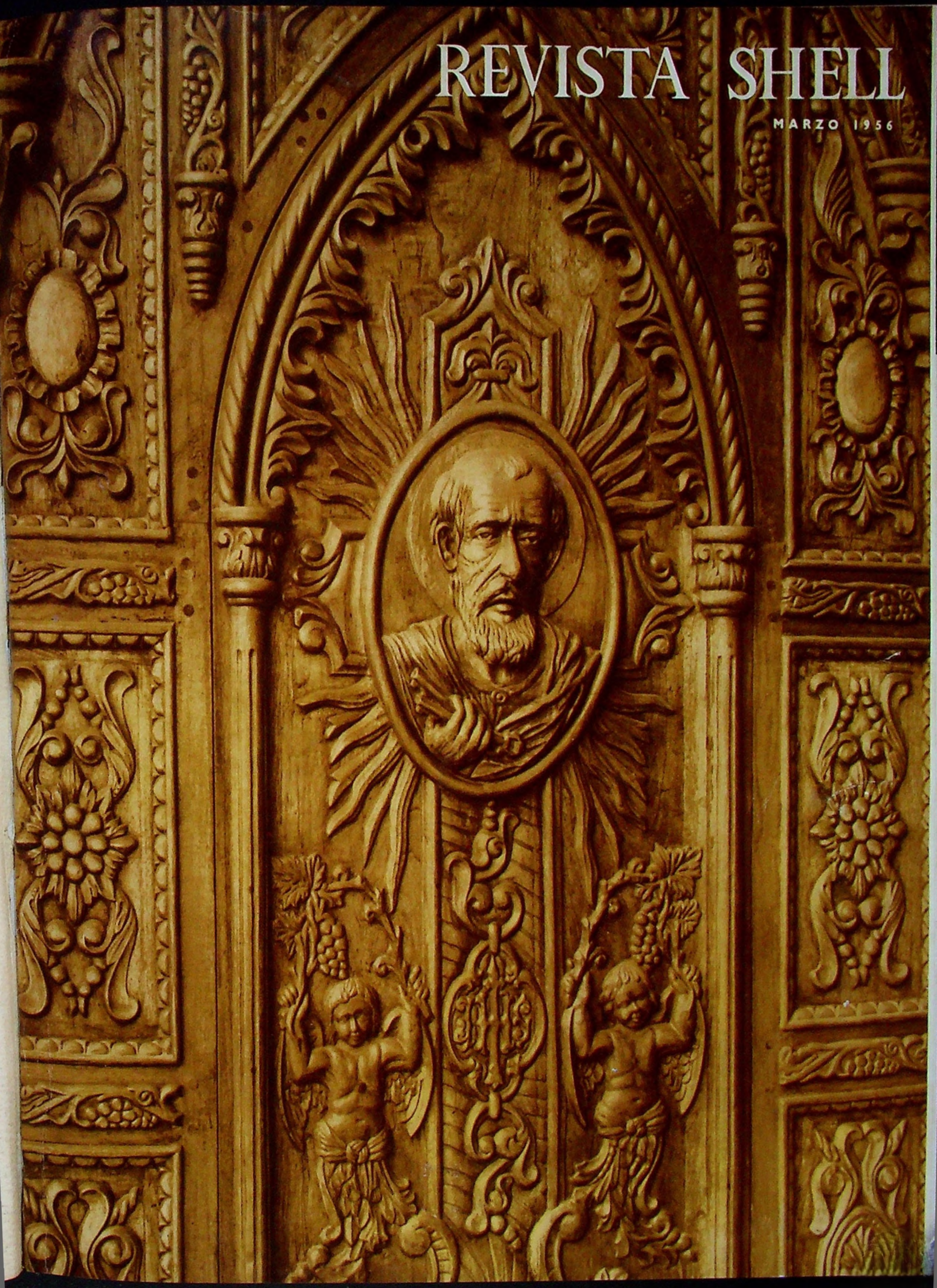
REVISTA SHELL

MARZO 1956







REVISTA SHELL

Nuestra Portada

La cubierta del presente número de la "Revista Shell" reproduce dos de los motivos centrales que adornan la talla en madera de la puerta principal del Templo de Capacho Nuevo (Estado Mérida). Obra de artesanía nacida de las manos creadoras de los alumnos de la Escuela-Taller que en aquella lejana población venezolana de Occidente sostiene la incansable voluntad del Padre Angel Ramón Parada.

"El templo de Capacho Nuevo resulta una amalgama de estilos —escribe nuestro colaborador Ramón González Paredes, en trabajo que insertamos en esta misma edición—. En él encuéntrase algo del gótico americano, del renacentista, del plateresco. La puerta es barroca, al igual del púlpito y del altar mayor. Es una iglesia coloreada, de tan vivos matices que parece una morada contemporánea, en donde abundan contrastes de colores. El templo de Capacho Nuevo simboliza la modernidad, el espíritu abierto a las últimas modas, dispuesto y predispuesto al cambio".

La cubierta ha sido realizada sobre fotos ejecutadas por Luis Noguera.

REVISTA SHELL DE MARZO DE 1956 — AÑO 5 — Nº 18 — Director: Dr. JOSE RAMON MEDINA

Sumario

EUROPA, ESPAÑA, HISPANOAMERICA, por Eddie Morales Crespo — 4

PINTORES VENEZOLANOS — 13

CAPACHO, PUEBLO DE LEYENDA, por Ramón González Paredes — 14

PRIMERA NOTA SOBRE JOSE ORTEGA Y GASSET, por Guillermo Morón — 20

EL ULTIMO DIABLO DE GUACARA, por Miguel Acosta Saignes — 25

IMAGEN DE VENEZUELA EN EL SIGLO XVI, por Isaac J. Pardo — 29

EL AVILA EN EL VERSO, por Rafael Angel Insausti — 36

PETROLEO Y PERLAS EN CUBAGUA, por Justo Simón Velásquez — 45

EL BOCIO ENDEMICO EN VENEZUELA, por Francisco de Venanzi — 53

INFLUENCIA DE LA BELLEZA FEMENINA EN LA HISTORIA DE VENEZUELA, por Antonio Reyes — 58

DIBUJO DE LOS NIÑOS, por Alarico Gómez — 64

FOTOS DE LUIS NOGUERA, ZOLTAN KARPATI Y PEDRO MAXIM.

Editada trimestralmente por la Compañía Shell de Venezuela.

Todo el material que se inserta ha sido exclusivamente solicitado para esta publicación.

Reproducción autorizada siempre y cuando se mencione el origen.

Esta edición consta de 24.000 ejemplares. Distribución gratuita.

Las opiniones de nuestros colaboradores no reflejan necesariamente las de esta Revista.

Foto del Mes

Rincón ecológico, por escondida senda solitaria,
bajo la sombra alta de los árboles,
este limpio recodo de Choroní da comienzo al bucólico paisaje de los Valles de Aragua,
cercanos al mar y a la montaña. — (*Foto: T. P. Gale*)

EUROPA, ESPAÑA, HISPANO-AMERICA

Por EDDIE MORALES CRESPO

Tres vivencias de una cultura

I

El generalizado concepto de que Europa empieza o termina en los Pirineos ha desestimado y silenciado muchas luminosas perspectivas del mundo hispánico. Aislada y compasivamente mirada por una cultura que nunca le ha ocultado hostilidad, España y lo hispánico han sido declarados algo así como hijos pródigos del espiritu europeo. Mientras cualquier banal novedad de la literatura francesa o cualquier testimonio artístico italiano o inglés son exaltados y de inmediato calificados de "europeos", las creaciones de España siguen siendo "españolas" y todo cuanto tenga sello hispánico ha de aceptárselo con discreta reserva. Más allá de las grandes individualidades que con frecuencia suelen nacer sobre alguna tierra habitada por el duende español, Europa no concede audiencia a ese mundo dramático y penoso, angustiado y devorado de pasión que no supo morder a su tiempo la dulce y hoy envenenada fruta del progreso y de la razón. Mundo pintoresco, mundo lúgubre bueno para ver pero no para vivir, mundo bárbaro y negro de Felipe II en el que se asfixiaría Descartes, Voltaire apagaría su risa y Augusto Comte se moriría de pena. Ciertamente existe una vieja frontera espiritual entre Europa y España que en la historia contemporánea se ahondó gravemente; mientras la estrella de Europa brilló hasta la segunda guerra del siglo, el firmamento español continuaba gris o negro, sin otra luminosidad que sus pintorescas danzas de reminiscencias bárbaras, sus cantos alucinados de tragedia y desesperación y su único escape a la vida y a la felicidad: su siempre hermosa y eterna poesía.

El cerco de incomprensión se estrechó más sobre España después de la emancipación de las colonias americanas. Entonces, a pesar del canto de cisne de la leyenda blanca, la causa hispánica se fragmentó y el mundo peninsular quedó huérfano de afecto y el alma lastimada de soledad. De allí en adelante el destino español encalló en las propias fronteras territoriales y su diálogo perdió más y más vigencia.

Las largas páginas de anti-hispanismo de que está sembrada la historia de América española son de triste e inobjetable elocuencia. Nuestro mundo hispanoamericano se enemistó con España no sólo por la causa de



Toledo: Iglesia de Santa María la Blanca

la emancipación; más allá del justo deseo de libertad de los pueblos coloniales o de los hombres que acaudillaron esos pueblos estaba la conciencia cierta de que el espíritu español estaba fanatizado y cerrado a los clamores del racionalismo moderno. No podía entonces cimentarse una cultura hispanoamericana calcada sobre la peninsular, y con tal evidencia, fueron pensadores franceses o ingleses quienes sirvieron de modelos de inspiración a los ideólogos de la independencia. Pero si bien la literatura política —sin duda la que más pródigamente florece en los días iniciales de autonomía republicana— trae originales mensajes, calor de patria nueva y rotundas afirmaciones idealistas, no va a ocurrir lo propio con las manifestaciones culturales. La europeización, y dentro de ella el afrancesamiento, se instalan olímpicamente en el alma del intelectual hispano-americano. Comienza entonces la bochornosa página de imitaciones descaradas de ambientes literarios ajenos y comienza asimismo a despuntar la pobre representación y ninguna originalidad que nuestras letras ostentan durante todo el siglo XIX. Si España nos disgustaba por su oscuridad y dogmatismo, peor andábamos nosotros rastreando servilmente las limosnas de la cultura europea. Y como personalidad es moneda que no se compra ni se adquiere por reflejo de quienes la tengan, tenía que ser ninguna la de las menguadas patrias de Hispano-América. España tenía la suya fuerte, pintoresca y desbordada, tan entrañablemente suya que chocaba con la de toda Europa; pero sus levantiscas colonias, ávidas de libertad y personería, habían conseguido soberanía política, mas no soberanía espiritual. Hay un fuerte rasgo que caracteriza la cultura española y la diferencia esencialmente de la europea: el individualismo. Es un rasgo no ocasional, remetido en las entrañas de la historia, que a nuestro juicio define global y genéricamente lo hispánico-peninsular. Sin caer en sutilezas de pensamiento es posible arribar a la observación de que el individualismo de raíz hispánica es enteramente distinto del llamado individualismo europeo. Cuando el Estado liberal hace irrupción en la historia contemporánea, el credo de libertad e igualdad humanas se convierte casi en un dogma político y social. La exaltación de la persona y de su libertad de pensar y obrar relegan el Estado a la subalterna posición de simple tutor de las libertades individuales. Ya no hay investiduras divinas que justifiquen el indiscriminado y arbitrario poder y sólo el soberano pueblo edifica el Estado y lo pone a su servicio. El viejo Estado nacional monárquico pierde su anterior investidura y el liberalismo se apersona de los destinos europeos. El que Europa se vuelva liberal no significa obstáculo alguno contra la unidad nacional; antes bien, ésta se consolida y se fortalece.

¿Cuál fué la situación de España después de su luminosa perspectiva histórica del siglo XVI? Después de haber sido el primer Estado nacional europeo, ¿logró adaptar su cultura política y su cultura general al espíritu post-monárquico?



King's College, Cambridge - Inglaterra

La conciencia nacional española es una de las más arraigadas y afirmadas del Viejo Continente. Un español siente la patria con más intensidad dramática, con más fuerza emotiva que cualquier otro europeo. El francés ama y admira la suya y quiere que su "dulce Francia" sea una segunda patria para el resto de los habitantes del mundo; el italiano pondera la originalidad y belleza de sus provincias llenas de música y colorido; el inglés tiene en la historia de Inglaterra su segunda Biblia y la más honda justificación de su vida; pero ninguno pone tan sublevada pasión y tan volcada angustia en la tierra progenitora como el español. Sólo que suele concebirla individualmente, y por ello se construye una imagen que con frecuencia es distinta a otras imágenes españolas de la propia tierra.

A la Reforma europea España opuso la Contrarreforma. A la luterana tolerancia opuso la intolerante Inquisición. Ese doble camino, ¿dividiría fatalmente los dos destinos?

La Reforma fué la fuerza motriz del liberalismo y la entraña de la democracia europea. El progreso, el racionalismo y el industrialismo son sus secuelas evidentes. El Estado nacional-liberal se nutrió de ella; la tolerancia política le debe su vigencia. Después del sangriento impacto que le sirvió de bautizo, el gran mensaje espiritual que traía se expandió por toda Europa y la ganó. La historia contemporánea de Inglaterra, de Francia, de Holanda y de casi toda Europa comienzan



Toledo: Patio de la casa del Greco

con el movimiento reformista. La estabilidad institucional y el liberalismo político tienen su origen en el cisma luterano. La Reforma trajo, finalmente, las coordenadas actuales de la Cultura Occidental.

La Contrarreforma fué el fenómeno opuesto; la fe contra la razón; el deseo de supervivencia de un mundo que se iba a pique: el medieval. La Contrarreforma significaba, por otra parte, la intolerancia religiosa y consiguientemente la intolerancia de la libertad de pensamiento. La erección de un Estado teocrático, a la manera del de Felipe II, tenía por fuerza que repercutir negativamente en la historia española. La inconformidad que muchos espíritus opusieron a esa infeliz tentativa de detener el mundo produjo el caos, la persecución y la anarquía; produjo la escisión del espíritu español en dos causas inconciliables, dos patrias o dos mundos nacionales, que se multiplicaron. Allí debió nacer ese feroz individualismo hispánico lleno de angustia y de caos, intolerante y hostil a la unidad del espíritu español. De allí también las fratricidas luchas políticas de que todavía no se recupera España, el atraso de su cultura desde el punto de vista institucional y su escasa representación en los destinos del mundo. Al morir el siglo XVI, en cierto modo, sucumbía España como misionera de los destinos europeos. Y ciertamente, el hondo signo español de aquella centuria no ha vuelto a repetirse ni siquiera en la ya inmortal generación del 98. Nunca las artes y las letras hispánicas llenaron más glorioso capítulo que en esa encrucijada del mundo que fué el siglo XVI. Tanto, que entristece un poco recorrer los museos europeos y llenarse el alma con las creaciones de la pintura española; o releer a Cervantes, a Lope y a Calderón en una época donde el signo hispánico se exhibe tan pobremente. Bien caro costaba a España, según acertado decir de Ortega y Gasset, el honor de haber sido el primer Estado moderno de Europa.



Universidad de París. Capilla de la Sorbona

II

¿Dónde está el actual mensaje del mundo hispánico? ¿Tienen las letras y las artes hispánicas alguna destacada jerarquía en la cultura europea?

Las interrogaciones que anteceden no han dejado de formularse en el incierto curso de nuestro siglo. Los intelectuales peninsulares y los hispano-americanos han roto una y otra vez sus lanzas contra el hermético y amurallado castillo de la cultura europea. Han demandado perentoriamente audiencia para el espíritu hispánico; han querido responder en términos universales a los enrevesados cuestionarios que el siglo tiene planteados.



Monasterio de El Escorial. Aspecto parcial

Ante todo surge un forzoso deslinde: ¿hay unidad cultural del llamado mundo hispánico? Parece que más bien valdría la pena partir de un supuesto de afinidades que no de una total identificación. No bastan para la empresa de asemejar los destinos humanos del español peninsular y el hispano-americano la comunidad del lenguaje, la vinculación histórica y la presunta causa común. No puede haber "Meridiano Cultural" ni es posible elegir una meca del pensamiento hispánico en que se fragüen indistintamente el destino y la personalidad de sus distintas porciones.

El nuestro es un tiempo de búsquedas sin hallazgos. La nave de la cultura europea se mueve en aguas revueltas y está como a la deriva. Las grandes conmociones históricas que se han producido en este siglo han roto la armonía del gran espíritu. Dios, Razón, Existencia, he allí tres anárquicas dimensiones del alma europea contemporánea. Ninguna es suficientemente poderosa para desplazar a las otras, y la filosofía y la cultura que de ellas nacen es áspera y agresiva. Salvo el espíritu inglés, y es de justicia consignarlo, ninguna de las grandes naciones europeas ha conservado el equilibrio y serenidad tan necesarios en épocas de crisis. Y es por ello que la cultura inglesa conserva el fresco humor, la dignidad de la vida y cierta mesurada dosis de esperanza que le han permitido sortear la dura ventisca y mantener jerarquía de primer plano en los destinos mundiales. Aquella célebre V de Winston Churchill constituye el más fuerte y limpio reto al desaliento y a la desesperación. Sin llegar al admirable y sereno equilibrio inglés, que es el equilibrio de una onda histórica continua y magistral, las culturas eslava y norteamericana, a más de expresar sus propios credos humanos, abren surcos a la esperanza y a la felicidad. La poderosa corriente novelística norteamericana, sin duda la mejor en su género en lo que va del siglo, está llena de luces, transida de creación y de infinitas vivencias. Es un río de la vida que despide energía y juventud. Tiene acentos whitmanianos y sigue siendo la expresión de un mundo que se levanta más y más. ¿Drama? Sí. Pero drama que no desemboca en la tragedia; drama del natural y eterno choque humano que siempre ha sido el nervio de la creación y de la inmortalidad. En la novela norteamericana crece la vida y amanece el mundo. Es una novela en la que la muerte tiene sólo su espacio natural y el sufrimiento aparece como lo que debe ser: un accidente más o menos frecuente del género hombre.

La literatura eslava contemporánea tiene por su parte módulos propios, de recia vitalidad. Sin ecos desesperados y sin la demoníaca protesta de la expresión latina, es una literatura donde el sueño humano no aparece vencido. En ella, como en la norteamericana, la vida fluye con más calor de afirmación que con el frío artificioso de la decepción.

Si el grado de poderío refleja en la cultura, o a la inversa, es cuestión que no viene al caso discutir. Pero cualquiera sea la razón, y sin que en ello vaya dicho que las culturas sajona, neo-sajona o eslava sean por sí superiores a la latina o germánica, por caso, resulta evidente que el tono de vida de las primeras es más saludable, más óptimo y más esperanzado que el que exhiben las segundas.

III

¿Es que puede haber esperanza y salud en las culturas latina y germánica? ¿Acaso el hombre de esos dos ámbitos ha tenido en este siglo otra escuela que la del sufrimiento y la aniquilación moral?



Roma: El Campidoglio. Palacio Comunal

Desde luego, si la cultura no es más que la manifestación del quehacer humano comprometido en términos de valor, y si ese quehacer en las culturas latina y germánica actuales es la historia de una larga frustración, no tenemos más remedio que aceptar como lógico el patético sentido que las llena. Nunca el tema de la guerra fué más exhaustiva y dolorosamente tratado; nunca el hombre apareció tan aplastado y engusanado como en la mayoría de las obras de la actual literatura francesa o alemana. No es que en ellas el sueño se haya evaporado o el amor se encuentre en la frontera de la muerte; más que eso, es toda la vida la que se siente mutilada, fallida de rehabilitación y ciega de porvenir.

La escala del sufrimiento europeo contemporáneo es difícil, si no imposible, de trazar. La guerra respetó muy poco y a todos, mal que bien, infligió igual trato. Salvo la circunstancia histórica que favoreció a Estados Unidos y le hizo perder en el juego menos que los demás, todos perdieron y sufrieron. Las guerras tienen sus propias leyes y la destrucción que causan no se mide por el número de muertes o por las ciudades arrasadas. Se estima por la aniquilación moral que traen consigo, por el caos humano y la tremenda desolación que aparejan.

Lo que le ocurre al mundo latino es otra cosa. Es que su suerte al futuro no le pertenezca y se halle sin propia voluntad de decisión y sin poder. En ese trance, Inglaterra le ganó la partida y conservó su influencia mundial.

Así las cosas planteadas, puede comprenderse quizás la desesperación, el pesimismo y el desorden que cunden

en el espíritu latino. Así podrá explicarse la filosofía existencialista, el arte no figurativo y otras mil invenciones con que suele sorprendernos el pensamiento o el arte de ese espíritu. Las tres dimensiones que ostenta la temática de la creación: Dios, Razón, Existencia, están desordenadamente combinadas; saltan en el arte, la filosofía o la novela con anárquicas direcciones. De ellas nace un hombre a veces desamparado por Dios, otras torturado por la razón y las más molido por la existencia. Un hombre que no cree en Dios, ni en su inteligencia, ni en sí mismo.



Roma: Iglesia de San Pietro in Montorio

El eclipse ha sido indudablemente muy penoso para el espiritu latino. Pero a pesar de su justa angustia humana, le queda todavía un desquite que no es intelectual ni filosófico trascendente: el placer de vivir. El mundo cotidiano nunca tiene mejor sazón que en una ciudad latina. Y si la armonía retornara a la tierra y el gran temor universal dejara despuntar una aurora de esperanza y felicidad, no hay duda de que el alma latina volvería por su alto fuero creador y por su luminosidad nunca hasta ahora igualada.

IV

El espíritu latino cobra muy peculiares características en los países hispánicos. El ya señalado rasgo del negativo individualismo no es el único. Esa gran divergencia cultural que a lo largo de varios siglos ha dividido a Europa de España, necesariamente tenía que promover conflictos internos en el propio mundo hispánico. La europeización y el afrancesamiento de las excolonias americanas, a pesar del falso y servil acento cultural que imponían, ejercieron indudable influencia sobre el alma hispano-americana y la predispusieron contra la dolorosa madre patria. No era sólo el caso de que Rousseau o Montesquieu, o Hume o Locke, fueran devocionarios de doctrina política para la generación de independencia; después de ellos la infiltración del pensamiento europeo no hispánico mantuvo su rango de principal seductor de las vírgenes y ya relativamente autónomas provincias del Nuevo Mundo. Más que Campoamor o Espronceda o que Núñez de Arce o el sin par Gustavo Adolfo Bécquer, los autores de más allá de los



Casa en donde nació Shakespeare

Pirineos seguían ejerciendo la dictadura del espíritu hispano-americano. La pobre novela española, su prejuiciado y débil ensayo, el escaso racionalismo de su ciencia, era legítima expresión de un pobre espíritu. ¿Qué le asignábamos entonces a la empobrecida madre? Nada más que música, poesía, pintoresquismo e intuicionismo;



Interior de la Mezquita de Córdoba

vale decir, primacía del sentimiento y del corazón. Genio de la anti-razón sería el español para el hispanoamericano, y en tal virtud era muy digno de admirar, pero suficientemente indigno para copiar. Hispanoamérica quería desnudez, mundana elegancia de ideas, abierto espíritu para la discusión política y para la exhaustiva comprensión del hombre. Eso, lo sabía, España no podía dárselo.

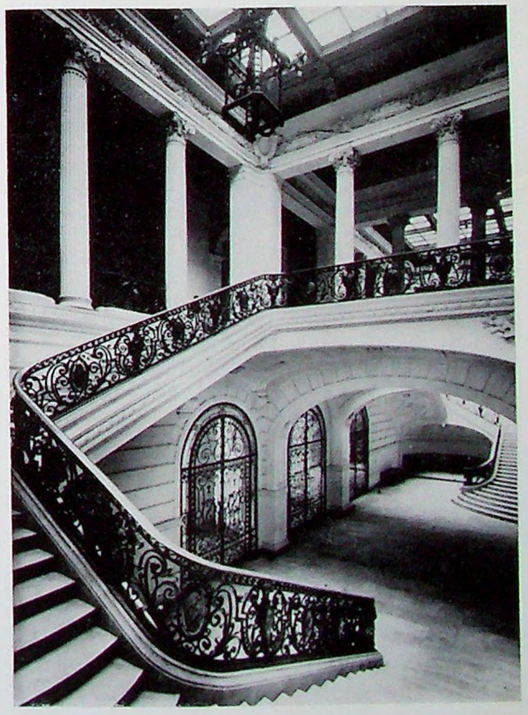
Pero como las leyes de la herencia suelen ser tan avasallantes, y como adquirir una personalidad no es cosa de simple copia, el espíritu hispanoamericano tardó siglos en descubrirse y emanciparse. Acosado por dos flancos, el español y el europeo, la herencia y la aspiración, tardó más de un siglo en completar su independencia política con la independencia cultural y moral.

La encrucijada actual sorprende al espíritu hispanoamericano en trance de afirmación y de personalidad. No es ya el vulgar copista de creaciones europeas y españolas. Su cultura empieza a desafiar las ya familiares clasificaciones y su mundo a construir propias fronteras. Es en tal sentido en que no puede hablarse de una capital del pensamiento hispánico (Meridiano Intelectual o Plaza Mayor) que tenga su sede en Madrid.

España tiene luminosas perspectivas en su cultura presente. Talladas siempre sobre la dura roca del individualismo, han destellado desde el 98 a esta parte gloriosas figuras del espíritu español. Desde el vasto mural poético de esa penosa y honda generación del exilio, honra no sólo de España, sino de la más representativa esencia de la cultura de Europa, hasta las eminentes figuras de la ciencia española contemporánea, ha habido en el curso de este siglo hitos hispánicos que ni Europa ni el mundo pueden silenciar. Pero el viejo y siempre recrudecido drama, el de la patria dividida y la historia fragmentada, continúa devorando la entraña del ser hispánico. Sólo que por curiosa paradoja de nuestra época, ese feroz y negativo individualismo ha inmunizado suficientemente la cultura española para no precipitarse en el general desaliento humano que respiran las otras culturas latinas. Y aunque la española llore tanto y tan desgarradamente, lo hace por sí misma, por su hombre y por su drama, hombre y drama que retan en la angustia a toda la angustia europea contemporánea. Vaya esa nota diferencial a poner frente a frente dos grandes angustias latinas de nuestro siglo: la del personalismo y la individualidad española al universalismo itálico o francés. Al dejar de ser material y espiritualmente potencia de primer plano en el mundo de nuestros días, el universalismo latino-europeo ha sufrido el gran colapso de su antes cierta esperanza y optimismo. Y el individualismo español, cuya angustia no describe una parábola de mundo derrumbado, sino de vida deshecha en el drama de la patria, escancia su dolor con un poco de estoicismo ante el gran dolor de su mundo hermano. De allí bien puede surgir una reconciliación y un reajuste del destino de la latinidad. Si como se afirma es esta la época en que el hombre ha tenido mejor visión histórica, viene de perlas la circunstancia para tomarla en necesario beneficio. Si la latinidad está en posición subalterna en el orden mundial contemporáneo, su espíritu tiene —y no es metáfora— más capacidad de visión y más precoz sentido del porvenir que otras culturas europeas. Su signo profético está presente desde Dante hasta Maquiavelo, desde Rabelais a Descartes y desde Voltaire a Augusto Comte.



Universidad de Salamanca



Universidad de París. La gran escalera de honor de La Sorbona



Cambridge: La Gran Puerta de St. Johns

V

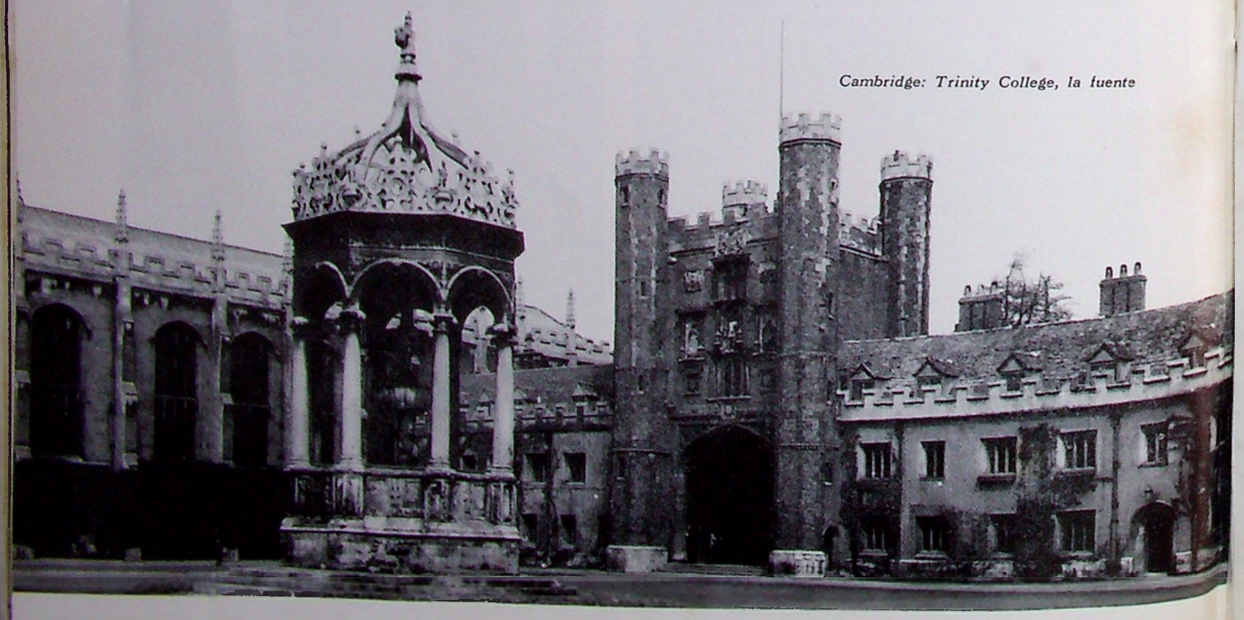
Latinoamérica conserva todavía gran parte del rasgo individualista hispánico. Su cultura actual se debate entre dos expresiones peculiarmente suyas: la búsqueda de una conciencia filosófica trascendente y la expresión ya madura de propias vivencias cósmicas. La primera ha sido impuesta por las perentorias investiduras morales de nuestro mundo. Cuando se exige a cada país y a cada pueblo que dejen caer su palabra sobre la problemática del siglo, nadie puede eludir tan grave requisitoria. Así Hispanoamérica se empeña en organizar su antes caótico frente; plantea sus necesidades e inmediatos intereses y trata de unirse en un sólido y fuerte bloque. Para comenzar se han presentado dos problemas, a saber: el mutuo desconocimiento y la histórica rencilla. Hasta hace muy pocos años, la comunidad hispano-americana se ignoraba a sí misma. Tan frías podían ser las relaciones de una república con otra como lo eran con países de otros continentes. El aislacionismo nacionalista reflejaba y todavía refleja en la situación cultural. Más fácil era leer cualquier autor europeo que conocer una página del escritor vecino. Además, contribuía poderosamente a dilatar el desconocimiento la histórica rencilla. Por la primacía de un héroe o un caudillo sobre otro, por una faja de frontera, por los más banales motivos, se llenaban fuentes espirituales de reserva y de frialdad entre los pueblos hispanoamericanos. El que debía ser el mundo de la América de habla española, se tornaba, en virtud de la recíproca suspicacia, en un mundillo de rencillas y de chismes intrascendentes. Si ese era el flanco exterior de las repúblicas, no le iba en zaga el interior. La herencia española de las divisiones y subdivisiones de la patria florecía pródigamente en el suelo americano. De allí que se levantaran cúmulos de historietas sobre lo que debía ser historia única.

¿Hemos llegado por fin a ponernos de acuerdo sobre un común destino? La respuesta está planteada, pero aún no resuelta. Exteriormente Hispano-américa ha empezado a conocerse; se cambian embajadas de amistad y los países realizan tentativas de deponer rencillas. La historia se revisa con más serenidad y más altura por las jóvenes generaciones, cuyo espíritu está limpio de prejuicios. Puede afirmarse que si desde el punto de vista exterior la América Latina no presenta un frente unido, está a punto de presentarlo. En cuanto a la interioridad de cada país, no se ha desterrado aún la resistente semilla hispánica. Esas dos perspectivas, la exterior y la interna, son claves para conocer hasta qué punto ha existido o existe una conciencia hispano-americana en órdenes históricos presente y futuro.

El otro costado de la expresión de Latinoamérica, es decir, el mundo cultural de vivencias cósmicas, existe de manera indudable. Nuestra conciencia cultural está plenamente madura. La típica novela de ambiente propio que se extiende admirablemente desde México hasta el Río de la Plata; la rica vivencia del trópico que llena de luces inconfundibles la poesía hispano-americana; las fuertes y legítimas caracterizaciones de nuestra música y de nuestra pintura, nos han dado una personalidad verdaderamente autónoma. ¿Quiere ello significar, entonces, que de la misma manera que España brillamos en lo cultural-artístico pero carecemos de personalidad histórico-política? ¿Lo hispánico, aquí como allá presenta el mismo signo peculiar? No lo creemos de ninguna manera, y es por ello que no adherimos la tesis del Meridiano Intelectual o de la Plaza Mayor. En primer lugar, nuestra conciencia cultural no es individualista a la manera de la española. El espíritu latinoamericano traduce fielmente las vivencias de nuestro mundo. Es un espíritu único, inconfundible, y ya emancipado de la tutela europea o española. En segundo lugar es un espíritu liberal, que a diferencia de lo que ocurrió al español sólo padeció de reflejo el cisma que dividió a España de la cultura europea. La división entre nosotros se produjo como efecto y no como causa, y sin duda entre la perspectiva hispánica y la europea la conciencia hispanoamericana simpatizó mucho más con la última. Por eso fué servil e imitadora, en mucho mayor grado de lo europeo que de lo español. Y si es cierto que pueden observarse muchos rasgos individualistas en nuestra historia, nunca serán tan hondos y tan esenciales como los de la historia hispánica. Hispano-américa ha sido personalista por causas políticas y se ha dividido por cuestiones históricas relativamente banales; pero nunca su drama humano ha sido tan secular y tan hondo como el que dibujan varios siglos de acontecer español.

Finalmente, tampoco late la angustia en nuestra conciencia cultural. Esa angustia elevada y trágica, frustrada de felicidad, que ha atormentado el alma española, es desconocida para el latinoamericano. Sin el universal pesimismo de la Europa latina, y sin la devoradora llama individualista de la conciencia española, los latinoamericanos estamos buscando la comprensión y solución de nuestros vicios y la afirmación de nuestra personalidad frente al mundo. En tal sentido, no somos ya pobres hijuelas de la cultura europea o subordinados espirituales de la tierra progenitora.

Las tres dimensiones de la latinidad: la europea, la hispánica y la hispanoamericana, tienen hoy por hoy módulos y acentos propios. Advertirlas y expresarlas no envuelve ningún pronunciamiento sobre el definitivo papel que les está reservado desempeñar en este siglo en que la acción y el pensamiento humanos tienen grave urgencia de temperancia y reflexión. Todo cuanto contribuya a hacer comprender las causas y aspectos de la querella mundial contribuye igualmente a realizar un gran servicio humano. Hoy debemos más que nunca adoptar el lema que recomendaba un gran humanista y escritor: Obrar como hombres de pensamiento y pensar como hombres de acción.



Cambridge: Trinity College, la fuente



Cambridge: Interior de la capilla del King's College

EDDIE MORALES CRESPO



Nació en Carora, Estado Lara, el 7 de mayo de 1925. Cursó estudios de bachillerato en el Colegio Federal de su ciudad natal, en el Instituto Pedagógico Nacional y en el Liceo Libertador de Mérida. Se graduó de Doctor en Ciencias Políticas en la Universidad Central de Venezuela en 1949. Obtuvo una beca del Consejo Universitario, organismo del cual formó parte en representación del estudiantado de la Facultad de Derecho, para cursar estudios de post-grado en la Universidad de París, en la especialización de Derecho Internacional Público. Viajó por Italia, España, Francia, Alemania, Austria y Suiza. Ha sido colaborador de "El Nacional", "El Heraldo", "El Universal" y de la "Revista Nacional de Cultura". Es profesor de la Cátedra de Derecho Internacional y Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad "Santa María". Ha publicado un libro: "Notas de Nuestro Tiempo".

PINTORES VENEZOLANOS

HECTOR POLEO

La obra de Héctor Poleo, de conocida aceptación en el ámbito pictórico nacional, ha merecido amplios y justos elogios por parte de críticos venezolanos y extranjeros en las diversas exposiciones que ha presentado, dentro y fuera del país. La mayoría ha visto en él a un joven maestro de la pintura venezolana contemporánea. "La seguridad, la gran manera, los imperceptibles cambios de tonos y la modelación escultural de los rostros son las cualidades maestras de Poleo", ha escrito Margaret Breuning. "Se puede decir de Poleo que pinta como un maestro de otros tiempos", expresa Rosamond Frost. Y Florence Berryman ha agregado: "Las pinturas de Poleo poseen, además de una bella línea básica, colores cálidos y fascinantes". "Para evocar sus fantasmas familiares —nos dice Woldemar George al enjuiciar la pintura de nuestro artista—, Poleo encuentra acentos nuevos más persuasivos, más potentes, más agudos".

"¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? Nacido en Caracas en 1918, diseña y pinta desde su infancia. A los cinco años, ya confía al papel sus sueños y sus pesadillas. En Caracas da sus primeros pasos. En 1938, está en México. Sigue asiduamente los cursos de la Escuela de Bellas Artes. Sus maestros no son ni Siqueiros, ni Diego Rivera, que es el iniciador del realismo social. Pero está en contacto con los jóvenes artistas del grupo "Gráfica Popular", la mayor parte de cuyos miembros adoptan las concepciones de aquéllos."

"Los temas que escoge definen su tendencia. Pinta escenas de la vida campesina. Su fin no es explotar el exotismo de ropas y costumbres con el cual Gaugin, francés de extracción peruana, había puesto al día el atrasado plan patriarcal. Sin duda, la belleza hierática de campesinos aferrados a la tierra y a las cosas de la tierra no le es indiferente. Siente obscuramente que está impoluta y que los tiempos modernos aún no han convertido en "robots" a los sembradores y pastores de los Andes. Pero su obra es, sobre todo, el poema heroico de un país y de un pueblo."

Los dos cuadros reproducidos son, respectivamente, "Barloventeñas" y "Recuerdo".

Por RAMON GONZALEZ PAREDES

CAPACHO
pueblo de leyenda



Una población en la montaña

La montaña le reserva al viajero innumerables sorpresas. He querido salvar las lagunas que sintiera en lo hondo don Pedro Emilio Coll cuando me dijera cierta vez que no era venezolano, porque no conocía ni los Llanos ni los Andes; he deseado ser turista en mi propio país, para meterme por los caminos de Venezuela y conocerlos mejor que pueda conocerlos cualquier habitante de tierra adentro.

El turista está preparado, con su espíritu abierto, como una ventana por la que se mete el sol a raudales. Va a la caza de experiencias nuevas, busca las sorpresas antes de que éstas le salgan al paso y curiosea en lo más importante de cada región. Fuí turista en Europa y Africa, y ahora quiero serlo en mi país, para que los valores nuestros, por manidos y trajinados, no pasen inadvertidos, como nos pasa la hermosa naturaleza tropical, exuberante, que cantara don Andrés Bello, el primero, y de la cual dejó constancia en sus inolvidables versos de llamada el poeta Lazo Martí en su "Silva Criolla".

El mundo de la montaña requiere cierta preparación espiritual, como lo necesitan los llanos. Antes de ir a Bélgica, Holanda, Alemania, Austria, Italia e Inglaterra; antes de ir a Francia, España, Portugal, etc., leí guías azules compradas en París, para enterarme como viajero de cuanto debía visitar, para prepararme en un estado de conciencia de fina percepción. Los Llanos requieren de Lazo Martí, Rómulo Gallegos, Arvelo Torrealba, a título de examen de conciencia. Los Andes han menester de Gonzalo Picón Febres, Samuel Darío Maldonado, "Pío Gil", Mariano Picón Salas, Briceño Iragorry, Tulio Febres Cordero, Marcos Figueroa. Necesitan de un poeta que enseñe el abecedario de los paisajes brumosos, que muestre el delirio pleno de la niebla. Ninguno otro mejor para estos menesteres que Manuel Felipe Rugeles en su exquisito, alado libro "Aldea en la Niebla". Otro buen compañero es Enrique Castellanos, con sus poemas de la obra "Desnudo Páramo".

Es menester ir preparados para enfrentarse a aquellos hombres que tienen cierta dureza física de piedra, la mudez de los repechos, la altura de sueños de los cerros, en veces grises, a trechos rojizos, con manchones verdecinos salvados de la erosión; de aquellos hombres que si en lo exterior se hermanan con las rocas y los collados, tienen en cambio el alma etérea, desleída, brumosa, como un cuento de neblina; y alma soñadora en gris, cual el viento paramero.

La región adonde dirijo mi atención se llama Capacho, distrito del Estado Táchira, cuya capital se conoce hoy día con el nombre de Libertad. Cuando el viajero sale de San Cristóbal y se dirige a San Antonio, acaso rumbo a Colombia, pasa por Capacho, y aquí no llamamos Libertad a la capital del Distrito, sino le decimos como de antaño, porque es más conocido de todos en su designación primigenia.

El pueblo es moderno, pulcro. La civilización lo ha transformado y unido, hasta el punto de que la antigua



Guardián de la serena vida del pueblo,
el león, en su inmóvil altivez,
vigila la caída de la tarde

El turista está preparado, con su espíritu abierto, como una ventana por la que se mete el sol a raudales













Este es Capacho: una población en la montaña...

división de Capacho Viejo y Capacho Nuevo, ha sido salvada, y ambos Capachos no resultan hoy sino una población unitaria, un solo conglomerado que llama la atención del viajero con sus casas de teja, todas recién pintadas, con sus calles amplias, pulcras, con sus plazoletas llenas de árboles, cuidadas, con sus dos iglesias, una para cada Capacho, en donde se pone de manifiesto el fervor religioso de los lugareños. El cura párroco de Independencia es el Padre Parada, quien tiene que velar por el alma de las gentes de doce aldeas. Antaño ejerció oficios de párroco el Padre Eugenio, pero luego de muchos años de trabajo renunció para dedicarse por entero a la docencia, a la educación de espíritus campesinos.

Las iglesias de la población ofrecen un vivo contraste. La de Capacho Viejo es vetusta, señorial, altiva. Tiene la particularidad de que las aguas que corren por uno de sus lados van a caer a la hoya hidrográfica del Lago de Maracaibo, y las aguas del otro lado engrosan la hoya hidrográfica del Orinoco. Este dato lo recibí de boca de uno de los moradores de la región andina. Aún no lo he sometido a crítica. Todavía no lo he confrontado, sino acepto y vierto en la misma forma como recibí semejante información. La iglesia de Capacho Viejo parece simbolizar el espíritu tradicional de los lugareños, tan apegados a las costumbres de caducas raíces, el mismo espíritu que se puso en contra de los primeros gérmenes de Independencia. En cambio el templo de Capacho Nuevo resulta una amalgama de estilos. En él encuéntrase algo del gótico americano, del renacentista, del plateresco. La puerta es barroca, al igual del púlpito y del altar mayor. Es una iglesia coloreada, de tan vivos matices que parece una morada contemporánea, en donde abundan contrastes de colores. El templo de Capacho Nuevo simboliza la modernidad, el espíritu abierto a las últimas modas, dispuesto y predispuesto al cambio.

Un poco de historia

Capacho tiene dos momentos cruciales. El antiguo Capacho, que se remonta al año 1627, y el Nuevo Capacho, que surge después del terremoto devastador, del cual se hacen lenguas algunos ancianos moradores, según referencias de sus padres, o sea, en 1875.

La primera noticia que tenemos del antiquísimo Capacho nos informa que el Licenciado don Fernando de Saavedra fijó límites para demarcar aquella región aborigen.

Según diligencia de don Diego Carrasquilla Maldonado, que data de 1642, Gerónimo Colmenares había sido designado encomendero de los Capachos, como se designaba el lugar, según la nominación propia de los indios moradores, en bohíos dispersos, por aquel sitio. Al Padre Pedro Rodríguez Gordillo se le había nombrado cura de almas en semejantes contornos.

Don Rodrigo de Parada fué de los primeros gobernadores de la región, por allá en el año 1642, cuando las casas indígenas, los pequeños pueblecitos o caseríos aborígenes adquirieron sentido de población, tuvieron función de unidad, cuando se denominó al conjunto San Pedro de Capacho. El fundador se llamaba don Luis Sosa Lovera.

Los indios capachos eran gentes fuertes, aguerridas, valerosas. Les dieron mucho que hacer a los conquistadores españoles y pusieron en serio aprieto al gobernador de El Tocuyo, por el año de 1547.

En la época de la Colonia, aquellas gentes agrupadas en San Pedro de Capacho por don Luis Sosa Lovera, viven una existencia monótona, apegada a lo tradicional. Si en un comienzo de la Conquista le hicieron frente a los españoles, poco a poco el espíritu hispano se va infiltrando en el pueblo, va ganando las conciencias, hasta el punto de que Capacho no sólo no subrayó el movimiento de Independencia, proclamado el 19 de abril de 1810, ni estuvo de acuerdo con la destitución del Capitán General, sino que se puso en armas abiertamente contra los patriotas, bajo las órdenes de Lizón. En esto los moradores dieron nueva prueba de belicosidad, de espíritu recio, un tanto amantes de la aventura, del riesgo, al mismo tiempo que conservadores, cual lo pusieran, asimismo, de manifiesto en la lucha de los Comuneros del Socorro, que llevó a gentes lugareñas hasta las inmediaciones de Mucuchíes, según información de don Marcos Figueroa, quien a la vez se basó en el libro "Investigaciones Históricas", del Dr. Vicente Lecuna y en el folleto nominado "Título de las Tierras que pertenecen a los resguardos y Comunidades de indígenas del Distrito Capacho", editado por el Concejo Municipal.

Un terremoto acabó con el vetusto, tradicional Capacho, fundado en 1642. No quedaron sino ruinas, sobre las cuales un grupo de ciudadanos notables entre quienes cabe recordar a Pedro Molina Velasco, Pedro Buitrago, Francisco J. Molina, Justiniano Velasco, Bernardo Daza, Pbro. José Encarnación Montilla, Angel María Jaime y Evaristo Jaime, el 18 de mayo de 1875, decidió

trasladar cuantos menesteres habían podido salvarse y refundar Capacho en otro sitio, denominado "El Blanquizal", que tenía como límites: por el Poniente y el Norte el cauce de la Quebrada de Capacho; por el Sur el camino de San Félix, y por el Oriente el zanjón del Barro.

Dice don Marcos Figueroa, en un trabajo sobre "Datos Históricos del Distrito Capacho", aparecido en el número extraordinario del "Diario Católico" de San Cristóbal, de fecha 14 de mayo de 1954, que "Transcurridos sesenta y cinco años, se perpetúa el antiguo nombre de Capacho en el de uno de los nuevos distritos que integran hoy el Estado Táchira. Dos laboriosas comunidades, Independencia y Libertad, con una población de catorce mil y pico de habitantes, dicen a las generaciones actuales mucho de la recia envergadura que poseyeron los aborígenes que legaron su nombre a la región que se distingue por el empuje de sus industrias madres y por el espíritu acogedor de los montañeses nacidos en aquellas faldas ubérrimas, donde el esfuerzo del hombre mantiene intacta la tradición honrosa de la lucha por una existencia dependiente de los frutos de la tierra, arrancados a fuerza de una rara energía".

Trae a colación Figueroa los datos que arrojaba el Dr. Emilio Constantino Guerrero por 1905, en su libro "El Táchira Físico", acerca del número de habitantes del hoy distrito Capacho, entonces distrito Castro; población que alcanzaba la cifra de 10.950. Anota Guerrero que en la plaza Monagas del pueblo capital del Distrito, parroquia Independencia, "se dió el célebre grito del 23 de mayo, con el cual empezó la revolución de 1899".

Independencia y Libertad

Independencia y Libertad se denominaron los dos Capachos y en tal nominación está patente el amor del

El crepúsculo vespertino, medio soñoliento, medio gris, cae sobre Capacho









La montaña le reserva al viajero innumerables sorpresas...

Táchira por nuestros valores históricos. En pocas regiones de la República se observa un culto tan sincero a los símbolos de la Patria. En los lugarejos del Táchira, en cada tienducha puede encontrar el viajero un pensamiento de Bolívar, una sentencia que le haga meditar acerca de nuestro destino como nación.

Pequeñas industrias

En pocos lugares de la República encontramos que la labor de los sacerdotes sea tan fructífera como en los pueblos del Estado Táchira, especialmente en Libertad, es decir, en Capacho.

El cura de almas en el Táchira no sólo se ocupa de sus oficios religiosos, sino se siente, al mismo tiempo, padre de una comunidad y responsable de ella: de su educación, de sus industrias, de sus festividades, de su economía y de sus ensueños.

El Capacho de hoy puede resumirse en dos nombres. Lo que antes se conoció como Capacho Viejo, en el Padre Eugenio, y cuanto se denominó Capacho Nuevo, en el Padre Angel Ramón Parada. Eugenio y Parada tienen dos caracteres completamente distintos. El primero es un hombre pequeño, delgado, nervioso, blanco, de ojos vivaces, azules. Vive en el ademán, en el gesto de recogerse la sotana, en una salida de su temperamento, que gusta de actuar sin comentarios, que no quiere publicidades, ni bombos. Le place la labor soterraña, en silencio. Tiene sobrados méritos este padre. Es el fundador de la primera escuela de normalistas campesinas de la República. Con tesón, como una abeja sin rumores, va de uno a otro lado, siempre enfundado en problemas, para educar a las numerosas chicas de los campos, a quienes enseña gratuitamente artes, labores y pedagogía; a quienes gratuitamente acoge en su Taller-Escuela, les da alimentación y enseñanza, en un ambiente agrícola, hasta el punto de que las niñas, desde sus dormitorios, no miran sino la montaña, el arbolado, los cerros, para que ninguna sombra de ciudad perturbe sus espíritus y les aparte de la misión para la que son educadas: enseñar en el agro, en el caserío de tierra adentro. Comen mientras la música, que difunde un altavoz conectado con un "pick-up", les brinda finas melodías que apaciguan sus almas y les educa paulatinamente el oído.

El Taller-Escuela ha ensayado todos los puntos de la industria. A un fracaso, no desmaya el Padre Eugenio, sino dirige su empeño en nueva dirección. Adquirió un molino de trigo que no le resultó como esperaba. Tiene tractor propio. Ha hecho sembrar hasta naranjas de California y manzanas y peras del norte en los sitios más fríos, en los más elevados. Vive en un constante ensayo agrícola, en un afán perenne de realizar injertos. Las niñas hacen sus vestidos en las hilanderías del Taller, de las cuales salen finas mantas y tapices y alfombras, hasta trajes de paño, como puede apreciarse en la exposición realizada no ha mucho con motivo de fin de curso. Las niñas siembran hortalizas, coles. Las alumnas, en los ratos de asueto y en los días festivos, disfrutan plenamente de la Naturaleza, en los hermosos parajes, en la piscina, sembrada de árboles sombrosos, en un ambiente de silencio, de recogimiento, de verdura, propicio a la meditación.

Aún recuerdo las lagunas con lotos de hojas anchas, extendidas. Aún tengo en mi memoria esas lagunas salpicadas de flores de loto; flores blancas y rosadas que ponían en el agua una nota de ensueño, un poco del crepúsculo vespertino que hilaban y deshilaban las nubes en el cielo, sobre los árboles frondosos.

El Padre Parada es un hombre de industria, dispuesto siempre a crear, hospitalario, de avanzada. Es gordo, afable, de carácter enérgico, moreno, de rostro firme.

Ha creado la Agro-Escuela parroquial Padre Contreras, antes Don Bosco, en donde educa gratuitamente a niños campesinos. Para niñas creó, con religiosas de la Congregación Mariana de Jesús, el Colegio "Mariana de Jesús", en donde las chicas reciben educación y se las prepara también en artes y oficios. Vi de manos de las hermanitas los hermosos bordados, los tejidos de fina confección, las pinturas de mucho vuelo imaginativo que realizan las alumnas. El ambiente es sosegado, hermoso. Las niñas corren y juegan en el patio. Es hora de recreo. Visito la capilla. La capilla invita a la oración. Resulta pulcra, limpia y acogedora.

El Padre Parada creó también el Centro Jocista "Monseñor Sanmiguel", en donde los obreros y campesinos encuentran un sitio de solaz. En vez de ir a los bares, se refugian durante las noches en los salones del centro. Allí leen, conversan, juegan.

Talleres

Ya vimos cómo se las arregla el Padre Eugenio para desenvolverse con su taller-escuela de jóvenes. Ahora el Padre Parada tiene, a la vez, en el antiguamente llamado Capacho Nuevo y luego Independencia, Talleres-escuelas para varones. Muchos de los chicos que antes trabajaron con el Padre Eugenio hoy se han venido a realizar menesteres de cerámica con el Padre Parada, porque éste sueña con una industria de grandes proporciones que salga de la ciudad de Capacho.

En su taller se realizan finos, admirables trabajos de cerámica. También ha comenzado a trabajar en el taller de vestidos, sólo a título de ensayo. Las niñas del Padre Eugenio son muy finas en laborar, en confeccionar toallas, tapices, bufandas, chales, alfombras, mantas. El salón de su taller es amplio, luminoso. Las chicas, bellas campesinas, de chapadas mejillas y sonrisas frutales, llenan la estancia con la gracia de sus manos y con el encanto de sus ojos.

Salgo del taller de tejidos del Padre Eugenio y contemplo el panorama de Capacho. Capacho envuelto en niebla, embozado, con mechones de bruma, lleva el espíritu por sendas de ensueño.

Al subir a mi automóvil en compañía de Enrique Delgado, periodista tachirense que ha sido mi bueno y gracioso guía en todas mis andanzas por San Cristóbal y pueblos aledaños, admiro los cacharros que me regaló el Padre Parada, visitado antes de arribar a los predios del Padre Eugenio. Resultan una hermosa jarra, un cenicero, dos vasos de cerveza. Todos estos objetos son de la cerámica que trabajan los muchachos del taller. Han hecho en cerámica vajillas, jofainas, jarras, vasos grandes de adorno. Reciben numerosos pedidos y por la cantidad de braceros y las proporciones que está cobrando el taller, puede vaticinársele un hermoso porvenir, con un vasto radio de acción.

También tiene el Padre Parada un taller para finos trabajos de madera de exquisito labrado. De esto dan buena prueba la puerta barroca de la iglesia, el altar mayor, obra íntegra de los muchachos del Taller, y el púlpito, que me hizo recordar a los famosos púlpitos de las iglesias belgas.

Recorrido en la tarde

La banda de música, que en el Táchira se llama "banda de guerra", compuesta por muchachos campesinos de la Agro-Escuela "Padre Contreras", llena con sus tamboriles y cornetas de alegría y aliento bélico el crepúsculo vespertino, medio soñoliento, medio gris, que cae sobre Capacho. El pueblo, con gente afable, servicial, hospitalaria, luce hermoso en los juegos de luces del atardecer. Suena la campana de la iglesia. Se une el vocerío de las campanas con la fabla de los tambores y los alaridos de las cornetas. Hay rezongos de bronces y rezongos de instrumentos musicales. El día es fresco, montañés; día de leyenda, como esta región que por haber sido la cuna de Cipriano Castro y de la mayoría de los sesenta, ha resultado objeto de fantasías, de cuentos, de anécdotas sin fin en todo el ámbito de la República.

Paseo por la Plazoleta de "Capacho Nuevo". Hay flores cuidadas, árboles arreglados con esmero. Enfrente están, altivos, broncíneos, los indios que Castro mandó poner: dos estatuas. La india tiene ligereza de gacela; es sensual y ágil. El indio parece mirarnos sosegado, tranquilo, sin otros problemas que los agrícolas, que las sanas labores de la Naturaleza: ubérrima, exuberante, verdecina, en la cual suele realizar la niebla una ronda de amanecer y algunas veces también rondas nocturnas, como aquellas del célebre cuadro de Rembrandt.

RAMON GONZALEZ PAREDES

Escritor, ensayista, poeta y dramaturgo venezolano. Nació en Trujillo el 6 de noviembre de 1925. Es doctor en Ciencias Políticas y Sociales. Su amplia y diversa bibliografía lo coloca entre los intelectuales más fecundos del país. Ha permanecido en Europa por dos temporadas, siguiendo cursos de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid.

Primera nota sobre
JOSE ORTEGA Y GASSET

Por GUILLERMO MORON

El 4 de enero de 1937 publicó Ortega y Gasset un artículo en "La Nación" de Buenos Aires titulado "En la muerte de Unamuno". Le rinde un homenaje, que en vida del gran salmantino le negara, con estas palabras finales: "La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España desde hace un cuarto de siglo. Al cesar para siempre, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio".

No había necesidad de mucha clarividencia para una profecía semejante. En España ha habido silencio desde la muerte de Unamuno. Ortega no murió en 1955, sino entonces, vasallo de aquella voz. Me refiero, claro está, a la vida puramente española, dentro de la cual Ortega no puso más las manos desde cuando se marchó al exilio a salvarse, intelectualmente, para las ideas universales.

Dos cosas principales manifiesta Ortega en el artículo de despedida del agónico personaje celtíbero. Le llama comediante, a la manera de Bernard Shaw; incapaz de detenerse en meditación interior. La acusación no es nueva, pues que ya en 1909 le apostrofaba con la palabra energúmeno, aplicada en el más vulgar de los sentidos. No es necesario detenerse en la consideración de lo irrespetuoso de aquel otro artículo de "El Imparcial", porque Unamuno tampoco era hombre de formalismos, tan mal parados en los libros de Pío Baroja, el otro vasco. La verdad es que los escritores de mi raza cultivan la altanería como una forma contundente de cultura, de función vital. El segundo punto a destacar en las tres páginas aludidas es el relativo a la falta de doctrina de Unamuno, que en efecto no supo o no quiso estructurar ninguna, bien por su pretensión de ser poeta, como cree Ortega, o acaso por incapacidad constitutiva. Resulta extraordinario tomar a punta de pluma estas dos observaciones centrales que uno de los dos grandes españoles de este siglo hace a su predecesor inmediato. Téngase en cuenta que en 1909 Ortega sentía el peso de Unamuno y hubiera querido ser su discípulo, su vasallo; pero el genio personal, o más bien la soberbia, se lo evitó. Digo extraordinario porque ambas faltas —si es que no son virtudes— están también presentes en Ortega, hábil en eso de adelantarse a las candilejas y falto de "una doctrina taxativa inequívoca".

Las aseveraciones anteriores encontrarán una comprobación rigurosa en su oportunidad, bien que saltan a la vista de cualquier lector "apasionado", poseído de la pasión intelectual suficiente para darse cuenta de los fenómenos personales, individuales, que urgen detrás de la obra de cualquier escritor. Tenía interés especial en abrir estas notas con la yuxtaposición de los dos nombres más significados de la España contemporánea, los únicos que manejaron un cúmulo de ideas suficientes para servir de base a un período histórico, para impregnar el ambiente de flúidos, de corrientes, de canales de aireación, de vigores punzantes. Toda una materia prima que España habrá de aprovechar en el final de este siglo para reincorporarse en la vida histórica. Si el teatro jugó un buen papel en la vida de ambos, si ninguno pudo establecer un sistema filosófico, dejaron los puntos señalados para un inmediato porvenir.

Como podrá observarse, no pretendo escribir una necrología, uno de esos elogios que admiradores y discípulos, amigos y familiares, levantan en torno a los muertos. Creo que soy el único en alegrarme por la muerte de Ortega. Cumplió una poderosa misión de hombre inteligente y ya era hora de que su propia sombra diera paso franco a las realidades de su destino. En pocos años más España dará otro vuelco, con una terrible experiencia sobre las espaldas. Se recordará a Unamuno y se recordará a Ortega como constructores de un mundo de ideas que tejerán el nuevo relieve histórico de la Península y su pueblo.

La antinomia

Los periódicos han recogido en el otoñal mes de octubre la noticia de la muerte biológica de José Ortega y Gasset como un acontecimiento en la vida espiritual de España y de Europa. Todavía hacen los españoles la oposición. He viajado varias veces a través de los Pirineos y de cierto he experimentado las profundas diferencias existentes entre la Península Ibérica y Europa, no sólo en el paisaje natural, sino fundamentalmente en el paisaje humano. El orden administrativo incluso acusa ya las oposiciones. Por encima de las fronteras de Europa occidental —desde los escandinavos a Francia, desde Italia a Inglaterra— se pasa con tranquilidad, sin sentirse el peso de las aduanas. En Irún, camino de Madrid, se le queda al pasajero, aunque sea un hispanoamericano que ha vivido en y que ama a España, el humilde aparato de radio comprado en Hamburgo para facilitar el aprendizaje de la lengua de Goethe. Esto significa que la constitución de España no ha ingresado en la máquina llamada Europa. Sin embargo Ortega fué un personaje europeo tanto como español, y en eso reside principalmente la fuerza de su acción intelectual: hacer que España se incorporara a la masa de los países transpirenaicos, donde la cultura "cristiana" ha desarrollado la potencia de su genio.

La pregunta que conviene responder en forma clara es si la labor del pensador muerto el 18 de octubre de 1955 en su casa de Madrid —veremos un día que eso tiene importancia— consistió en llevar España a Europa o viceversa. Sería necesario rastrear los escritos orteguianos, labor bastante fácil por lo demás, para aclarar la situación: Ortega llevó Europa a España, pero nada más. Quiero decir que el aporte del genio español al chorro de cultura europea ha sido poco, mientras que el baño de formas de pensamiento, de ideas generales, provenientes de Europa, ha sido grande en estas últimas generaciones peninsulares. Más concretamente: las novedades de la cultura intelectual alemana de finales de siglo y de los treinta primeros años del presente, pasaron la frontera pirenaica en las bien nutridas bolsas de Ortega, quien las asimiló con criterio francés y las entregó a su pueblo en lengua castellana. Una labor semejante presentaba duras dificultades, lleno como estaba el medio de prejuicios antiguos y de pereza científica. La obra de Ortega es gigante, hecha pendiente arriba, por lo cual no pudo estructurar una doctrina personal, sino emparentada a las germanas. Es la duda actual respecto a la perdurabilidad de las corrientes ratio-vitalistas. En otro lugar analizaré con detenimiento estas acusaciones.

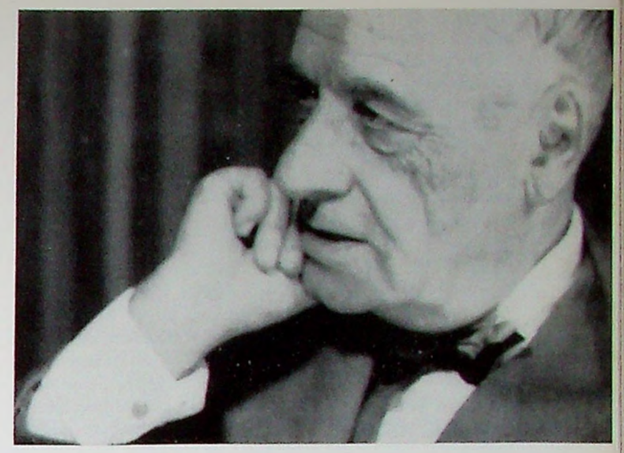
Biografía interior

En algún lugar de sus escritos —son seis volúmenes de Obras Completas más otros muchos artículos que no se han querido o no se han podido publicar— ha dicho el pensador cómo su biografía responde más a vivencias interiores que a acontecimientos externos. La suya ha de ser, por tanto, una biografía de biografía de alma, de palpitación de ideas, de adivinaciones e intuiciones en las paredes cerebrales. Juntamente con la sucesión de sentimientos; pero sentimientos de orden estético,



como lo saben todos cuantos le han leído, y son muchos en todas las lenguas europeas, fundamentalmente en la española —su original— y en la alemana —su madrastra—. Dos grandes literatos contemporáneos suyos, cuya labor está también cumplida, Pío Baroja y Azorín, han dicho ya esa verdad en los días de duelo.

Acaso algunos hechos tengan importancia en el ámbito vital de Ortega, además de los dos grandes sucesos que sellan la vida de un hombre: el nacer y el morir.



El pensador no dió trascendencia a ninguno de los dos extremos; recargó toda la mano en lo único en que se gozaba: vivir. Es tan poderosa la acción de vivir, que su muerte ocurrió sin estremecimiento: fué el último acto de la vida. Aquellos acontecimientos externos, digo, pueden contarse con los dedos de la mano: su viaje de estudios a Alemania, su incorporación a la cátedra de Metafísica, la fundación de "Revista de Occidente", su intervención en el derrocamiento de la Monarquía, su huída de España en 1936 y el exilio consecuente, y finalmente su regreso en 1948 hasta el día de su muerte. Más trascendentales son los jalones interiores, que no siempre siguen la línea de los movimientos de su vivir externo. Tres resortes mueven al escritor en la esfera de sus acciones: primero que nada el periodismo, que le encausa, que le prefigura el estilo y el alcance popular de sus meditaciones; en segundo lugar su labor pedagógica desde la cátedra universitaria, que le obliga a entrenarse en los rigores del estudio, a mantenerse en continuo contacto con las corrientes filosóficas, científicas; desde allí organiza los grupos selectos que le ayudarán a subir en la fama creadora; se forma un discipulado que hoy le admira y respeta, pero que no ha continuado su obra; en tercer lugar su labor editorial, que él dirige con tacto, le avienta a todos los lugares de habla castellana, primero, y luego a Europa. Hombre de ideas claras, trabajador, infatigable pensador, supo armar un andamiaje a su obra como no se había hecho nunca en la Península.

La verdadera biografía de Ortega puede contarse desde dentro de sus escritos, a medida que numerosas lecturas y una esforzada meditación le enriquecen el existir.

Las jornadas

El primer gran impulso orteguiano es el libro "Meditaciones del Quijote". Antes de 1914 era sólo un joven escritor de donoso estilo, capaz, eso sí, de meter sus narices, con gracia, en cualquier sitio: en periódicos, en revistas y en una cátedra. La aristocracia madrileña necesitaba a un hombre de talento y Ortega está pintado —por sus numerosas condiciones— para servir el puesto. El pequeño volumen se adorna con una pregunta del maestro Cohen, el filósofo que en Marburgo enseñó a

Ortega, sobre el glorioso personaje castellano. España está en el centro de la atención del autor. No es un *libro de filosofía* —Ortega no tiene ninguno; esto es, cada página suya tiembla de anhelo filosófico—, pero sí un *libro filosófico*, como lo es todo aquel que se encara con problemas de orden espiritual. Las "Meditaciones" sugieren los temas del futuro. Pero si no hubiera escrito otras cosas, sólo fuera promesa, muestra de talento y de claridad, de valor y de juego ético.

Luego es "El Espectador", que por sí solo determina la personalidad del gran escritor: dominio de ideas numerosas, inquietud ferviente por la cultura y sus formas, proceso estético e impregnación filosófica rutilante en todos los ensayos. "El Espectador" es una buena fuente para mirar el surgir a borbotones de las ideas orteguianas; vuela de una rama a otra, desasosegado, sin detenerse en nada para profundizar, como que su mirada penetra de una sola vez, fulgurante. Un hombre que anima las nimiedades, un dialogador; pero no un científico que se sienta a la mesa a darle forma a los tratados. Mas parece que nunca estuviera en Alemania, como que los hábitos modernos de los pensadores nórdicos no se le pegaron, pero sí las ideas. Estos ocho cuadernos valen para darle gloria al escritor. Han corrido los años entre 1916 y 1934. En el entretanto aparecen también "España invertebrada" (1921) y "El Tema de nuestro tiempo" (1923), el uno para España valedero y el otro para Europa.

Sólo en 1930 publica un gran libro, una obra que atiende a urgentes llamadas universales: "La Rebelión de las Masas". En estas páginas se pone de manifiesto la capacidad de análisis de Ortega y Gasset y su mágica clarividencia. Ya no habrá más hasta la "Historia como sistema", que sea suficientemente sólido para influir en su biografía interna. El resto son momentos cuotidianos, que naturalmente cumplen su papel en el existir intelectual.



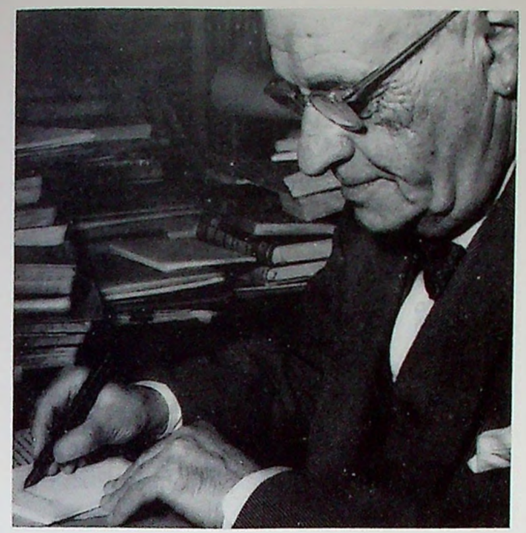
El punto central en el acontecer orteguiano durante las últimas décadas de su vida ha sido su función de filósofo. La gran discusión en España y acaso en la América de habla castellana es si el pensador —que tanto ha influido en el arte de escribir en ese mundo nuestro— puede o no considerarse como filósofo. En Alemania, país al que tanto se acercó Ortega y donde se le lee más aún, según parece, que en España, se ha resuelto la situación muy fácilmente, o mejor dicho, no se han interesado en ella. Ortega no es un filósofo, sino un filósofo de la cultura. La diferencia es clara: el filósofo se pone delante de las cuestiones universales y las escudriña hasta conseguirles una solución aceptable. El filósofo investiga minuciosamente y levanta un sistema avalado por unos cuantos tratados. En cambio el filósofo de la cultura —Kulturphilosoph— tropieza con todo tipo de problemas, aún los de carácter transitorio, los mira, juega un poco con ellos y pasa de largo. Los aciertos del filósofo de la cultura son de orden menos denso, aunque acaso más agudos y en Ortega de genialidades verdaderas. Suele encerrar en una media página, rotundamente escrita, lo que un investigador desarrolla en mil. Disimule el lector la donosa exageración.

En 1929 se preguntó Ortega: ¿Qué es la filosofía? En diez conferencias expuso sus criterios, sin lograr el establecimiento de una filosofía personal. Sus tesis rodean la filosofía vitalista, existencialista, que dos años antes expuso Heidegger en "Ser y Tiempo". Para captar el flúido filosófico orteguiano es necesario escoger frases, leer con ojo avizor. Esta tarea la ha cumplido Julián Marías, que más que un discípulo es el expositor sistemático de Ortega. Quiero decir que Marías ha estudiado de cerca, con detenimiento minucioso, los libros, los pensamientos de Ortega y ha levantado la filosofía orteguiana. Hasta hoy ha cumplido una labor generosa: sistematizar a Ortega, sin añadir nada de su propia cosecha. Se necesita para ello mucho amor y es lo que no quieren reconocer los adversarios filosóficos.

En Alemania no se ha escrito ningún estudio sobre la filosofía orteguiana: Lógica, Metafísica, Ontología. Cuando el Profesor Meyer, de la Universidad de Göttingen, comenzó su introducción al curso de este semestre de invierno, 1955-56 (Einführung in metaphysische und ontologische Grundfragen) enumeró las "metafísicas" existentes y sus respectivos fundadores. Ortega no estaba en la lista. El puesto que le corresponde es bien diverso, según me parece deducir de la respuesta del profesor alemán a mi pregunta sobre el por qué no estaba el nombre del español con su respectiva Metafísica. Una metafísica de la filosofía de la cultura acaso pueda y deba incluirse en la inductiva. No, no ha creado Ortega una Metafísica. El ejemplo es aislado, pero muy significativo. Conozco solamente un trabajo donde se intenta fundamentar una metafísica orteguiana: el de Julián Marías.

Creo que es hora de traer las cosas al sitio justo, a la realidad. La personalidad de Ortega, por sí tan sugestiva, se ha tomado como bandera de luchas en el campo de las ideas. Es perfectamente explicable que los espíritus alertas, las inteligencias mejores, vean en Ortega un filósofo. Hay en España absoluta necesidad de tomar carrera en ese nombre de tan amplias resonancias, porque la filosofía estaba muerta en la Península. La cuestión es resolver primero el punto histórico, para poder avanzar luego; y eso es precisamente lo que no se ha hecho, porque los escritores se han dedicado a luchar un mucho desordenadamente.

Los dos que disputan en torno al nombre de Ortega —si se me permite usar el guerrero verbo disputar— han sacado de quicio el "estado de la cuestión". De una parte Julián Marías se ha puesto a decir en sus libros —una Historia y una Introducción a la Filosofía— y en



cuanto artículo escribe, que Ortega es un filósofo sistemático, un creador metafísico, la más grande figura filosófica de la historia, poco más o menos. En este sentido, por falta de discreción, Marías hace daño a la figura de su maestro. Del otro lado los que cultivan la filosofía tradicional, especialmente el Padre Iriarte y el Fraile Oromí (el libro del Pbro. Saiz Barberá es realmente torpe para tomársele en serio), niegan a Ortega originalidad y casi pretenden colocarle sólo en el campo de la literatura, además de criticarle desde los estrechos límites dogmáticos. Pero los esfuerzos hechos por ambos críticos ya demuestran lo contrario: los valores filosóficos de la obra orteguiana. La Iglesia española ha tenido que combatir a Ortega por su evidente, palpable, perenne acatolicismo, confesado por el escritor con la claridad que le caracteriza. Si murió como católico, no se sabe con certeza, aunque lo dijeron los diarios españoles. El testigo presencial, Padre Félix García, ha escrito líneas muy escurridizas y comprometedoras, pero sin afirmar nada.

Como en la mayoría de los casos, la verdad, esa difícil ecuación que el pensador persiguió siempre, ansioso como estaba de ella, la verdad, digo, está en una posición media. Mi personal estimación es que Ortega fué un filósofo en el sentido en que un hombre puede llamarse tal: desde dentro de su personalidad. Vivió filosóficamente, haciéndose continuas preguntas, solicitando en su interior respuestas a los muchos porqués de la vida del hombre. En cuanto a la obra escrita, es imposible colocarla al lado de los filósofos puros, especulativos y sistemáticos. No estructuró un sistema que pueda apreciarse con fijeza, con apuntalamiento de tratados. Pero impregnó de filosofía toda su obra, escrita con pasión intelectual y con riqueza artística. Un filósofo —como cree Aurelio Fuentes Rojo— a lo Sócrates. Por eso Ortega se llamará siempre un filósofo de la cultura, pero su nombre no quedará entre los clásicos de la filosofía propiamente tal. Gran pensador sí, gran buscador de la verdad. No creo que sea necesario más para tomar de él principio a una acción intelectual fecunda.

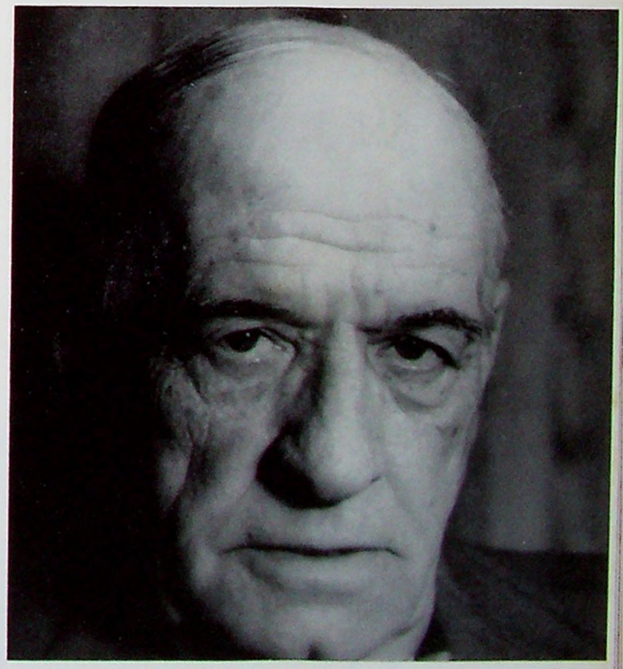
Verdad y Cultura

La búsqueda de la Verdad fué una de las preocupaciones de Ortega y Gasset. En muchas ocasiones acertó a encontrar "verdades"; en otras se le escapó de las manos alguna fundamental. Sobre este punto encendido de la historia de las ideas podemos insistir todos aún al margen de los otros pensadores.

En la primera de las mil cincuenta y cuatro páginas que componen su tratado en torno a la Verdad, afirma el filósofo Jaspers: la verdad es el camino (Wahrheit ist unser Weg). El hombre está en esa vereda para, echando adelante a paso firme, alcanzar una posesión más definitiva. No intento interpretar el cauce y alcance de la explicación del filósofo germano, sino que cito como puro estímulo su proposición, por medir la resonancia del término. El drama humano es, precisamente, no ser el hombre un poseedor, no constituirse en amo de la Verdad, del camino, sino apenas estar en ella, ir por ella. Esto es: *poder* estar en ella. Permítaseme utilizar otro vocablo jasperiano: Zeitdasein, que puede traducirse por ser-en-el-tiempo o por estar-en-el-tiempo; significa cómo el hombre es criatura temporal y seguramente la Verdad le excede.

La idea que me interesa apuntar es la referente a que la vida está sujeta a tiempo perecedero, sin posibilidad de eternizarse. Sin embargo existe un anhelo de sobre-vida muy curioso y acuciante en cada individuo. Aquí asoma la trascendencia su inquieto rabo de araguato.

Si la Verdad es solamente la Vida, tendremos un buen punto de apoyo para creer que, efectivamente, a la Verdad no se la posee, sino que ella posee. Yo no a la Vida, a la Verdad, sino ella a mí. Pero en esta fácil y traedera circunstancia no seré yo quien caiga.



Me atreveré, con la osadía propia de un principiante, pero con la emoción que también es hermosa característica en los neófitos, a prefigurar una como trama —para no darle nombre de teoría— filológica. Los griegos decían αλήθεια, que es lo que en latín veritas y en nuestro castellano verdad. Es una palabra con maravillosa, con mágica resonancia, en cualquiera lengua. El griego sacó



el término de una cosa concreta, real. Al olvido se le llamó λήθη; al olvido, sí, al olvidar. Quiero imaginarme que a ese vocablo se le acomodó el sufijo α con intención privativa, quedando constituido un no-olvidar. De cierto que esta llamada al no-olvidar es el aviso repetido como anuncio neónico a lo largo de la carretera: la Verdad.

Un humilde y discreto historiador —discreto pese a las acusaciones de que ha sido objeto— en el campo venezolano, llamado Pedro Simón, fraile Francisco y buen caminante, utiliza en alguna página de sus Noticias la frase: realidad de verdad. El uso que tiene en sus manos es, acaso, rudimentariamente histórico; pero visto en el declive de la cultura adquiere un cierto reflejo de orden filosófico que yo pretendo restablecer aquí. Realidad de verdad sería el punto hacia el cual se aproxima el hombre en su incesante caminata a traves de la Vida y a por la Cultura.

Yo mismo me sorprendo, a esta altura del andar, con la interrogante de hacia dónde tiran todas estas apreciaciones al parecer tan desemejantes. Acaso una clave esté en la voz Cultura que ha aparecido por ahí como en última instancia. Ella recoge los diversos ecos y los reúne en su seno, como unificándolos. La Cultura se me aparece como estructura y huella última de la Verdad y de la Vida, tanto de las que los griegos sacaron a pulso del tiempo clásico, que para ellos era común y corriente, como de las que resonaban en el hueco cordial de Fray Simón y aún de las rigurosas Verdad y Vida en la meditación sistemática de un filósofo moderno.

Tengo la impresión, bastante materializada en el momento histórico sufrido hoy por los hombres, de que se tiende a una cultura única, común, que fué aspiración del Cristianismo. Sin embargo no parece que sea propiamente la doctrina de Cristo la predominante en el futuro que ya se echa encima. Veinte siglos cristianos mantuvieron la separación radical de las culturas, en la misma forma que la Iglesia ha sostenido las jerarquías con violencias de los procedimientos de Cristo-Humano. Cuando el Papa habla de "permanencia en la verdad" señala la fijación de la cultura. Pero la cultura no se fija, sino que continúa. A este respecto habría algunas cosas que aclarar. Una de ellas es que si bien las formas de pensar alteran su externa significación, el hombre está de tal manera constituido, que un cierto germen permanece siempre el mismo, en la forma original e invariable, como una fuente. Escójase al azar una de las estructuras utilizadas por y nacidas de las necesidades civiles —Iglesia, Estado, Ejército, Ciencia, Moral— y se comprenderá mejor el fenómeno.

En el Estado, la democracia, que parece apenas de ayer, se ha manejado desde los tiempos clásicos; vieja prosapia que le da un cierto calor aristocrático al ultrajado término: δημοκρατια.

En el fondo, como esencia de toda la complejidad del vivir, quedará la Cultura a manera de los residuos en las paredes interiores de las vasijas de barro. Había que estudiar el método aplicable a fin de que el hombre rindiera a su cultura en tal medida que los sobrantes de Vida —la transmisión palpitadora de esa migajas residuales— fueran realmente fecundas. ¿No es éste el caso de la vida de Ortega? Unos cuantos rasgos vivos a lo largo de su obra, para más allá de la muerte.

GUILLERMO MORON

Escritor venezolano actualmente en Europa. Profesor en Ciencias Sociales del Instituto Pedagógico Nacional, de Caracas, ha recibido el título de doctor en Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Ha publicado varias obras de ensayos y un importante volumen sobre historia venezolana. Colabora en los principales diarios y revistas nacionales. Ha seguido estudios especiales en Inglaterra, Alemania y España.



El último Diablo de Guacara

POR MIGUEL ACOSTA SAIGNES

El nueve de junio de 1955, día de Corpus, hemos presenciado en Guacara, población del Estado Carabobo cercana a Valencia, un baile de *diablos* o *diablitos*, que es resto de un antiguo baile folklórico semejante, según los datos, a los que en otros lugares de la República han existido. Del de Guacara habíamos conocido sólo una mención escrita, realizada por el señor Mario Briceño Perozo, en un artículo publicado en la *Revista de Cultura Universitaria* a propósito del "Diablo de Carora".

Como verá el lector, encontramos en Guacara dos *diablos*. Sin embargo, nuestro título aquí es "El Ultimo Diablo de Guacara", pues sólo uno de los dos bailarines ha continuado ininterrumpidamente el baile, prolongando así la antigua fiesta de *diablos* o *diablitos*.

La población de Guacara, en el Estado Carabobo, es capital del Distrito Guacara, y en el censo de 1950 resultó con una población de 5.880 habitantes. Se conservan allí diversas fiestas folklóricas, a las cuales acuden muchos de los habitantes de los campos vecinos. Guacara está situada en una zona hasta ahora predominantemente agrícola y aunque por su población entra francamente dentro de la clasificación urbana, mucho de su vida es todavía de tipo rural. La zona es de interés para los especialistas en diversas disciplinas antropológicas, pues abundan los restos arqueológicos, los petroglifos y las tradiciones folklóricas.

Nos dió noticia acerca de los *diablos* de Corpus, el señor Rafael Teodoro Canelón, quien nos había acompañado en 1949 a visitar una zona de petroglifos cercana a Guacara. El nos presentó a don Magdaleno Matos y asistió a la grabación que hicimos de la música que acompaña al baile, así como a las conversaciones que sostuvimos con el mismo señor Matos y con el señor Juan Bautista Pinto, de Yagua.

Don Magdaleno Matos tiene 62 años, es propietario de algunas posesiones agrícolas, en terrenos cercanos a Guacara y de algunas casas en esta localidad, pero según nos refirió, nada de eso obtuvo por herencia, sino que ha logrado progresar por su propio esfuerzo. Es hoy el único guacareño que baila en el día de Corpus el antiguo baile de *diablos*. Comenzó a hacerlo en 1911, a la edad de 18 años, cuando había cambiado ya el carácter del antiguo baile que, según refiere, se había practicado como *baile de cintas* hasta 1908. Para esa fecha bailaban trece individuos. Doce con traje masculino y uno disfrazado de mujer, todos con máscara. Uno de los doce asumía el papel de capataz. Ya en 1911 habían dejado de realizar el baile de cintas y comenzaban a juntarse transitoriamente, sólo para asistir a la iglesia, con el objeto de hacer una limosna u ofrenda. Después se dispersaban, bailando independientemente por el poblado. Cada uno de los bailadores llevaba, por consiguiente, una guitarra. Nunca se han entonado cantos.

Recordemos que el *baile de cintas* existe muy ampliamente distribuido en la República, donde en diversos lugares se ha fundido con otro tipo de ceremonias, como en este caso de Guacara, o ha tomado el nombre de Sebucán, como sucede en el Oriente de la República. No sólo en Guacara, sino en otras poblaciones, aparecen unidos grupos de *diablos* al *baile de cintas*, pero no trataremos aquí sobre tal circunstancia, que hemos de exponer en otro trabajo. Sólo queremos señalar cómo ha desaparecido en Guacara, para dejar como resto sólo un baile individual. Y resulta del mayor interés que todavía se conserve el recuerdo de la transformación. En otros sitios hay también datos que permiten seguir los avatares que el *baile de cintas*, indigenizado en el nombre de *Sebucán*, ha tenido en Venezuela.

Aunque, según las informaciones de don Magdaleno Matos, existen todavía algunos de los antiguos bailadores de principios de siglo, no pudimos entrevistar a ninguno de éstos. Hubo un tiempo cuando don Magdaleno bailaba en compañía de otros, hasta 1920. Desde esa fecha sólo él continuó la tradición. En ello parecen haber intervenido ciertos factores personales. En efecto, alguna vez, al llegar la fiesta de Corpus, don Magdaleno estaba en mala situación económica. No tenía la cantidad necesaria para preparar la indumentaria adecuada. Entonces resolvió vender una cochinita que poseía y con el importe adquirió la ropa de *diablo*. La situación después fué mejorando y, en el fondo, parece creer don Magdaleno que alguna influencia tuvo su pequeño sacrificio económico y acaso por eso ha continuado con tanta asiduidad conservando la ceremonia folklórica. En aquella época, como él dice, "ganaba la tarea". Ahora no tiene necesidad, nada pide y, por el contrario, en ocasiones ha lanzado a la chiquillería que lo sigue, puñados de monedas.









El *diablo* toma sus vestiduras en la mañana del Corpus. Baila desde las diez de la mañana hasta la tarde o la noche, y en ciertos años ha llegado a resistir hasta la medianoche. En los últimos tiempos, a pesar de que le han diagnosticado cierto padecimiento cardíaco, don Magdaleno, con sus 62 años de edad, baila con la misma energía de la juventud y con destreza de danzante juvenil.

Los nombres de la indumentaria, según su propia enumeración, son los siguientes: Capa, sobrecapa, *justancito*, pantalón corto, medias, alpargatas adornadas. Dice que ahora, gracias a su bonanza económica, ha mejorado en lo posible los adornos, haciéndolos más vistosos. Todo se completa con un cencerro de campanas que alcanzan nada menos que diez kilogramos de peso, lo cual, naturalmente, muestra la admirable resistencia que necesita desplegar para su baile de un día entero.

Cuando el baile era de *cintas*, parece, según han referido sus familiares al Sr. Rafael Teodoro Canelón, que la fiesta se iniciaba en la iglesia. Después, se *tejían las cintas* alrededor de un asta de maguey, la cual se adornaba en su porción superior con un *buqué* de flores vistosas. Ahora don Magdaleno inicia el baile en su casa. A poco le siguen innumerables chiquillos y así va por las calles, como último representante de la tradición.

El baile se compone de cuatro partes, que toca en su propia guitarra, como llama al *cuatro*, en el siguiente orden: Danza, Villano, Galerón y Sambe. El galerón suele zapatearlo sentado, para lucimiento de su extraordinaria habilidad para el zapateado.

Después de haber dejado a don Magdaleno, ya en pleno baile por las calles, fuimos sorprendidos por la presencia de otro personaje que llevaba atavío semejante, de quien se nos dijo que era un diablito. Parece que indistintamente se usa este nombre o el de *diablo*. El *diablito* resultó ser el señor Juan Bautista Pinto, de Yagua, pequeña localidad cercana a Guacara, que en 1950 tenía, según el censo de ese año, 1.402 habitantes. Tiene Pinto 37 años de edad y comenzó a bailar cuando tenía once, pero a los dieciocho se fué a España y fué sólo hace siete años cuando reanudó sus actividades de danzante.

Pinto, según cuenta, nunca vió el baile cuando era de *cintas*, pero sí oyó hablar de él. Comenzó cuando tenía once años de edad a participar en las fiestas del Corpus y cuando llegó a los dieciocho años poseía tal afición a la lidia de toros, que se fué a Mallorca para aprender "el arte de torear". Estuvo también en Málaga y allí algunos venezolanos le entusiasmaron para volver a su tierra. Aquí se encontró con que el arte estaba *descaído* y entonces regresó a Yagua, y allí, según afirma, él mismo *se dió al fracaso*, pues aunque tuvo noticias de que se reanimaba la afición al toreo, ya él no tuvo ánimos para reiniciar el camino.

Hace siete años comenzó a circular el rumor de que por las noches se oía en Guacara un cencerro, con acompañamiento de guitarra, a la medianoche. Aseguraban los entendidos que se trataba del diablo. Y atribuyeron su presencia al abandono que se había hecho de la antigua fiesta, por lo cual Pinto y tres personas más comenzaron, hace un septenio, a realizar de nuevo el baile. Sus compañeros enfermaron, o se pusieron demasiado viejos y achacosos, y es sólo él quien de ese grupo ha continuado bailando.

Pinto es, según explica, escultor. Talla imágenes y adornos de sala. Practica también, en parte, la agricultura; pero preguntado sobre su profesión asegura que es escultor. Como don Magdaleno Matos, baila en la región, pero no sólo durante el día del Corpus, sino en San Juan, San Pedro, el Carmen y en los domingos intermedios, es decir, durante un período que va desde el día de Corpus hasta el día del Carmen, pero sólo en los domingos y feriados.

Baila Pinto también con acompañamiento de guitarra, que él mismo toca, pero el orden de las distintas







porciones fué en él distinto que en don Magdaleno y además añadió una parte. Véase la diferencia:

Don Magdaleno Matos	*Juan Bautista Pinto*
Danza	Galerón
Sambe	El Villano
Galerón	María Moñito
El Villano	El Sambe
	Danza

El modo del baile es semejante y ambos concluyen cada parte con un movimiento del cuerpo a izquierda y derecha que hace sonar el cencerro.

Tanto don Magdaleno como Pinto usan una máscara que es ahora difícil de conseguir en la localidad. Hace años se compraban unas de alambre de fabricación alemana. Pinto, en los últimos tiempos, ha fabricado las suyas con *tela metálica*.

A diferencia de don Magdaleno, Pinto sí recibe donativos en los botiquines o en las casas donde toca. Así obtiene siquiera parte del valor del traje, que es bastante costoso. Este año usaba uno cuyo valor ascendía a 180 bolívares. En el año anterior le había costado 220. Por lo general, según informa, un traje le sirve para dos años.

Pinto gusta de moverse de un pueblo a otro en la región. Una sola vez bailó en la iglesia de Guacara, pero sabe que antes se realizaba allí la primera parte de la ceremonia, cuando los *diablos* entraban de rodillas a hacer una ofrenda a la Custodia. En efecto, solían pagar promesas al Santísimo, para lo cual bailaban especialmente algunos.

Los nombres de la indumentaria dados por Pinto son: alpargatas adornadas con cascabeles, pantalón, manta, cencerro, medias, camisa, máscara con espejo y toca. El espejo se ha usado tradicionalmente en la máscara, según asegura.

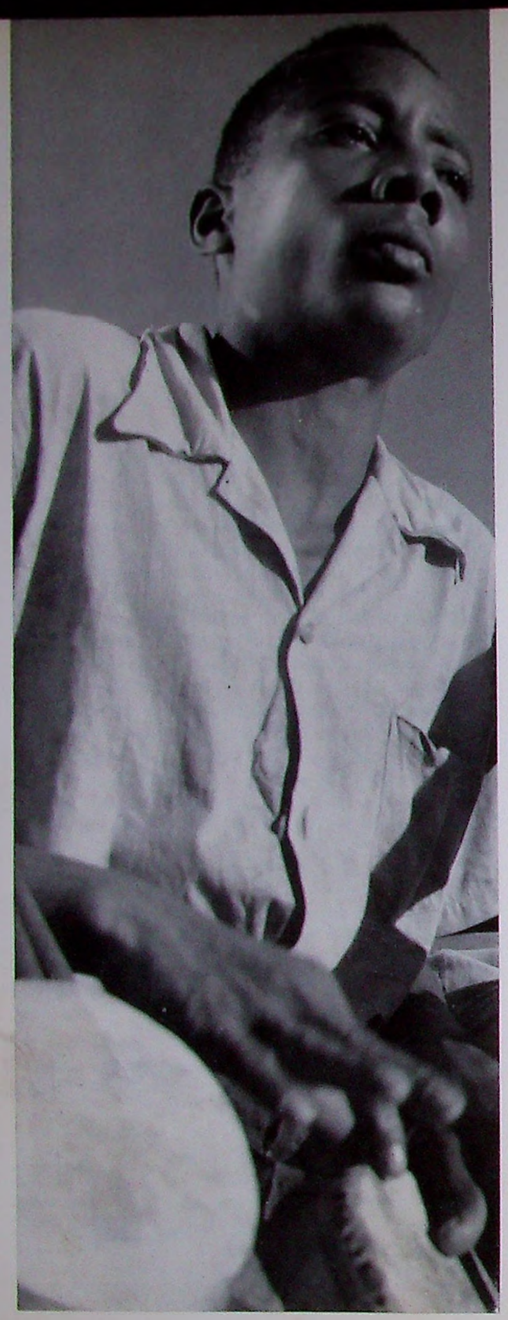
Hemos visto, pues, a los dos últimos representantes de una tradición que comparte Guacara con muchos otros lugares de la República, donde el *baile de cintas* y los *diablos de Corpus* han existido abundantemente. Pero mientras don Magdaleno Matos puede en justicia ser llamado El Ultimo Diablo de Guacara, porque ha continuado ininterrumpidamente la tradición, Juan Bautista Pinto representa un elemento diferente: el de un hombre de la región, inquieto, que estuvo algunos años en España y sólo volvió al antiguo baile debido a la presión colectiva ejercida por la creencia en que el diablo se ocupa de realizar ceremonias que los humanos dejan de practicar. La circunstancia de que aún algunos de los que formaron el grupo para espantar las apariciones, volviendo al ritual, no lo han continuado, parece indicar que tal vez alguna situación de crisis en la región o en ciertos grupos, haría nacer preocupaciones, hace siete años, por las antiguas promesas al Santísimo o por las prácticas religiosas.

No tuvimos oportunidad de conversar con algunos de los viejos del lugar, quienes, según la información de Matos, habían tomado parte hasta 1908 en el *baile de cintas*. Pero la información recogida resulta muy importante para la historia del folklore regional y para comprender la descomposición y olvido, no continuo, sino por crisis, de las antiguas ceremonias. Contribuyen además estos datos a enriquecer el conocimiento existente sobre el *baile de cintas*, el cual aparece en Venezuela unido a múltiples manifestaciones folklóricas.

MIGUEL ACOSTA SAIGNES



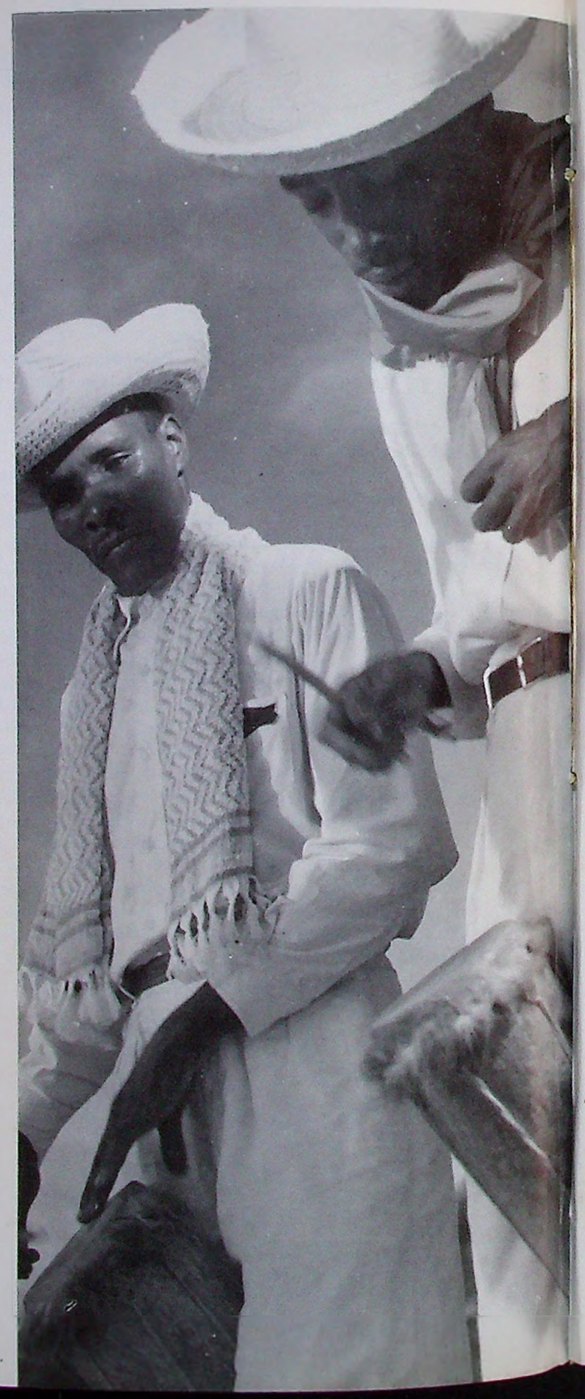
Nació en San Casimiro, Estado Aragua, el año de 1908. Estudió en Caracas y en México, donde se especializó en etnología y ciencias sociales. Fué fundador y director durante dos años de la Escuela de Periodismo y de la Comisión de Indigenismo de la Universidad Central de Venezuela. Actualmente es Director del Instituto de Antropología y Geografía de la Facultad de Humanidades y Educación de la misma Universidad. Además, Acosta Saignes destaca no sólo en su especialidad universitaria, sino también en el campo de la literatura y del periodismo, donde tiene ganado puesto de primer orden.



Los dedos, ágiles, en el esfuerzo mudo

ESTA TIERRA DE GRACIA

Por ISAAC J. PARDO



El ronco acento del tambor...

NEGROS

Un inmenso y doliente abanico va convergiendo hacia la costa de Guinea, en el Africa occidental. Del Senegal, de la propia Guinea, de Dahomey, del Sudán, del Congo o de Angola llegan caravanas de esclavos a embarcar en las naves negreras que han de llevarlos a los mercados de Indias.

—Este negro vendo con todas sus tachas buenas o malas...

—¡Cien!

—¡Ciento diez!

—¡Ciento veinte ducados!

Durante siglos serán perseguidos los negros africanos en una cacería implacable, organizada y mantenida como un comercio lícito por las naciones de Europa. Los Reyes de España ceden a sus favoritos o al mejor postor las licencias para hacer negocio de negros a todo lo ancho del Imperio.

Desde las factorías, esparcidas por la costa, penetran tierra adentro los cazadores blancos, o los socios africanos seducidos por una paga miserable en armas y aguardiente, para caer sobre las poblaciones agrícolas o sobre los campamentos de pastores. Cuando las tierras que están más a la mano quedan devastadas, los cazadores invaden mayores territorios, y al golpe cruel y repetido de la codicia van desmoronándose vastos imperios: el de los mandingas, el de los bantúes, el de los achantis, el de los dahomey. Los negreros arruinan avanzadas industrias de los metales, de la cerámica y de los tejidos. Al fin mueren culturas antiguas que habían alcanzado alto refinamiento.

Atraillados, azotados, hambrientos, a veces moribundos, avanzan bajo el sol los senegaleses, los loangos, los minas, los yorubas, los mandingas. Negros de cien pueblos van a manos de los ingleses o de los franceses, de los genoveses o de los portugueses, agentes de fuertes compañías en algunas de las cuales tienen acciones los reyes.

Una mezcolanza brutal, como de rebaño, disgrega los clanes y las familias al tiempo de repartir la carga en las embarcaciones. El padre irá a la Nueva España, la madre al Brasil, los hijos a las islas del Caribe o a la Tierra de Gracia. Negros de todas las edades caen, aherrojados, en las pestilentes sentinas. La mitad morirá de hambre, de epidemias y de malos tratos. La industria inglesa produce unos instrumentos para romperles los dientes y darles de comer a los que intentan por el hambre la pronta liberación de su tormento. De dos barcos negreros que están haciendo provisión en las costas de Caracas, mueren cincuenta desgraciados en veinte días. La experiencia dice que para el cobro de los derechos reales es justo esperar cuarenta o cin-



El torso elástico, la mirada fija

cuenta días hasta ver en cuánto ha de mermar la mercancía desembarcada.

—Este negro vendo...

La Tierra de Gracia necesita mil trescientos. Santiago de León quiere quinientos; Nueva Segovia, doscientos; El Tocuyo, cien... Lo malo es que no hay con qué pagarlos. Un negrero ha dicho a los vecinos de Maracaibo y de Coro que si "quisiesen negros, que llevasen oro y traerían negros". La condición es bien clara. Se pide entonces al Rey que facilite los negros fiados. Los oficiales reales, atentos a meter en la caja lo más que se pueda, habrán de considerar una y otra vez si han de vender al contado o si vale más dejar a plazo los negros decomisados a los corsarios o los que han quedado de algún difunto sin herederos.

Cincuenta años antes del descubrimiento de América ya había negros esclavos en los reinos de España y de Portugal. Algunos amos tenían el humor de marcarlos con acertijos: una S y un clavo. Esos negros embarcaron en las naves de Colón y más tarde en las de los Belzares. Ehinger, el del asiento para la conquista de Venezuela, tenía también licencia para negociar cuatro mil negros.

Además de los esclavos, desde los primeros días de la conquista comienzan a desplazarse hacia las Indias negros libres nacidos en la Península. Hoy es Ana Rodríguez, negra cristiana; mañana será Rodrigo de Ovando, o Juana, la hija mulata de Francisco Martín de Cazallas, o la negra Cristina con su hija Inés; otro día será Juan de Bonilla con toda su familia, o Juan de Sevilla y su hermano Marcos, naturales de Valladolid.

Los africanos son recios y dóciles. Soportan duros trabajos y se amoldan con facilidad a las maneras de los amos. En las tierras de Indias, ya casi despobladas por los conquistadores, cree Bartolomé de las Casas que el negro puede solucionar muchos problemas. En realidad, no es don Bartolomé el iniciador de la trata de negros en América, como se ha dicho tantas veces. En 1503 había ya negros esclavos en Santo Domingo. Ovando, aunque los mira con recelo al principio y desaconseja su envío a las Indias, en 1505 cambia de opinión y pide que sean despachados más negros. A Las Casas, soñador incorregible, su corazón le dice que aquella raza fuerte y sumisa —él mismo ha tenido algunos negros esclavos— logrará redimir a los indios que quedan de la dolorosa condición a que se han visto reducidos, por lo que apoya calurosamente, y con él los Padres Jerónimos, el tráfico de esclavos africanos. Ahora serán dos continentes los que va a triturar la garra insaciable del blanco.

—Este negro vendo...

La Tierra de Gracia quiere ahora tres mil. De quince a veinte años. Han de ser biafaras, branes, banolas, mandingas o zapes. Los de Angola no los quieren; prefieren a los que vienen de los ríos de Guinea. Se los repartirá por Santiago, Valencia del Rey, Nueva Segovia y Trujillo.

Mientras más disgregado quede el núcleo original africano, mientras más rotos los vínculos tribales o de familia, más fácil será la sujeción del negro al dogal de la esclavitud. En la frialdad deshumanizada de los asientos fiscales se lee: "los que así han quedado por vender son algunos dellos viejos y otros chiquitos". Los de cinco a siete años creen los oficiales que podrían dejarse hasta por veinte pesos. A veces, sin embargo, no pueden ser quebrantadas del todo las leyes de la naturaleza. Con igual frialdad se asienta en los libros, como si se tratara de lechones: "otras diez crías que vinieron a los pechos de las madres", junto con ciento noventa y dos esclavos y veintidós dientes de elefante.

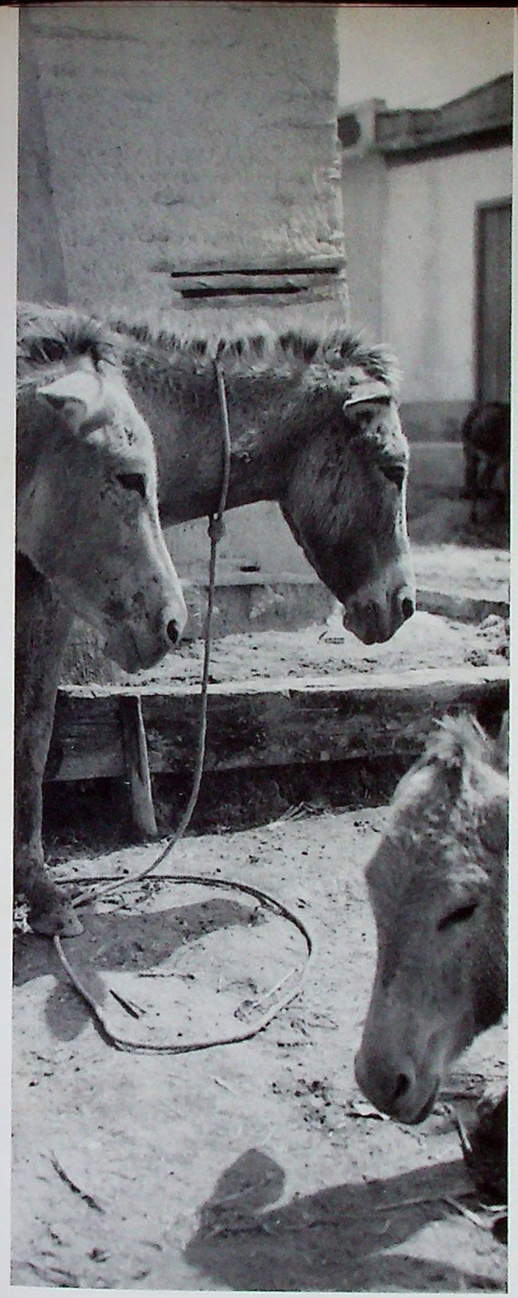
Por disposición del Cabildo, los negros no pueden comprar sin autorización del amo ni ir a las quebradas, so pena de cincuenta azotes. Les está vedado pagar con oro. Si lo tienen, habrá sido robado. Si un negro reincide en comerciar con oro, le darán doscientos azotes y le cortarán las orejas. Los amos tienen derecho de azotar a sus esclavos, de ponerles grilletes o cepos, pero no de herirlos o matarlos. Si el rigor ha sido muy grande y ha trascendido el escándalo, el amo puede verse obligado a vender el esclavo maltratado a persona menos cruel. Y ha de venderlo por lo que le costó.

—Este negro vendo...

Los negros van resultando hábiles y rendidores mineros. Sus músculos son resistentes y el sol de Indias no es más inclemente que el de Africa. Van resultando, también, buenos cultivadores de la tierra, en las plantaciones de cacao, en las de caña de azúcar que el negro conoce bien porque la caña vino de Africa junto con el ñame y el quimbombó. Los negros esclavos se suman rápidamente a la vida común. Aprenden el español, unos mejor, otros peor. Los negros de Loanda, a quienes llaman loangos, lo hablarán siempre con dificultad. A veces van los negros a las entradas con los amos. Se vuelven algo conquistadores y buscadores de oro. Como símbolo de solidaridad en las grandes empresas, quien decapita a Utre en el vértigo general por El Dorado es un negro. La voz de los negros pregoneros será el órgano publicitario de las autoridades.

A pesar de la durísima vida a que lo han llevado, el negro conserva su condición expansiva e insinuante. A pesar de las leyes que ordenan "que no vivan los negros con los indios y se les excuse todo género de comunicación castigándolos con rigor si estuvieren en sus pueblos o con ellos tuvieren alguna contratación o comercio", en las estancias de los blancos, donde los negros han subido a la categoría de capataces, o en las ciudades, el contacto es cada vez más íntimo y más frecuente. En las mujeres indias deja el negro sus hijos zambos, que serán libres porque la madre no es esclava. Y el negro aprenderá las lenguas indígenas mejor que el blanco. En un pleito de encomenderos, uno de los litigantes pide que se nombre un buen intérprete, "lengua hábil y suficiente", para las averiguaciones entre los indios de la encomienda, y los Alcaldes de Santiago de León escogen a "una negra ladina".

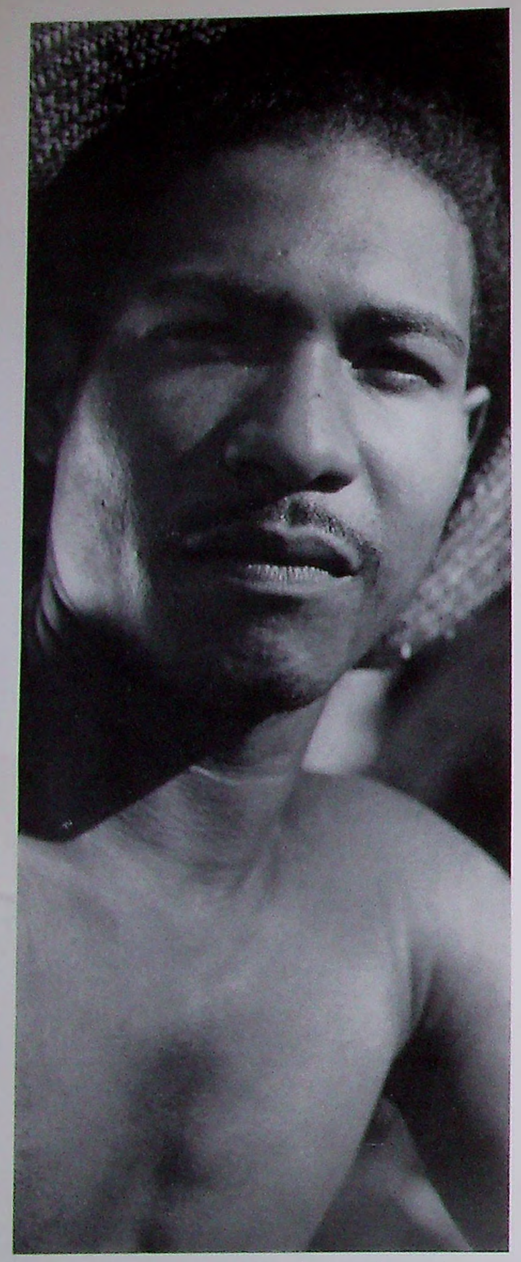
Al negro lo bautizan, le enseñan el catecismo, lo hacen rezar y lo obligan a oir misa. Mas a pesar del esfuerzo que se ha hecho para matar el Africa en el alma de los trasplantados, de aquella nueva religión mal digerida los negros toman apenas lo externo, vistoso y atrayente y le infunden la fiebre de sus prácticas mágicas. Minas llamarán por estas tierras a los negros achantis y al tam-tam que ellos trajeron. Con los mandingas —reputados como malos, tan malos como el Diablo— vino el kukbata, el tambor de las montañas. Por Corpus Christi, por San Pedro, la noche de San Juan —el santo que se han apropiado los negros y que apellidan Guaricongo—, el ardoroso percutir en los tambores llenará de inquietud la Tierra de Gracia y a su conjuro van a resucitar, de los hontanares del ancestro, las fre-



En la hora ardiente, el reposo a medias



Si la edad no cuenta, la vocación sí



Seguridad en sí mismo, firmeza del rostro



Es casi un rito el golpe acompasado

néticas y lascivas danzas de la siembra, de la recolección y de las iniciaciones:

Ah negra pa buena,
Ololé, lea,
Pásale los brazos
Ololé, laa,
Malembe manito,
Ololé, lea,
Malembe no má,
Ololé la...

Las negras mozas trepan al lecho de los amos, y los amos las reciben con tal frecuencia y con tal agrado, que Lope de Vega dirá en una de sus comedias, como cosa muy sabida del público de los corrales madrileños:

Hombres en Indias casados
con blanquísimas mujeres
de extremados pareceres
y a sus negras inclinados...

Y para que todo quede entre los grandes poetas del Siglo de Oro, recordemos los versos sandungueros —lejanos preludios de la rumba ve en ellos un escritor nuestro— con que cantaba Góngora los encantos de las africanitas:

que aunque samo negra,
sa hermosa tú,
zambambú, morenica del Congo,
zambambú...

Hasta los clérigos parecen perder la compostura ante la carne esclava. Así, al menos, lo deja entender la pícara gracia de una carta que en 1576 dirige Fray Pedro de Agreda, Obispo de Venezuela, al Cabildo de Trujillo: "Muy magníficos señores: Con Salvador Leal recibí la de vuesas mercedes con veinte y nueve firmas y entendí ser lo de Fuente Ovejuna, y porque no aconteciese lo que allí, yo he hecho lo que vuesas mercedes mandan en quitar de ahí al padre Castillo, y ansí no será jamás en Trujillo cura ni vicario, ni tampoco el padre Bartolomé Fernández. Porque vuesas mercedes tengan seguras sus mujeres y sus negras, ni uno ni otro serán cura en esa cibdad".

Los negros serán la principal mercancía en que contratan los corsarios. Se los arrebatan unos a otros como si fueran tesoros. Y lo son. Como los corsarios no han de dar cosa para la caja real, pueden bajar el precio y competir ventajosamente con el mercado oficial. El trato clandestino crece, y con él las ganancias.

Los que no son propiamente corsarios aprenden, al fin, que cuando se tienen negros a bordo es remunerador dejarse llevar por toda clase de tormentas y de calamidades hasta la Tierra de Gracia. El navío "La Trinidad", que salió de Angola para el Brasil, va a dar a Venezuela; el navío "Nuestra Señora del Rosario", que iba del Brasil a la Isla Tercera, ancla en Venezuela; el navío "Santiago" —todos llevan santos nombres—, que partió de Río Grande de Guinea para Cabo Verde, se ve arrojado a las costas de Venezuela. Uno trae noventa y dos negros, otro ciento noventa y dos, otro ciento ochenta y cinco. Pero como sucede con todo negocio pingüe, a la larga se cae en el abuso y en la exageración. Pedro Jácome, despachado de Pernambuco para Río de Janeiro, fué víctima de tales tempestades, que fué a parar



El vértigo del baile: pasión y frenesí

a La Guaira. Esta vez se irritan los oficiales reales y condenan al extraviado a seis años de galera para que aprenda a navegar y a conocer mejor la geografía.

Ahora todos los que tocan en Africa, grandes o pequeños, aprovechan la ocasión para contrabandear algún negro. En el navío "La Trinidad" hasta los marineros traen cada uno el suyo. Ana Castro, pasajera, trae once junto con su equipaje.

Los negros esclavos podían alcanzar la libertad. Algunos amos los manumitían espontáneamente. Otras veces el esclavo compraba su libertad. Si un negro podía reembolsar lo que se pagó por él, no podía el amo negarse al trato. Los "negros horros", de que tanto hablan los documentos de la época, son los negros libertados. Pero no todos los esclavos contaban con un amo generoso o no disponían de los pesos suficientes. Entonces se alzaban algunos hombres y se iban, cimarrones, a los montes. Luego depredaban por las cercanías de las ciudades y robaban negras, o éstas se dejaban robar.

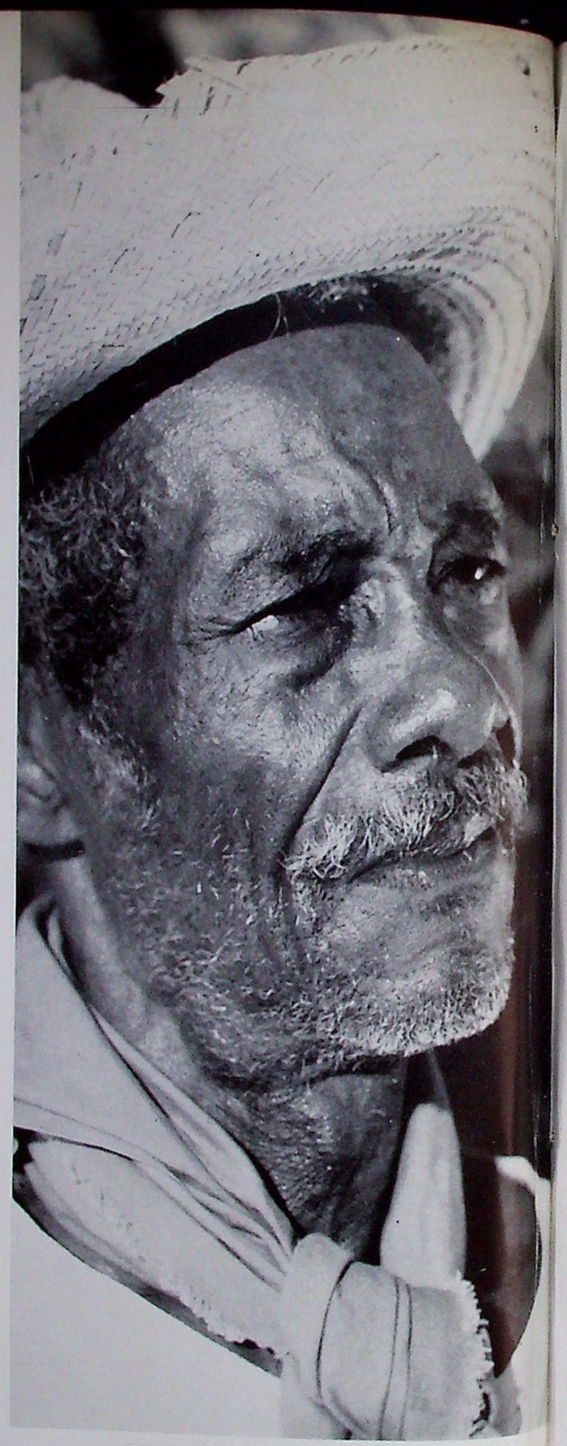
En 1553 causó mucho alboroto el alzamiento de negros en las minas de oro de San Felipe de Buria. Comandados por el negro Miguel, cincuenta esclavos atacaron el real de minas, "le pusieron fuego e quemaron las casas que en él había y robaron lo que pudieron y mataron a algunos que allí habían quedado..." Miguel parece que se hizo llamar Rey, lo que bastó, junto con su rebeldía, para forjar una hermosa leyenda que hizo surgir, en lo más cerrado del monte, una ciudad fortificada, una corte con ministros y chambelanes, un obispo que decía misa, una reina Guiomar y un pequeño príncipe.

Lo cierto es que Miguel y los suyos asaltaron a Nueva Segovia con poco éxito y se retiraron a su refugio. Ocho días más tarde cayeron sobre los negros varios esforzados tocayos: Diego de Losada, Diego Fernández de Serpa y Diego García de Paredes, con toda la gente disponible de Nueva Segovia y de El Tocuyo. Diego de Escorcha, de quien dirán sus descendientes que fué "uno de los catorce de la fama del Balle de Carache", se acercó al negro Miguel "y con la claridad de la luna le pasó la garganta con una xara de que cayó muerto". Así acababan sus sueños de libertad y de realeza. Veinte o treinta prisioneros fueron sacrificados por los vencedores para curar a los otros esclavos de semejantes veleidades.

Treinta años después del reinado de Miguel se alzaron en Maracaibo los que entonces llamarán "los negros cimarrones del Mariscal Castellanos". Estos sí parece que lograron fortificarse tan reciamente, que al entablarse la pelea dirán los españoles, con exageración andaluza, que aquello fué "la nueva Troya".

Tales alzamientos se repetirán todo el tiempo que dure la esclavitud, sin otro resultado que afirmar la voluntad del negro de ser libre. Por vías menos violentas son muchos los que han alcanzado esa condición para fines del siglo XVI, y el número de mulatos y de zambos se hace cada vez mayor. So capa de evitar daños, delitos y excesos, los señores de la provincia pretenderán desconocer en 1592 el privilegio por el cual los hijos de negros esclavos y de indias libres son libres como sus madres, y quieren sujetar a aquellos zambos, pero el Rey no lo permite.

Prejuicios e intereses de casta establecerán barreras, al parecer infranqueables, para la gente de color, dentro de la sociedad colonial. Los blancos querrán reservarse



La serenidad y la altivez de toda una vida

todos los privilegios. La Corona, bastante lejana del lugar de las querellas, irá limando las diferencias. La quinta generación mezclada, los hijos de blancos y de quinterones, será blanca. Más tarde, por razones fiscales, vendrán las gracias al sacar y los pardos comprarán su blancura por setecientos reales. Sin embargo, el 27 de abril de 1574 instituyó el Rey una peregrina discriminación entre libres al ordenar a las autoridades de Indias que a los negros y mulatos libres les fuera fijada "la cantidad que les pareciere conque buenamente nos puedan servir por sus personas y grangerías". En Venezuela pagarán los negros libres, en virtud de esa disposición, un peso de oro al año.

Cuando Garci González propone al Rey la conquista de los cumanagotos, dice de los mulatos libres que "en otras muchas ocasiones que conmigo se han hallado he visto ser de mucho provecho y ayuda". Piensa, por consiguiente, llevar algunos consigo y solicita que se les exima, a ellos, a sus hijos y sucesores, de pagar el peso de oro anual y, además, que se les autorice para recibir indios, "porque tengan quien les ayude a sembrar y cojer mantenimientos". Siguen trepando los negros. Se han mostrado buenos como guerreros y hábiles "para abrir bosques y romper montañas y cegar pantanos y abrir caminos y para otras cosas necesarias para esta milicia indiana". Si ahora van a exponer la vida, es justo que traten de liberarse del tributo racial y humillante, y de tener ellos también una pequeña encomienda.

En los primeros días del siglo XVII, los indios alzados de Nirgua amenazan rudamente a Valencia del Rey y ponen en peligro las comunicaciones con el Nuevo Reino y con el Perú. El Gobernador Arias Vaca no encuentra gente española dispuesta a pacificarlos, por lo que le parece "que la dicha población y castigo se haga por medio y manos de los mulatos libres y morenos ansí mesmo libres que hay en esta Gobernación, y que el Capitán y Oficiales de guerra que se nombren sean de ellos".

Los negros libres ponen sus condiciones. En vista de los grandes riesgos que entraña la empresa de reducir a los jirajaras, los mulatos horros y zambahigos y morenos, sus hijos y descendientes, "y todas las demás personas de este género", habrán de quedar exentos "de los requintos que cada un año deven o devieren a su majestad en qualquier manera y que este asiento y capitulación sea perpetuamente".

Asentada esta demanda de los hombres de color, vienen otras de mucho alcance también. En el pueblo que se funde, ya pacificados los indios de Nirgua, los negros serán alcaldes y regidores y desempeñarán todos los otros cargos que sean necesarios. De los dos oficiales reales, uno será español y el otro será negro o mulato. Ninguno de aquellos cargos será puesto a subasta por el Rey por un período de diez años. Entre los negros conquistadores habrán de repartirse los solares, las estancias "y las encomiendas de los indios, aunque ya estuvieren encomendados".

La posición de los negros debe ser fuerte, porque el Gobernador acepta y hace apenas una salvedad. Aquella provincia de negros libres podía hacer creer a los esclavos cimarrones que, en llegando a ella, alcanzarían también la libertad. Los conquistadores de color se comprometerán a dar aviso si era que recalaba por allá algún negro alzado.

La trata de esclavos negros comenzó en la Tierra de Gracia ya bien entrado el siglo XVI y aquellas novedades ocurrían por octubre de 1601.

La reducción de los cumanagotos y la conquista de los jirajaras por los negros se quedaron en el papel. Lo que representarán estas ansias insatisfechas y lo que costará haber tenido negros esclavos no lo sabrán los blancos sino en 1814, ya iniciada la Guerra de Independencia y, sobre todo, más tarde con la Guerra Federal. Entonces va a conocer Venezuela tremendas degollinas del blancaje.



I S A A C P A R D O

Nació en Caracas el año 1905. Sus estudios secundarios los hizo en el Colegio Alemán y en el Liceo Caracas. En la Universidad de Barcelona, España, terminó su carrera médica, y se especializó luego en tuberculosis. El doctor Pardo ha sabido conjugar muy bien sus dos inclinaciones fundamentales: la científica y la literaria, y en ambas ha sobresalido con notable éxito. Ha trabajado en la División de Tuberculosis del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social y desde 1942, hasta el 31 de diciembre de 1955 desempeñó el cargo de Jefe de Servicio en el Sanatorio Simón Bolívar. Igualmente ha representado a Venezuela en importantes reuniones científicas internacionales. Además de sus aficiones literarias, cultiva el periodismo. Ultimamente ha sido nombrado Presidente de la Compañía Editora del diario "El Nacional".



El Avila en el Verso



Por RAFAEL ANGEL INSAUSTI

Triunfo de la perseverancia de los elementos en un común anhelo de hermosura, el Avila es insuperable expresión de todos ellos, fruto de diferentes y aun antagónicos amores, reconciliados y felices de mirarse, cada uno, reproducido en la montaña multiforme y serena.

El Avila es fresca llama azul; ola petrificada; bloque de aire, luminoso y suavísimo; formas de la tierra en el asombro de su desnudez.

Millones de siglos no le afearon el rostro intemporal, ni cataclismos y mudanzas alteraron su tranquila grandeza. El aborigen debió de adorarlo muchas veces como a un dios benéfico. El valle de los caracas y el mar de los caribes le han rendido homenaje de sumisión inmemorial. Y la ciudad nació porque el monte la venía pensando con milenaria ternura.

* * *

Un día el Avila perdió su soledad. Los hombres se olvidaron de sus singulares atributos, lo complicaron en rivalidades y disputas, se atrevieron a mirarlo cara a cara, sin pizca de respeto. Dios caído, fué un hombre más entre los hombres. Muy luego la costumbre empezó a no reconocer en él ni siquiera la humana condición. Pero era demasiado enorme, extremadamente poderoso, y su silencio, temible. Las gentes engreídas, en el deseo de no seguir considerándolo como semejante y en el propósito de no admitirle categoría sobrenatural, lo echaron de su mente, lo relegaron al mundo insensible —monstruo de piedra, tutelar murallón—. Pretendieron acaso borrarlo del paisaje. Mas con la paciencia de lo que no sufre cambio y señala en milenios al tiempo los minutos de la vida mortal, él espera callado, observa a quienes hormiguean a sus pies, y se contenta con mantener viva en todos la inquietud de su inevitable presencia. Los habitantes de la ciudad se despreocupan momentáneamente, es cierto; pero de repente los asalta el recuerdo de que está muy cerca, siguiéndoles los pasos, inclinado sobre sus corazones; y es entonces cuando se dan a la tarea de comprender la inaprehensible realidad del monte y de dejar testimonio de las formas que asume ante los ojos que intentan penetrar su misterio.

* * *

Pintores, músicos, poetas, cuantos saben mirar, han sentido, para gozo o tormento, la extraña fascinación del Avila. Los que vienen de lejanas tierras y los que nutren de la sombra del monte la raíz del origen.

Andrés Bello lo bautizó líricamente:

> . . . emboza
> su doble cima el Avila entre nubes.

Envidiable privilegio el de haber puesto nombre en el lenguaje de la poesía a tantas cosas nuestras: héroes, ríos, ciudades, árboles, regiones. Fué como darles la perennidad y el júbilo del canto.

En la misma época y en país que no era el suyo, Bello recordó la montaña de su valle natal y la pintó asediada por las milicias del fuego. El fragmento pertenece al gran poema "América", inconcluso e inédito casi en su totalidad, ya que de él sólo fueron publicadas las dos famosas silvas. La descripción rivaliza con la trágica fantasía del incendio:

> . . . en cuanto
> la parda noche descogió su manto,
> crece el horror: del Avila eminente
> se ve ardiendo en mil partes la floresta.
> Como en aquella noche que la gente
> ha dedicado a regocijo y fiesta
> brillan en las cornisas y portales
> de un soberbio palacio mil labores
> y grupos mil de antorchas y fanales,
> el resplandor de lejos reverbera
> en calles, plazas, domos, miradores;
> pártese en rumbos mil de esta manera
> la llama activa, y desde la alta cumbre,
> por cuanto en derredor la vista abraza
> se derrama la trémula vislumbre.

Bello asentó en su verso al monte, y entonces muchos se acordaron de la existencia de éste. Tal estímulo y el brote de una sensibilidad nueva que iba más allá del ámbito individual, animaron a algunos poetas a restablecer las viejas relaciones, si bien hubo quienes se quedaron en alusiones distantes de la simpatía, como Domingo Ramón Hernández cuando dijo de Caracas: "Entre cerros escondida". R. Benavides Ponce describirá la neblina cual una "enorme mariposa" que "abre el ala"

> sobre la enhiesta colina
> a cuya falda reposa
> la ciudad lánguida y fina.

Jacinto Gutiérrez Coll musitará, melancólico: "Ayer sin una nube estaba el monte". Y Carlos Augusto León apenas tendrá la alusión del título de su poema a Caracas y la de la actitud de la urbe sobre el valle. Pero las vaguedades no abundan.

Las menciones son más numerosas. Se encuentran en Juan Antonio Pérez Bonalde, Heraclio Martín de la Guardia, Gutiérrez Coll, Domingo Garbán, Pedro Arismendi Brito, Jorge Schmidke, Sergio Medina, Luis Churión, Leoncio Martínez, Udón Pérez, Francisco Pimentel, Pedro Sotillo, Jesús Enrique Lossada, Eduardo Arroyo Lameda, Eduardo Carreño, Luis Barrios Cruz, Andrés Eloy Blanco, Héctor Guillermo Villalobos, Aquiles Nazoa. Innecesario citar los versos uno a uno, pues no ofrecen especial perspectiva y equivaldrían, en cuanto a lo esencial, a una constante repetición inútil.

* * *

Cuando a la indicación de Bello los poetas dirigieron al monte la mirada, comenzaron por fijarse nada más que en su aspecto exterior.

> Ese monte colosal;
> esa rama de los Andes
> que se levanta orgullosa;
> esa mole ponderosa,
> que ante mis ojos está,

expresó —alba de nuestra poesía romántica— José Antonio Maitín en sus octavillas "Al Avila". Admiración ingenua de simple observador. Maitín, que durante su estancia en Londres recibió la racha de Byron y el hálito de Keats y Shelley, no se sintió poeta sino después de la lectura de obras de José Zorrilla, llegadas a Venezuela en 1841. Sus versos se toman —sin razón suficiente y tal vez por el entusiasmo que provocaron— como punto de partida del romanticismo criollo.

"Avila gigante", leemos en un poema de Abigaíl Lozano, escrito en 1846; y "Avila altanero", en otro de la misma época.

José A. Carrillo Navas, caraqueño y diplomático, casi desconocido (1834-1891), escribió en "Tristezas y Deseos":

> Canto ese altivo monte,
> ese Avila, magnífica atalaya
> que mira el horizonte,
> omnipotente raya
> que el mar en vano quebrantar ensaya.

Y con esta lira empieza acaso el monte a ser considerado, en verso, como guardián y defensor de la ciudad.

Gutiérrez Coll persistirá en el uso de similares adjetivos: "erguido", dice en "La vuelta a la Patria"; y "erguido", "grande" y "altivo", en "Noche triste".

Manuel M. Bermúdez quería morir y hallar descanso

> . . . a la falda de aquel gigante
> que alza altanero su frente enhiesta.

Jesús Enrique Lossada, hace treinta años, glorificaba a la ciudad de este modo:

> Por ti ruge, en erótico arresto,
> el turbión de la mar intranquila.
> Mas la mole del Avila enhiesto,
> cual enorme dragón te vigila.

Antes, Domingo Martínez había también dicho:

> . . . como un símbolo que vigila tu flanco,
> la montaña del Avila, siempre primaveral.

El eco de grandeza física se prolonga hasta nuestros días en J. A. de Armas Chitty, que en el "Romance de la tierra de Caracas" traza fronteras líricas alucinantes:

> Al norte el Avila enhiesto,
> el Portachuelo a la espalda,
> el Guaire, mudo y sombrío,
> se dirige a la mañana.

Se prolonga así mismo en José Parra: "Tu cerro es el gigante de tu cuento".

En muchos otros casos la idea se repite, sobre todo asociada al Avila como siervo de la comunidad o juguete de personales caprichos.

* * *

Para reconocerle sus atributos necesitaron algunos mirarlo muy de cerca y desde ángulos distintos. Desde



el valle. Desde el mar. Pero ello ocurrió tardíamente, cuando el prestigio de la urbe ya era fábula de propios y extraños.

Caracas y el Avila son inseparables en la historia literaria, científica, política y social del país. Les corresponde por igual el vituperio y el elogio. Sin embargo, Caracas ha tenido con frecuencia lo mejor en la loa. El cerro no es a los ojos de la mayoría sino la mole inmensa, el murallón granítico, el diván estupendo.

Mediado el siglo XIX hizo inolvidable Heriberto García de Quevedo su regreso a la patria, con aquellos sonoros y afortunados versos:

> En la falda de un monte que engalana
> feraz verdura de perpetuo abril,
> tendida está, cual virgen musulmana,
> Caracas la gentil.
>
> Y la corona de flotantes brumas
> que se cierne en la cima secular,
> parece un velo de nevadas plumas
> que Dios la quiso echar.

Opina Mariano Picón Salas en "Formación y proceso de la Literatura venezolana", que "todos los elementos de que echará mano nuestro Romanticismo menor, el que se vulgariza, el que penetra hasta en las gacetillas de los periódicos, aparecen en el canto de García de Quevedo; las ciudades son "Sultanas" o "Vírgenes": "Virgen desamparada, Reina del Occidente", llamará Abigaíl Lozano a Barquisimeto;" etc. Doble error cronológico. Los versos de García de Quevedo, escritos en 1858, o sea un año después de su llegada, tenían un antecedente en Lozano, que para 1849, en su composición titulada igualmente "A Caracas" había visto a ésta como

> Sultana voluptuosa reclinada
> del Avila en el seno colosal;

mientras en otra producción todavía más antigua describe al Avila "con su melena de flotantes nubes". Perfecta coincidencia en ideas y hasta en un adjetivo. Por otra parte, los versos de Lozano "A Barquisimeto" son también anteriores a los de García de Quevedo, porque datan de 1854.

A pesar de que en "Vuelta a la Patria" no se nombra, es este poema de Pérez Bonalde el que da puesto definitivo al Avila en la lírica venezolana. El hecho tiene las características de un nuevo descubrimiento de insospechadas tierras, en razón de que Pérez Bonalde es el primer poeta que lo mira y canta desde el mar:

> Poco a poco del seno
> destacándose va del horizonte,
> sobre el éter sereno,
> la cumbre azul de un monte;
> y así como el bajel se va acercando,
> va extendiéndose el cerro
> y unas formas extrañas va tomando;
> formas que he visto cuando
> soñaba con la dicha en mi destierro.
> . . . . . .
> Ese cielo, ese mar, esos cocales,
> ese monte que dora
> el sol de las regiones tropicales...
> ¡Luz! ¡Luz al fin! —los reconozco ahora.
> . . . . . .
> Tras ese monte azul cuya alta cumbre
> lanza reto de orgullo
> al zafir de los cielos,
> está el pueblo gentil donde al arrullo
> del maternal amor rasgué los velos
> que me ocultaban la primera lumbre.
>
> De pronto, al descender de una hondonada,
> "¡Caracas!, ¡allí está!", dice el auriga,
> y súbito el espíritu despierta
> ante la dicha cierta
> de ver la tierra amiga.

El ritmo de los dos últimos heptasílabos recuerda el cese repetino de la marcha anhelante, los pasos en busca del paraje sombrío, luego el reposo frente a la visión dolorosa e impacientemente deseada:

> Caracas allí está; sus techos rojos,
> su blanca torre, sus azules lomas
> y sus bandas de tímidas palomas
> hacen nublar de lágrimas mis ojos!
>
> Caracas allí está; vedla tendida
> a las faldas del Avila empinado,
> odalisca rendida
> a los pies del sultán enamorado.

No omitió el poeta la consabida imagen, debido a que en él dialogaban la tradición y el porvenir. Mas en



la reincidencia lírica ha quedado la metáfora exótica transida de especial emoción: el monte, "enamorado", ha sentido en sus entrañas un temblor pasional desconocido, y Caracas ha mostrado a la poesía su verdadero rostro pensativo, como una miniatura a través de un iris de llanto.

Aun con el acierto de Pérez Bonalde, muy poco es, todavía, lo que el Avila tiene en su favor. Sigue siendo un objeto decorativo. El poeta no parece atribuirle vida, y si se la atribuye, es la propia de las representaciones plásticas.

Con esa reiteración se cierra por el momento el ciclo de la vieja metáfora. No obstante, pese a que ésta en la práctica estaba completamente olvidada, un día de 1921, desde La Rotunda, Francisco Pimentel trató de sellarle el sepulcro en que dormía, y al entonar "El canto de los nuevos" —incitación a la rebeldía contra la dictadura de Gómez— lanzó la consigna viril:

> Y tú, ciudad del ancestral olímpico,
> mi risueña Caracas:
> no es tiempo de dormir al pie del monte,
> de exóticos adornos ataviada;
> arroja ya tus falsas vestiduras,
> tú no eres odalisca ni sultana...

El papel decorativo del cerro —visto desde el valle— lo acepta, en "Paisaje familiar", Andrés Mata:

> Vierte el sol en el valle su fúlgido tesoro,
> y el valle es de esmeralda y el Avila es de oro.

Y en "Paz aldeana", donde lo contempla desde el mar:

> El cerro se baña en lumbre
> de azuladeo terciopelo,
> y la neblina es un velo
> de novia sobre la cumbre.

La reminiscencia oriental —Lozano, García de Quevedo y Pérez Bonalde— había de volver, un poco transformada, por obra —¡quién lo creyera!— de Francisco Pimentel, en cuya "Pequeña elegía al Guaire", el monte "a los cielos levanta", "como un Kalifa", "su turbante de estrellas".

También Aquiles Nazoa, con ánimo burlón, se encargó en 1954 de recordarla en un inolvidable diálogo:

> ...¿Es que es obligatorio
> llamarlo a usted Sultán
> y siempre de Odalisca
> tratar a la ciudad?

Cuando Carlos Borges narra en "Hostia pro Patria" el sacrificio y triunfo de la muchachada universitaria en la batalla de La Victoria, se vale del parecido de la Silla —los dos más altos picos del Avila— para comparar a Caracas con una "pensativa amazona recostada sobre el robusto lomo de su corcel", "adormecida en la paz de la tregua". Según el mismo Borges —canto "Ante la tumba de Bolívar"—, el monte

> a la ciudad corona
> como el casco guerrero
> la testa varonil de la amazona.

Se hizo épica la metáfora lírica. Vemos a Pentesilea, melancólica en el valle avileño, antes de entrar a combatir en el lienzo de Arturo Michelena.

* * *

Hasta aquí es el Avila todo pasividad. Se le cree sin facultades que le permitan actuar como los hombres, y se le calumnia torpemente. Todavía puede Lozano —violento y gran charlatán— suponerlo nido de cuervos, que rasgaron las entrañas de la ciudad del Turbio; afirmar que "en su cumbre" vió a la demagogia "convulsa, delirante", y, afilando su garra, al "Buitre asolador"; presentarlo, en fin, como carcelero que somete a sus enemigos a "bárbara cadena". Lozano es quien inicia contra el Avila una sórdida campaña de injurias, por sinrazones políticas. (Venezuela ardía en la guerra civil). Y no finaliza el siglo XIX sin que, a imitación de Olmedo ("Rey de los Andes, la ardua frente inclina, — que pasa el vencedor..."), Heraclio Martín de la Guardia, a la entrada del general Cipriano Castro en Caracas, ordene, categórico, al monte:

> inclina la cerviz ante el guerrero
> por quien obró prodigios la victoria.

* * *

Por supuesto que no todo es vilipendio. También se le ha dado participación especialísima en los altos he-

chos de la ciudad, de la patria y de América. Ya en 1834 decía Rafael Agostini:

En Abril despertó Venezuela
de su torpe y profunda aflicción:
sacudió con horror la cadena
que abrumábala en cruda opresión:
el ardor de su prole a las armas
excitó con gemido feroz,
y del Avila, invicto gigante,
prorrumpió la impertérrita voz.

Seis años más tarde vuelve a citar al Avila en su composición al "19 de Abril de 1840".

El día 17 de diciembre de 1842 recibió Caracas en su seno los restos mortales del Libertador. Nunca el desagravio alcanzó tamaña excelsitud. Agostini celebró también la "Apoteosis de Bolívar". Hay un momento en que su emoción nos conmueve:

Desde la cumbre de tu erguido monte
tiende la vista, Avila padre, y mira
al fúlgido horizonte.

. . . . . .

Allana el dorso y la cerviz inclina,
Avila, que contrastas con la nube.
Hacia la cima colosal ya sube
la pompa que en silencio se encamina.
¡Al monte, ciudadanos!... Toda acuda,
toda, hacia el monte la ciudad...

Es la primera vez que en verso se atribuye al Avila la facultad animal de hablar y de ver, y la primera que se le aplica término tan significativo como *padre*, esto es, creador, principio activo radical en el concepto de la descendencia.

Lozano, fácil testigo para bien y para mal en ésta y algunas otras cosas, en 1843 dice a Bolívar:

Entonces se alzó tu sombra
sobre el Avila empinado:

y en versos de 1845 habla del

...sol de libertad, el sol de gloria,
que las cumbres del Avila alumbró.

Heraclio Martín de la Guardia asocia la montaña avileña a las fiestas del centenario del nacimiento del Libertador, al nombrarla tres veces en la oda premiada con motivo del certamen literario celebrado a iniciativa del gobierno de Guzmán Blanco, y la cual dedicó el autor a José Martí.

Otras menciones honrosas son de Francisco Guaicaipuro Pardo, Benavides Ponce, Udón Pérez, Juan Miguel Alarcón y Andrés Mata, y aquella de Borges:

¡El Avila es tu propio mausoleo!
. . . . . .
...Centinela
inmenso de granito
que parece espiar el infinito
mientras la tumba de Bolívar cela!

Muy conocido es el fragmento de la "Sinfonía Bolivariana" de René Borgia:

Los granados del patio se deshacen en flores,
y el Avila su sombra de protección extiende:
él tan sólo el misterio de esa vida comprende!
. . . . . .
La primera batalla que en la América tuvo,
la libró contra el Avila, y del coloso obtuvo
un talismán insólito, de virtudes tan grandes,
que a su paso caían, de rodillas, los Andes.

"Fantasía del Crepúsculo", de José Tadeo Arreaza Calatrava, contiene una hermosa evocación, y la montaña comparece en la profunda perspectiva de su asombroso destino:

...el Avila. (Aquél que pudo tanto!...
Tan fuerte y armonioso, que no cabe en el canto).
Cuando, al rojo Poniente, él se está pensativo,
envuelto en las blancuras del ensueño afectivo
de su Ciudad fragante, el noble Monte siente
que un hálito guerrero le perfuma la frente.
Y mira al Sur... Y abísmase en el mar de la Historia...
Y su testa, encendida de pasión y de gloria,
de ese oscuro oleaje surge roja y triunfal
—¡épico, legendario, milagroso coral!...—.

Alfredo Arvelo Larriva, finalmente, lo ve cubierto de nubes y al punto recuerda el sayal de Carlos Quinto.

* * *

El reconocimiento plenario del Avila como entidad humana y hasta divina se debe a los poetas modernistas, cuando se habían olvidado las precisas intuiciones de Agostini y las un poco vagas de Lozano y Pérez Bonalde. Según Arreaza Calatrava, siente, mira, ama, se enciende de pasión, se queda pensativo. Según René Borgia, es el único que comprende el enigma de la trayectoria vital de Bolívar. Rufino Blanco Fombona señala en él la capacidad punitiva. Un soneto de Arvelo Larriva da fe del "mudo reproche" del cerro a la "Caracas nocturna" en su "derroche de gracia y risa y dulces desafueros". En palabras del mismo poeta "yergue su faz —ceñida de escepticismo— el Monte". Para Luis Churión es "paterno augur" y es "el abuelo". Mata afirma que "el Avila presume de titán que reposa". En el "Himno a San José del Avila", de Carlos Borges, el monte habla como un cristiano viejo; y en el "Himno a Jesús Crucificado", escrito para el acto de la bendición del monumento a Cristo erigido en Maiquetía el año 1914, se entristece y quiere estar al pie de la cruz "como el Evangelista". A esta concepción cristiana de penitencia y luto, Arvelo Larriva opuso la suya, de plenitud gozosa: "Allá lejos el Avila es más un dios que un cerro".

* * *

En la poesía modernista recobra el monte su milenario prestigio. Cesan las reticencias. Sucede, a la alusión y a las menciones poco significativas, el homenaje franco. Fuerza es reconocer, con todo, que varios panegiristas incurrieron en desaciertos. Para unos —como para los románticos— la montaña no pasó de ser elemento útil en el alarde imaginativo, medio y no fin; y la quisieron con amor incapaz de ponerse íntegro al servicio de un sencillo deber de justicia.

Manuel Díaz Rodríguez revoluciona la manera de interpretar al Avila. Crea una mística. Se consagra por entero a una mitología que cifra en su amplitud la simplicidad y la complicación de una fábula inenarrable. Es, por exclusivo derecho, el poeta del monte. "Las églogas del Avila", se llaman los nueve poemas que escribió. Representan toda su actividad lírica en verso. Nueve

sonetos, originalísimos, hermosos. Sólo el último —"A un criticastro"— parece estar fuera de la órbita del título general. En él se habla de diatriba, de inmolación voluntaria y decisión de no callar. Se apela a Quevedo, Lope y Góngora, como a redentores del espíritu. ¿Qué explicación tiene esto? Cuando Díaz Rodríguez necesitó defenderse o salvar en el campo de la literatura alguna idea por la cual sentía particular afección, sacaba a luz toda la ironía, toda la fuerza intelectual de que era dueño; consideraba imposible la aceptación resignada. Y esto se halla ausente del soneto citado. ¿Sería muy aventurado, pues, afirmar que quien habla en él, por boca de Díaz Rodríguez, es el propio monte Avila? No debieran causar extrañeza las citas poéticas ni la confesión de poesía:

Yo soy tu Nazareno cristalino:
por tu salud ofrézcome a tu insana
furia que el Arte sin piedad arrolla;

viña es mi sangre: sáciate de vino,
en mi verso, que es copa castellana
con resabios de múcura criolla.

Las amistades y los odios que le han tocado en suerte, familiarizaron al Avila con todos los secretos en punto a letras y artes. Rezuma poesía. No puede acallar su belleza. Redime a quien lo mira. Es "Nazareno cristalino"... (¡Agua suya, sangre suya, vertida a torrentes en la ingrata sed de las bocas! ¡Paciencia suya interminable, antes tan acosada por las jaurías de llamas que azuzaban los hombres!). Tiene "resabios de múcura criolla": nada ha logrado mudarle la condición medular autóctona, y en su greda roja, como en su misma carne, se pueden plasmar los sueños de este pueblo, que se está buscando hacia adentro, en su índole nativa, en sus inclinaciones y aptitudes.

El desconcierto que estas églogas pueden producir, en cuanto a si constituyen o no en su totalidad una exaltación del Avila, proviene de que no siempre es éste el principal motivo lírico. Frecuentemente no se encontrará sino la referencia a un pormenor o la intención de dejar constancia de un hecho íntimo o externo relacionado con el monte o con alguna peculiaridad del mismo. En una ocasión es el renacer de entre cenizas:

Sobre la faz del cerro, por la brama
de las rozas de marzo carcomida,
un bucare de copa florecida
glosa el triunfo del sol y de la llama.

En otra es un mijao —gala del cerro— "a cuya sombra el poeta sueña". Ya es la pasión del amor juvenil

...mientras en lo alto
del bucaral en flor la primavera
sonreía en un cielo de cobalto.

Ya el "temblor de brama" de los canes como un fuego animal "en el pajal de oro",

...cuando en la agonía
del crepúsculo llora su lágrima el lucero,
(y) aullidos de lujuria saltan de los mogotes.

Ahora es el agua que baja de la cumbre "a regar la siembra" al modo de una muchacha diligente, al fin dormida entre los muros del estanque y cuyo sueño se puebla de estrellas. Después son las confidencias de la "chiva Perla-Azul", que corre y trepa por la piedra "con ímpetus de llama", a diferencia de su hermanita Blancaflor, "indolente y mansa como un copo de luna".

Amores ásperos e idilios fragilísimos: doble camino hacia la comprensión del alma del monte, en el sentido numeroso en que la entiende el valle:

Porque del dios y el héroe sumas la fortaleza,
que es la suma virtud; porque eres duro y suave,
como garra leonina con ternuras de ave,
te adoro, y a tus plantas desnudo mi belleza.

Te adoro, y a tus plantas la devoción te reza
de todas mis campiñas, con letanía grave,
mientras arde tu incienso, y la flor del agave
prende su candelabro de oro en tu maleza.

¡Oh fuerza! ¡oh suavidad! Al bóreas y a la brisa,
al rayo y a la roza responde tu sonrisa,
cuando un tapiz de anémonas tus agrias cuestas cubre;

y siendo lo más duro, por tus huesos de roca
destilas lo más suave: el humor que, a mi boca,
de tus picachos baja, como de inversa ubre.

Tierno, fuerte, fecundo. El Avila es un dios. El poeta de las églogas avileñas fué el primero en recibir y pregonar sin timidez ni limitaciones la revelación extraordinaria; y cuando quiso expresar la plenitud y el orgullo del poeta, no pudo dar con mejor símbolo:

Como tú, que al tumulto de los mares
impones el silencio de la altura,
se alza la impavidez de mi bravura
encima de un tumulto de jaguares.

Como tú, si te muerde los ijares
la roza, y tus barrancos empurpura,
desdeño la traidora mordedura
con que el odio quemó mis calcañares.

Y también como tú, que, indiferente,
¡oh mi padre inmortal!, del Infinito
a la diadema azul pones la frente,

ni voy tras de la Gloria, ni la evito:
que no en vano mi espíritu valiente
salió de tus canteras de granito.

Porque el poeta es como tú, oh dios serenísimo, padre inagotable, poderoso señor de la suavidad indestructible...

* * *

La muerte de Díaz Rodríguez, el año 1927, puso en evidencia hasta qué punto se le creía consustanciado con el Avila.

Entre el coro de voces excelsas,
de voces preclaras,
la tuya, en el manso ondular de tu estilo,
fué un grito del Avila,

dijo Fernando Paz Castillo.

Jacinto Fombona Pachano cantó en fervorosa elegía:

¡Oh claro monte Avila...! Te lo trajeron muerto:
cayó lejos del valle de su jardín natal.
. . . . . .
Recuerda, claro monte... La fuerte sombra erguida
por los senderos fúlgidos que incendia el bucaral:
para el libro el poeta, para la tierra el hombre,
para la patria, el sueño contenido en afán...



Juan Santaella los vió en la cita final como en el esplendor de un acto litúrgico:

Corren hacia la playa las olas presurosas
con unánime angustia de mujeres
sollozantes, mientras tu sacro monte,
símbolo, Patria, fiel de cuanto eres,
adelantar parece su solemne grandeza
hacia el tórrido mar —pradera azul de olvido—
por dar la extremaunción de la belleza
al viajero dormido.

Certero como el que más a la hora de señalar y definir las genuinas manifestaciones excelsas de su pueblo, Andrés Eloy Blanco hizo la síntesis perfecta y tuvo el deseo que acaso un día se cumpla:

Era un canto rodado
a los cañaverales, desde el Avila.
. . . . . .
Yo le habría enterrado en el cerro del Avila,
que es estar en la tierra, pero un poco en el cielo.
. . . . . .
De su esperanza y de su ternura,
mejor que toda historia nos habla esa montaña.

* * *

Es evidente que el monte había llegado a un ápice de gloria incomparable. Todos lo sentían suyo. Era más bien una obsesión colectiva. Francisco Lazo Martí, con ese infalible instinto del llanero para interpretar los signos y adelantarse a las intenciones de la naturaleza, presintió este hechizo del Avila cuando a principios de siglo advirtió a un amigo residenciado entonces en Caracas:

Guárdate de las cumbres...
Misteriosas, enhiestas y sombrías,
las montañas serán eternamente
la brumosa pantalla de tus días.

Ismael Urdaneta fué quien primero cayó en la cuenta del embrujo y dió la voz de alarma:

Avila, eres un prejuicio
nacional. Eres también
un prejuicio orográfico.
¿Acaso entre nosotros no hay más
montaña que tú, buen burgués,
instalado en tu "Silla"
para consternación del Naiguatá?

Empero, el prestigio de la montaña no mengua. Esto lo hace pensar en los últimos años el conocido soneto de Fombona Pachano, el poema en que Barrios Cruz lo llama

Divino cerro, ángel o numen
ejemplar y de pleno amor florido,

y aquél en que Benito Raúl Losada lo presenta, en la noche, angustiado de "viajes interiores".

La seducción ha llegado aun hasta los viajeros que lo miraron sólo una vez. "Conmigo, lo llevaré conmigo", exclamó Leopoldo Panero. Rafael Alberti se conturbó ante él y comenzó a balbucir extrañas cosas:

Aquí sucede algo, nace o se ha muerto algo.
. . . . . .
Aquí existe un nombre,
una fecha,
un origen.
Se ve que estas montañas son los hombros de América.

* * *

Recientemente han soplado brisas nuevas. El Avila no se aferra a convencionalismos estériles. Evoluciona con los tiempos. La naturalidad es norma de su vida y de sus actos. La espontaneidad es su ley. Por eso cautiva incluso a las mentes infantiles. Pablo Rojas Guardia sabe de la candorosa envidia de un niño que decía:

La luna tan tonta, madre,
pasa tocando la Silla
y no se echa a descansar.

Cuando Fombona Pachano preparó un silabario poético para su hijo, no pudo poner en él sino la palabra insustituíble:

Vamos, hijo mío, ya es hora
de darte una palabra más;
ya te cabe en los labios, ya puedes
distinguir su sabor: Avila es dulce
como papá y mamá.
. . . . . .



Sabe a tener los árboles,
sabe a tener el aire,
los trinos y las aguas, en la lengua...

* * *

De sumo interés resultarán algunas noticias biográficas de carácter privado sobre nuestro personaje, tan abrumado hasta ahora de fórmulas e historia.

El Avila —fornido mocetón— gusta de jugar al fútbol. Quien lo cuenta es Ismael Urdaneta. La Guaira sufre pacientemente las consecuencias de la diversión:

El flanco del monte la empuja
hacia el mar; pero el Caribe
se la devuelve al Avila
con un puntapié magistral.

En su vida cotidiana se comporta como la mayoría de los hombres. Job Pim lo sorprendió una vez en actitud donjuanesca, apenas salido del baño, de traje azul recién lavado, corbata de niebla y chambergo con airón de luz.

Ya por este camino de sencillez, Aquiles Nazoa logró entrevistarlo hace poco. Nunca había hecho confidencias a nadie, ni había estado tan humano, tan demasiado humano, al extremo de confesar debilidad y temor de perder sus prerrogativas, de verse sometido por quienes puedan ir sobre sus espaldas, desaprensivos y felices:

¿...teme,
¡mi pobre capitán!,
que novios y turistas
se puedan propasar
y como a un conde ruso
lo tomen de barmán?
¿Es eso lo que teme?
¡Pues no faltaba más!
¡Usted de cantinero!
¡Qué cómico será!
¡Usted, que más que conde
fué en tiempos un Sultán,
con una nube al brazo
diciendo: —Oui, madame,
en tanto que la triste
luna de Galipán
le sirve de bandeja
para servir champán...!

Por último, el Avila ha tenido veleidades románticas. Esperaba a la luna en la tarde, sentado frente al mar. La luna llegaba por el valle, de puntillas. El rostro del monte no se iluminaba. Y el monte creía que ella, en juego, le había puesto las manos sobre los ojos...

Abigaíl Lozano se refirió a una de estas sorpresas: "La luna tras el Avila asomaba". También Andrés Mata: "Asciende con lenta calma — la luna detrás del monte".

Y parece que al fin el Avila se cansó de la luna. Acudió a la violencia como medio de ruptura y alejamiento. Eusebio Baptista, poeta de Boconó de Trujillo, llamó "Fantasía" la verídica historia:

La luna...
llora su desventura
en las fauces del Avila.

Sin embargo, la luna se salió con la suya. Son de ella esas "suaves curvas" femeninas que Juan José Churión le vió al Avila. Y un pintor —Pedro Centeno Vallenilla— la encontró una noche, dormida. El cuerpo desnudo y perfecto, de blancura sobrenatural, proyectaba en el monte su sombra...



RAFAEL ANGEL INSAUSTI

Fino y culto poeta venezolano de destacada figuración en el cuadro de la poesía contemporánea de nuestro país. Sus recientes poemarios "Aire de Luz y Lluvia" y "Conjuros a la Muerte", han sido recibidos con elogiosos juicios, por parte de la crítica nacional. Es nativo de Barinas.

Recogiendo conchas en las playas de Cubagua. (Foto P. Maxim)

Petróleo y Perlas en Cubagua

Por JUSTO SIMON VELASQUEZ

Cubagua. Situación y dimensión

Cubagua emerge como una enorme tortuga a flor de agua entre la costa y Margarita. Está situada al Sur de ésta y al Oeste de Coche. Dista siete leguas de Cumaná, cuatro de Araya, una de Margarita al Norte y nueve millas de Coche, e integra, junto con estas dos islas, el Estado Nueva Esparta. Boja más o menos tres leguas de circunferencia, una de latitud y una y media de longitud. Tiene cinco millas de Este a Oeste y dos de Norte a Sur. Se le calcula una superficie de dos mil cincuenta y seis hectáreas.

Las coordenadas geográficas de su parte oriental son: latitud, 10° 49′ 15″ Norte; longitud, 64° 08′ 37″ Oeste. Tiene dos faros al Norte: uno en Punta Palanqueta, al Noroeste; y otro al Nordeste. (Datos suministrados por la Dirección de Marina Mercante, tomados de la carta H O, Nº 2035).

Corre casi Este-Oeste. Tiene varias ensenadas en la parte Norte, entre ellas la de Charagato, que es la más abrigada.

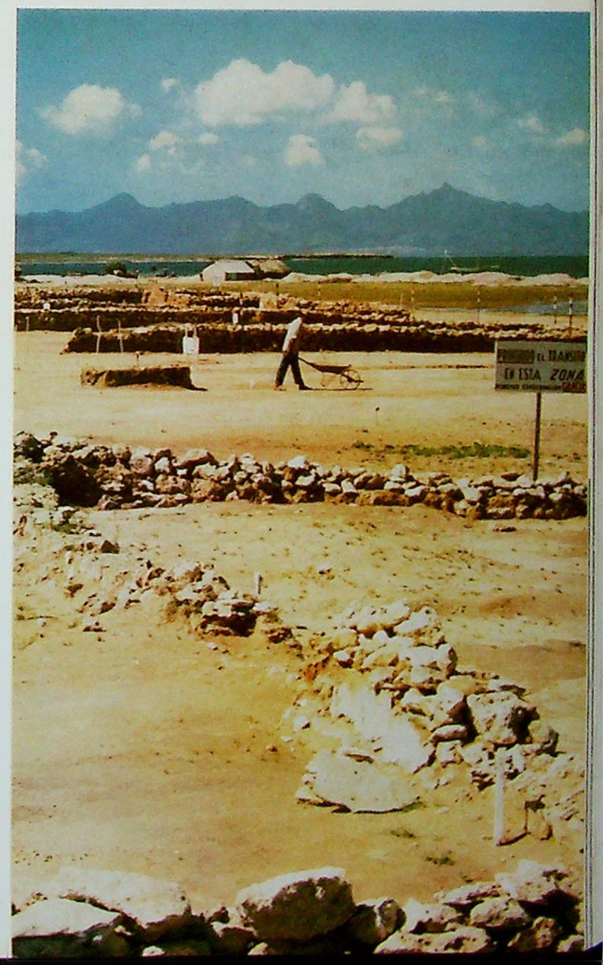
Forma dos canales: uno al Norte con Margarita y otro al Sur con el continente. En su frontón occidental hay placer de piedra que avanza en el mar como un tercio de milla.

Humboldt dice que las isletas de Coche y Cubagua son los restos del terreno sumergido en el mar, que separó las dos cordilleras septentrionales, las de la isla de Margarita y la península de Araya.

Toponimia y denominaciones

Margarita significa perla. Coche quiere decir venado.

Según fray Pedro Simón, Cubagua tomó ese nombre del cacique principal de sus moradores. Pedro Duarte Level asienta que vale decir nuestro hueso, porque "gua" es un prefijo aruaco que envuelve la idea de dominio,



Trabajo de excavación en la Isla de Cubagua

posesión, protección, algo así como nuestro y hogar. Hace constar que tribus aruacas fueron halladas por los descubridores en las islas Lucayas. Los indios lucayos sobresalían en el arte de nadar; muchos de ellos fueron llevados a Cubagua para ser empleados en la pesquería de las perlas y quizás le dieron su nombre a la isla. De acuerdo con la referida teoría semántica, Cubagua es un nombre aborigen, de procedencia aruaca.

A Cubagua los margariteños también la denominan Cuagua.

En algunos escritos antiguos aparece el vocablo escrito de distinta manera: Cubagoa, Cuhagua, Cobaua, sin que tal cosa influya para nada en la práctica.

En la Historia de Venezuela del Padre Aguado, prologada por Jerónimo Bécker, está la voz Cuba Agua.

Fernández de Oviedo la nombra Isla Rica, pero generalmente la llamaban Isla de las Perlas, "porque allí es la principal pesquería dellas en estas Indias", como refiere aquél. Además, así la puso el Almirante Don Cristóbal Colón.

No debe confundirse el nombre de La Isleta por el de Cubagua. La Isleta es un caserío situado a la parte abajo de Punta de Mosquitos, entre dicha Punta y El Yaque, al sur de Margarita. En la parte occidental del término de la playa desemboca la Laguna de Las Maritas. Es un puertecito de pescadores. Allí existe ahora un barrio muy pintoresco. Pertenece al Municipio García del Distrito Mariño del Estado Nueva Esparta.

Flora y fauna

Cubagua es una isla estéril, seca, inculta, salitrosa, llana y sin agua, con excepción de un pozo que tiene en la parte Este, en la cabecera, donde mana agua dulce, alrededor del cual hay tres o cuatro árboles de mango que deben ser muy viejos, y algunos charquillos de agua salada.

Solamente hay guayacanes, más pequeños que los de Margarita; cardonales, tunales, retamales, zarzales y "guazábanas". Los cardones son de dos clases: el "yaurero" es el grande, da fruta verde por fuera y blanca por dentro, sin espinas, del tamaño de una guayaba y su simiente es como granillos de higo; el más pequeño y con más espinas produce el "yaguarey", que es rojo, muy espinoso y su semilla es muy menuda, parecida al caviar.

Sus aguas son pingües en buenos peces, y la salazón de pescado fué uno de sus ramos de ingresos.

Hay muchos conejos e iguanas en la isla, así como paraulatas, tórtolas, perdices, culebras "conejeras" y "bejucas" y alacranes pequeños, de color amarillento. Anteriormente había hatos de chivos y carneros. Durante el año van allí de paso algunas aves de rapiña. Hay variedad de aves marinas, como cotúas, alcatraces, tijeretas, "guanaguanares" y "rajalaguas". Estas últimas tienen el pico corvo, como un cuchillo, en la forma de una navaja "pico 'e loro" y son de patas cortas. Rajan la lumbre del agua con el pico cuando pescan, de donde proviene su nombre.

Entre los animales marinos puede citarse el sapo "charnete", cuya picadura es afrodisíaca.

Fernández de Oviedo expresa que hay en Cubagua unas aves que los hispanos llaman flamencos y enumera las diferencias que tienen con las de España. En Margarita las denominan "tococos" y viven allá en la Laguna de La Restinga. También dice que hay en la isla dos animales muy semejantes en su ponzoña: el uno es de tierra y el otro de mar. Aquél es una araña chiquita y éste un pececillo pintado, de rayas y pecas blancas y amarillas, no mayor que un dedo pulgar, llamado "tatara", que algunos insulares afirman que es el sapo cano. La picadura de ambos produce al paciente bascas y muchos dolores que no se quitan sino al término de veinticuatro horas, sin permitirle comer ni beber.

A los cerdos de la raza de Castilla que llevaron ahí los españoles, así como a las báquiras de tierra firme, les crecieron las uñas medio palmo hacia arriba, de suerte que se mancaban y se caían a cada paso.

Humboldt relata que encontró en Manicuares algunos criollos que venían de una partida de caza en Cubagua, donde los ciervos de la especie pequeña son tan comunes, que una persona puede matar tres o cuatro en un día. Creo que en esto sufrió una equivocación el sabio alemán. El mismo afirma que ignora por cuál accidente han llegado allí estos animales, porque Laet y otros cronistas acerca de estos países, hablando de la fundación de Nueva Cádiz, no mencionan sino la gran abundancia de conejos. ¿Cómo hubiesen podido subsistir tales ciervos en una isla seca y sin pasto adecuado para ellos? Quizás esos cazadores vendrían de otro sitio de tierra firme, donde abunda la especie, que también habita en Margarita, pues yo los he cazado en ambas partes.

El descubrimiento

La isla de Cubagua fué descubierta por el Almirante don Cristóbal Colón, en su tercer viaje al Nuevo Mundo, el 14 de agosto de 1498, año en que también descubrió la costa de Paria, llamada de las Perlas.

He aquí algunos pocos versos de Juan de Castellanos sobre el fausto acontecimiento:

"Descubrió esta isla Colón, cuando
Vido tercera vez estas regiones
Yendo la tierra firme costeando
Por puertos, por bahías, por ancones:
Vió indios zambullendo y sobraguando,
Y estar debajo largas dilaciones,
Vía después coger su redecilla
Y vacialla también en la barquilla".

No se ha podido determinar si el Almirante desembarcó o no en Cubagua durante el viaje de marras. Morón, que cita a Río Negro, opina que "acaso sólo la vió", pues no menciona su visita en su carta a los Reyes Católicos, que abarca en resumen toda su romería, en la cual también guardó silencio respecto a sus ostrales, lo que suscitó sospechas injustificadas contra su persona, porque dichas noticias divulgáronse en España por los marineros que con él viajaron o por cartas de particulares. Otros lo niegan. Lo cierto es que don Cristóbal quiso guardar el secreto hasta que fuese oportuno darlo a conocer, por no excitar la codicia y no por reservarse para sí el negocio, porque cuando tomó en sus manos las hermosas perlas y el aljófar, su primera intención fué llevárselos a don Fernando y doña Isabel.

El Padre Las Casas hace alusión a que las ostras que vió el Almirante en las ramas de los mangles no son las que crían las perlas, porque éstas, por su natural instinto, se esconden cuanto más pueden bajo el agua. En realidad, la madreperla solamente vive en el fondo de los mares intertropicales.

Antes de arribar a Cubagua algunos indios le habian informado al Descubridor de América que las perlas se pescaban al Norte de Paria, en la vía del Poniente. Cuando éste se acercó a la isla observó que unos indígenas, desde una canoa, se zambullían y sobreaguaban, para emplear el mismo término de Castellanos, y envió unos marineros en un bote para que investigasen lo que aquéllos hacían. Los aborígenes, al darse cuenta de que venían hacia ellos, pusieron proa hacia la ribera y atracaron. Juan de Castellanos, inspirado por Belona, lo describe así:

"Los cuales con los arcos en las manos,
Arma con que se daban buena maña,
Esperaron soberbios y lozanos,
Sobresaltados de la gente estraña;
Mas halagándolos nuestros cristianos
Perdieron los temores y la saña,
Y luego los varones y las dueñas
De paz hicieron apacibles señas".

Entonces los castellanos vieron a una mujer que llevaba en el cuello, desnudo y sensual, una sarta de grueso aljófar nacarino y riquísimas perlas, los cuales rescataron con su dueña por unos cascos de un plato de Málaga, que uno de los marineros había roto con ese fin. Los indios tenían cultura y sus mujeres una sensibilidad exquisita: no solamente admiraban la belleza de las perlas orientales, con las cuales las hembras se adornaban sus túrgidos pechos, sino también el arte de los extranjeros, las figuras coloridas y pintadas por los artistas españoles en la vasija hecha pedazos.

El Almirante, al contemplar las margaritas, no pudo disimular su emoción, y exclamó: "Digo os que estais en la mas rica tierra que hay en el mundo, y sean dadas a Dios muchas graçias por ello". Y volvió a mandar los hombres a tierra para que rescatasen otro tanto.

Las perlas

Plinio el Antiguo, célebre naturalista romano, que pereció asfixiado por los vapores deletéreos del Vesubio en el 79, cuya erupción quiso observar desde cerca, afirmaba que las perlas se engendran del rocío, (que cae en las ostras que están abiertas, agrega el Padre Las Casas), al igual que Isidoro y Alberto Magno. Estos dos últimos autores las llaman uniones, porque según ellos sólo se halla una, y nunca dos o más juntas, en lo cual no se conforma Plinio, quien alega haber visto en una concha cuatro y cinco perlas juntas. Los tres autores mencionados concuerdan en que el color de la perla varía según la calidad del rocío que reciban. Fernández de Oviedo contradice dicha aserción, porque según ella debiesen ser todas las perlas en una misma ostra de igual tamaño, perfección de color, bondad y redondez. Nadie podría atestiguar que se tornan oscuras por consecuencia de los truenos.

La causa de la formación de las perlas no se ha determinado aún con precisión. Los zoólogos profesan diversas tesis al respecto. Unos pretenden que se originan por enfermedad de la ostra; otros, debido a un parásito que se introduce en el manto de ella y la molesta, debido a lo cual el molusco segrega nácar que lo envuelve y forma el núcleo de la perla; otros, que un gusano provoca la formación al taladrar la concha e introducirse en su interior; y otros sostienen que se produce de una manera natural y espontánea.

El nombre científico de la madreperla es "meleagrina margaritifera".

La acción de la humedad y la acidez del medio, a la larga, alteran la materia orgánica de las perlas. Por esto los viejos autores daban por cierto que se "envejecen". Algunas, descubiertas en tumbas antiquísimas, se deformaron por simple presión; no embargante, otras se han

Figura de fuente encontrada en Nueva Cádiz, Cubagua





…ente al paisaje marino,
… testimonio de las ruinas
… lo que fué Cubagua



Ladrillo traído de las ruinas de Nueva Cádiz, Cubagua



Escudo de los Franciscanos, encontrado en lo que se cree fué Convento o Ayuntamiento de Nueva Cádiz.

mantenido intactas a través del tiempo, como la de la corona de los reyes godos y la colección de Carlomagno. Hay varios procedimientos para revivificarlas, uno de ellos a expensas del leve pecado de sacrificar un pollo.

Es incierto que las perlas tengan reina, como las abejas, la cual se suponía ser mayor y más hermosa que las otras conchas, a las que guiaba; ni que los ostrales de Cubagua menstruen. El humor rojo o sanguíneo que se creía provenir de ellos en ciertos períodos, es el turbio.

Las perlas se estiman por su tamaño, forma, color y brillo u oriente.

Su tamaño es variable: puede ser tan pequeño como una semilla de mostaza y tan grande como un huevo de paloma.

Por su forma se clasifican en perfectas, regulares, peras, lágrimas, charnelas, elipsoides, gemelas, gotitas, perlitas, simientes y granos, botones, asientos y barruecos. Las llamadas parangonas son de tamaño y belleza excepcionales. En Cubagua, a los asientos también los denominaban panecillos y a las perlas "thenocas" y "coçixas". Piedras o pedrería eran las torcidas, con las distintas variedades de las piedras.

En nuestro lenguaje perlero nombramos "de vista" a la perla fina completamente redonda, que es la más cara; el barrueco es muy brillante, pero deforme en algunas partes; la mostacilla es la perla bruta y menuda. La mostacilla siempre es aljófar, pero el aljófar no siempre es mostacilla, pues también hay aljófar grueso, como el que llevaba al cuello la deleitosa india, a quien vieron los marineros que mandó el Almirante cuando surgió a par de Cubagua con sus tres carabelas.

Juan de Castellanos, tesorero de Cubagua, cuando llegó a su oficio el 25 de diciembre de 1531, encontró en el arca de tres llaves donde se guardaba lo perteneciente a Su Majestad, cuarenta y cuatro pesos de oro guanín, así como perlas comunes, topos, barruecos, perlas redondas, aljófar común y aljófar redondo, parejo, pinjantes, pedrería, cadenilla y avemarías.

También se conocían el rostrillo y el medio rostrillo.

Hay perlas blancas, amarillas, malvas, rojas, grises, negras, verdes, azuladas e irisadas en varios colores. Fernández de Oviedo dice que él las ha visto y tenido negras como azabache, leonadas, muy amarillas y resplandecientes como el oro, cuajadas, espesas y sin resplandor, azogadas, verdosas, etc. Las negras son muy raras y valiosas. Avisa a los que compran perlas que las pongan entre los dedos al transparente resplandor del cielo, dándoles el sol, para notar sus defectos; y unos traficantes me aconsejaron que nunca deben comprarse en la tarde, sino por la mañana, lo cual está de acuerdo con el consejo del primer cronista de América, porque durante las horas vespertinas no se les aprecia bien el oriente.

Las perlas de Cubagua

Los ostrales de Cubagua hicieron que esa pequeña isla, embravecida por los chubascos y propicia al placer, donde los fulgores de Venus parecen más hermosos y las ondinas del Caribe dejan oir en las noches estrelladas sus voluptuosas canciones, se tornase famosa. Dan perlas óptimas blancas rosadas. Algunas conchas contienen un solo grano y otras varios juntos. Están ubicados a la redonda de la cabecera de la isla y por la parte Sur. Le produjeron al quinto del Rey durante algunos años la fabulosa suma de quince mil ducados. En 1579 Felipe II

logró una perla margariteña que pesaba 250 quilates y valía aproximadamente 500.000 pesetas.

La pesquería se efectuaba a cuatro o cinco brazas de profundidad por medio de buzos de cabeza (luego idearon otros artificios de rastras y redes), que eran esclavizados. Se dilataban bajo el agua dos o tres minutos, a lo sumo. Durante la noche se aprisionaban, y los más eran víctimas de los tiburones y marrajos. Fray Antonio Vázquez de Espinosa motiva su encerramiento por la castidad, y fray Bartolomé de Las Casas, en su peculiar lenguaje hiperbólico, relata con profusión sus padecimientos.

La Nueva Cádiz

La Isla de las Perlas no estuvo poblada en los tiempos precolombinos. Estaba muy sola. El piélago bramaba en rededor de ella y las brisas marinas la acariciaban. Rancheaban allí los indígenas nativos de las tierras comarcanas para hacer sus pesquerías, como hoy los humildes pescadores, y el sol y la sed los obligaban a retornar a sus moradas. Pero las noticias de sus ostreros atrajeron unos cuantos vecinos de La Española y San Juan a rescatar perlas por mercaderías ordinarias y se fabricaron los primeros bohíos, que originaron su poblamiento.

Merced a mi investigación, me atrevería a dividir la historia de Cubagua en cuatro épocas: primera, desde el establecimiento de las primeras cabañas en el año de 1509, según fray Iñigo Abad, hasta que fué desamparada por el alcalde mayor Antonio Flores, en el año 1520, con más de trescientos españoles, que huyeron a Santo Domingo, por temor al ataque de los indios de tierra firme; segunda, desde el año de 1520, en que proveyeron la Audiencia de Santo Domingo y el Almirante y oficiales reales que fuesen a Cubagua por Teniente de Gobernador Francisco de Vallejo, vecino de Santo Domingo, con el encargo de repoblar la isla, hasta el 2 de febrero de 1523, en que el capitán Jácome de Castellón, del mismo vecindario, edificó cerca de la desembocadura del río Manzanares un castillo de cal y canto, en el mismo sitio donde el licenciado Casas, o sea fray Bartolomé de Las Casas, empezó a construir una fortaleza; tercera, desde esta fecha hasta la escasez de los ostrales, en el año 1533; y cuarta, desde 1533 hasta que la ciudad de Nueva Cádiz fué destruída por una tempestad, en 1541.

Cubagua, primer lugar de Venezuela donde los españoles sentaron los reales, fué centro de valor y cobardía, sadismo y crueldad, soberbia y abnegación, riqueza y miseria. Por allí pasaron grandes expedicionarios: Diego de Losada, Diego de Ordás, Antonio Sedeño, Alonso de Herrera, Jerónimo Ortal, Alvaro de Ordás, Gonzalo de Ocampo, Bartolomé de Las Casas, Jácome de Castellón, etc.

El agua la traían de Cumaná, de ahí el empeño de los colonos en tener bajo su jurisdicción la orilla del río; la leña, de Margarita; el vino, de La Española; la sal, de Coche y Araya, lo cual era fuente de proventos.

Arístides Rojas señala que en el año 1500 había cincuenta aventureros en la isla. Importaba mucho al Rey que se poblase, y en 1509 mandó al Almirante don Diego Colón, Gobernador de La Española, que pusiese diligencia en ello. El trato de las perlas estaba floreciente entonces y el quinto real era defraudado. Algunos potentes mercaderes se dedicaron a esclavizar a los indios. En 1517 había pocos españoles en Cubagua, moraban en toldos y chozas y trocaban perlas por cosas útiles con los nativos, que iban allí por temporadas a hacer sus pesquerías.

El Padre Las Casas y otros graves autores, como Antonio de Herrera, Juan de Castellanos y el Padre Caulín, refieren la iniquidad de un Alonso de Ojeda, vecino de Cubagua, que armó un navío allá por el año 1519 y se fué al puerto de Chiribichi, donde estaba el monasterio dominicano de Santa Fé, establecido en 1517.

Los naturales vivían muy pacíficamente. Ojeda platicó con Maraguey, señor del pueblo y le preguntó si sabía quiénes comían carne humana, por lo cual éste se enfadó mucho, pues los españoles esclavizaban y hacían guerra a los antropófagos. Respondió: "No, no, carne humana, no carne humana". Ojeda prosiguió a Maracapana, donde el cacique Gil González lo recibió muy bien. So pretexto de ir a comprar maíz a Los Tagares se dirigió a la sierra. Ordenó cincuenta cargas y pidió que se las llevasen a Maracapana, donde las pagaría. Cuando los acarreadores estaban en la plaza descansando, los hispanos desenvainaron las espadas y los cercaron. Algunos huyeron y treinta y seis de ellos fueron hechos prisioneros.

Gil González y Maraguey acordaron matar a Ojeda, a los frailes, porque los creyeron cómplices del crimen, y a cuantos castellanos topasen. Ojeda murió, el cenobio de Santa Fé fué destruído y dos religiosos resultaron asesinados, uno sacerdote y otro lego, y los demás se salvaron, porque habían ido a predicar y confesar a Cubagua.

Los indios se apercibieron para asaltar también la isla, que fué desamparada cobardemente por su alcalde mayor Antonio Flores. Practicada la evacuación, se apoderaron de ella, la metieron a saco y se emborracharon.

Estos atropellos motivaron las represalias de Gonzalo de Ocampo.

Francisco de Vallejo repobló la isla y repartió solares a los vecinos, trajo consigo los indios margariteños que estaban en Cubagua en rescates, a quienes había prendido Antonio Flores y conducido a Santo Domingo en su huída, junto con algunos esclavos, y de nuevo comenzaron a explotar su granjería perlera los de Cubagua.

Las discordias entre Gonzalo de Ocampo y su gente y las del Padre Las Casas con él, la desocupación de la tierra por aquéllos y el viaje del clérigo a La Española, para quejarse ante la Audiencia del capitán y de los estorbos que le hacían los de Cubagua a su plan de pacificación, unido a su impericia castrense, originaron nueva sublevación de los indios, que aniquilaron a sus caballeros de espuelas doradas y cruces rojas e incendiaron la gran casa de madera y paja que había hecho edificar cerca del fondo de la huerta del convento franciscano.

Para curar estos desmanes fué enviado por el Almirante don Diego Colón, los oidores de la Audiencia y oficiales reales, el capitán Jácome de Castellón, quien aplicó el termocauterio de muy buena gana y fabricó en Cumaná, cerca de la boca del río, un fuerte donde ondularon las banderas reales. Aplacados los ánimos, fué cuando verdaderamente se fundó una población al Este de Cubagua, en la cabecera de la isla, en el año 1523, y llamósele Nueva Cádiz, porque la fortaleza aseguraba hacer la aguada sin tropiezos.

Se acrecentó la pesquería de las perlas y hermosas fábricas embellecieron el noble lugar.

> "Veréis llenos caminos y calzadas
> De tráfagos, contratos y bullicio,
> Las plazas y las calles ocupadas
> De hombres que hacían sus oficios;
> Veréis levantar casas torreadas
> Con altos y soberbios edificios,
> Este de tapia, aquel de cal y canto,
> Sin que futuros tiempos den espanto".

Así lo cantan las trovas de Castellanos, quien trae una lista de casas suntuosas. Barrionuevo, un escudero natural de Soria, fué el primero que la labró de piedra. Lo siguieron Juan de la Barrera, Pedro de Herrera, Castellanos —el tesorero—, Portillo, Diego Caballero, Alvaro Beltrán, Antón de Jaén, Rojas, Niebla, Francisco de Reina, Pedro Ruiz de Tapia y el Padre Bautista. También se levantó una magnífica iglesia.

Era el tiempo del apogeo de la ciudad y del progreso encauzado por el sistema capitalista bien comprendido. La gente acudía en cantidades, como moscas sobre la miel.

En 1527 la población había aumentado considerablemente, como lo relaciona el cronista Herrera. El Rey le concedió el privilegio de elegir entre los vecinos, con prohibición de que recayese la elección en los oficiales reales para que estuviesen libres en los asuntos de hacienda, un alcalde cada año que conociese de los pleitos civiles y criminales. Dotó a la isla de ocho regidores: Giraldo de Viernes, Andrés Fernando, Vicente Dávila, Francisco de Portillo, Alonso de Rojas, Pedro de Alegría, Martín de Ochandiano, tesorero, y Juan López de Archuleta, veedor. Dió orden para quintar las perlas y prohibió que las horadasen. Desde este año, según Arístides Rojas, fué colocado en la puerta del Ayuntamiento de Nueva Cádiz, el escudo de armas de la España de Carlos V. Refiere asimismo Herrera que en 1528, por demanda de los vecinos de Cubagua, el Rey declaró que no se consintiese que Luis Lampunano entrase con su ingenio, una especie de rastra, en los límites pesqueros de Cubagua; dió una limosna de quinientos pesos de oro para la iglesia que se había quemado, librados en penas de cámara; armó a la ciudad con un regimiento al mando de Pedro Ortiz de Matienzo; y concedió un escudo de armas al capitán Jácome de Castellón, que representaba la fortaleza que había edificado en Cumaná. Pedro Ortiz de Matienzo fué un gran caudillo neogaditano. Varias veces empuñó la vara. Trató de mantener denodadamente la jurisdicción de la isla en la costa cumanesa. Arremetió contra los naturales después que destruyeron en 1520 los monasterios en tierra firme, con la gente del capitán Gonzalo de Ocampo que se había quedado en Cubagua, acompañado de Francisco Vallejo, siendo a la sazón alcaldes mayores, con el fin de ganar el río de Cumaná, no pudiendo alcanzar su objetivo porque los belicosos flecheros se lo impidieron. Los cubagüenses bebían entonces de unos cenagales de Margarita. Y rechazó victoriosamente a los filibusteros franceses que en octubre de 1528 trataron de saquear la isla. Se le imputa haber envenenado a Diego de Ordás, yendo hacia España, por un pasaje de Aguado. Este dice que un genovés boticario, que traía cierto artificio para sacar perlas, a quien Ortiz de Matienzo había puesto preso y permitido residir en Cubagua, fué el que preparó las píldoras ponzoñosas. Infiero que sea el mismo Luis Lampunano.

Los caribes atacaron a Cubagua en 1515. Fueron rechazados. No cesaron sus incursiones y en el mes de octubre de 1528 intentaron tomar la fortaleza de Cumaná.

Las primeras ordenanzas municipales venezolanas fueron sancionadas por el cabildo de Nueva Cádiz, el 5 de enero de 1537. Se refieren a los abastos, a los auxilios que deben prestarse los dueños de barcos que traen agua a la isla, a los castigos, a la pesa de las perlas, tasas, licencias, edificaciones, higiene pública, porte de armas, salidas, etc.

El 9 de julio de 1532 el ayuntamiento le envía una carta al Rey con Ortiz de Matienzo, en la cual pide que los oficiales quinten en la isla y no en La Española y que

Lápida que representa el escudo del Emperador Carlos V. Se encontró a la entrada de la Ciudad de Nueva Cádiz



Figura encontrada en Nueva Cádiz, Cubagua



se establezca casa de contratación. Desea enviar las perlas directamente a Sevilla. En 1537 se dirige nuevamente al monarca contra las pretensiones de Jerónimo Ortal y Antonio Sedeño, que intentaban trasladar la Nueva Cádiz a Margarita, y postula un cambio en el sistema electoral.

El descubrimiento de nuevos ostrales en la isla de Coche, antes de la Navidad de 1528, y la disminución de los de Cubagua, debido a su falta de propagación por el excesivo desgaste, ocasionaron el decaimiento de la ciudad.

"Pues entonces faltó de su ribera
La flota de canoas que solía,
No pone canoero la bandera
Para mostrar cuún próspera venía:
Las intenciones eran de cualquiera
Adaptar su vivir por otra vía;
El tráfago, bullicio y el estruendo
A más andar se iba deshaciendo".

(Castellanos).

En noviembre de 1541 una horrorosa tempestad asoló nuestra preclinta urbe.

Sus vecinos y el regimiento se mudaron después del temporal a Margarita. Los oficiales reales se habían ido antes para el Cabo de la Vela.

En Cubagua permanecieron algunos habitantes, hasta que en julio de 1543 cinco naos de piratas franceses cayeron sobre sus despojos como buitres y robaron y quemaron el pueblo.

Morón afirma que Cubagua no desaparece por el agotamiento de las perlas, y atribuye como causa profunda de su desaparición a la imposibilidad que tuvo de asegurar sus fuentes de suministro.

Creo que como la capital de Cubagua no tenía vida propia, al menguar los placeres, fuente principal de sus rentas, careció de medios pecuniarios para satisfacer sus inmensas necesidades.

El petróleo

Tiene Cubagua en la punta Oeste, en el sitio llamado La Brea, un manantial de petróleo, observable sobre el agua del mar a dos y tres leguas de la isla en tiempo de corriente. Fernández de Oviedo dice que los naturales lo denominaban "stercus demonis", "petrolio" y "asphalto". Herrera y Castellanos también se refieren a dicha fuente. Dábanle usos medicinales, contra la gota y otras enfermedades y era utilísimo en diversas cosas, así como para embrear y calafatear los barcos. De España lo pedían con mucha instancia y debía ser enviado en todos los navíos. Morón cita una carta que trae Muñoz, escrita el 30 de abril de 1539 por el tesorero Francisco de Castellanos desde Nueva Cádiz al emperador, comprobatoria de lo precedente. Gonzalo Menéndez Pidal, en "Imagen del Mundo hacia 1570", expresa que Ernst Schäfer ha encontrado en el Archivo de Indias cédulas de la emperatriz Isabel, de 1536-38, en que ordena se le mande "aceite petrolio" de Cubagua.

Hace más o menos medio siglo, un señor Bonn, holandés de Curazao, lo explotó durante varios años, según lo cuenta la tradición. Primero iba a Juan Griego, donde estaba instalada entonces la aduana nacional, por ser un puerto bueno, seguro y bellísimo, en una goleta de grandes dimensiones, cargada de toneles vacíos. Después que arreglaba sus papeles hacía rumbo a Cubagua. En el lugar indicado hacía un hueco con una barra y una pala, del cual brotaba una substancia que se decía era petróleo. Con un embudo y una totuma llenaba las barricas y regresaba a Juan Griego, y de ahí a Curazao.

En Cubagua el Gobierno confirió concesiones para la exploración y explotación de hidrocarburos, las cuales caducaron y se extinguieron.

Bibliografía consultada

Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-firme del Mar Oceano, por el Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés; Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Oceano, por Antonio de Herrera; Elegías de Varones Ilustres de Indias, por Juan de Castellanos; Historia de Venezuela, por fray Pedro de Aguado; Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra firme en las Indias Occidentales, por fray Pedro Simón; Historia de las Indias, por fray Bartolomé de Las Casas; Historia Corográfica, Natural y Evangélica de la Nueva Andalucía, por el M. R. P. Fr. Antonio Caulín; Memorias para la Historia de Cumaná y Nueva Andalucía, por el P. Fr. Cayetano de Carrocera, O. F. M. Cap.; Los Orígenes Históricos de Venezuela, por Guillermo Morón; Orígenes Venezolanos, por Arístides Rojas; Cuadros de la Historia Militar y Civil de Venezuela, por Lino Duarte Level; Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente, por Alejandro de Humboldt; Resumen de la Geografía de Venezuela, por Agustín Codazzi; Lecciones de Geografía del Distrito Mariño del Estado Nueva Esparta, por Napoleón Narváez; Imagen del Mundo hacia 1570, por Gonzalo Menéndez Pidal; Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana, Hijos de J. Espasa, editores; Manual del Joyero, por Juan Casabó; Revista Nacional de Cultura.



JUSTO SIMON VELASQUEZ

Oriundo de Juan Griego, Estado Nueva Esparta, el Dr. Justo Simón Velásquez es abogado, egresado de la Universidad Central de Venezuela en el año de 1940. Ha ejercido su profesión en Caracas y en el interior de la República, perteneciendo en diversas oportunidades a la magistratura nacional, donde se ha destacado por sus conocimientos y ponderada actuación. Siempre ha sido un fervoroso cultivador del género histórico y tiene publicada una interesante monografía sobre los "Templos de la Asunción". Actualmente cursa Estudios Internacionales en la Universidad Central de Venezuela.

EL BOCIO ENDEMICO EN VENEZUELA

Por FRANCISCO DE VENANZI

Las referencias a la existencia del bocio en los Andes Venezolanos se remontan a las relaciones históricas de Oviedo y Baños (1723), quien al considerar la belleza y riqueza del Valle de Trujillo, hace el comentario siguiente: ". . .pero en medio de tantas conveniencias padece un desafecto grande esta ciudad, que algunos atribuyen a sus aguas, y yo soy de esa opinión, y es criarse en las gargantas de sus habitadores, principalmente en las mujeres, hinchazones, o paperas, con tanta generalidad, que es rara la persona que se ve sin ellas, y algunas tan crecidas y disformes, que causa horror el mirarlas".

Nueva referencia al "coto" andino aparece en los escritos del gran naturalista Francisco José de Caldas: "El coto, que ataca la garganta, ataca también el celebro *(sic)* y las potencias, cuyos efectos destructores llegan hasta los productos de la generación, que hace que el padre reproduzca en estúpidos o insensatos".



Fig. 1. — El Cotudo

Las viejas tradiciones son también ricas en menciones al "coto" o "las paperas", designaciones aplicadas al trastorno por las gentes de las regiones andinas. Fabricio Gabaldón, en su ameno ensayo, señala como nota pintoresca que el busto de don Sancho Briceño, ubicado en la entrada occidental de Trujillo, fué esculpido con su "papera" que, seguramente resistirá los futuros embates de la profilaxia. Se refiere también a un relato de las dificultades que tuvo el Prócer de la Independencia, General Rafael Urdaneta, para recolectar una crecida cantidad de dinero entre los trujillanos que debería ser empleada en gastos de guerra, y del consejo que recibió del Libertador: "Apriétele Ud. las cureñas a esos *paperudos* trujillanos que quieren Patria y Libertad, pero siempre que nada les cueste".

Andrés Bello, en sus "Opúsculos Científicos", dedica un capítulo a la importancia del bocio en la Nueva Granada y al interés de realizar la profilaxia mediante administración del yodo, de acuerdo con un trabajo de Coindret publicado en Ginebra y que le sirve de base para su disertación.

Las relaciones técnicas sobre el bocio endémico entre nosotros han sido, sin embargo, relativamente escasas. En 1937 Briceño Rossi, para la época inspector general de Sanidad, llamó la atención sobre el problema e insistió sobre la necesidad de estudiarlo detalladamente "porque crea un problema social". Basaba esta afirmación especialmente sobre la existencia de numerosos cretinos, lo cual sería un índice de degeneración de la raza.

Posteriormente se han llevado a cabo otros trabajos por Dávila Celis, De Venanzi y colaboradores, Bengoa, Liendo Coll y Planchart; Roche y colaboradores, y otros.

En el área de Bailadores fueron examinados el año pasado por la "Misión para el Estudio del Bocio", organizada por el Instituto de Investigaciones Médicas (Fundación Luis Roche), 1.359 personas, encontrándose una incidencia global de 83%. Posteriormente el doctor Marcel Roche realizó un recorrido por las principales poblaciones andinas y determinó la incidencia de bocio en 2.685 escolares. Sus resultados se muestran en la figura Nº 2. Como puede verse, la prevalencia de la afección es realmente importante. En los últimos dos años han aparecido varios reportes sobre la existencia de bocio endémico en varias regiones centrales. El doctor R. O. Rodríguez se ha ocupado bastante del problema en el Estado Carabobo y en su compañía se organizó una nueva Misión de Estudio. Se examinaron 790 personas en Manuare, siendo la incidencia algo menor de

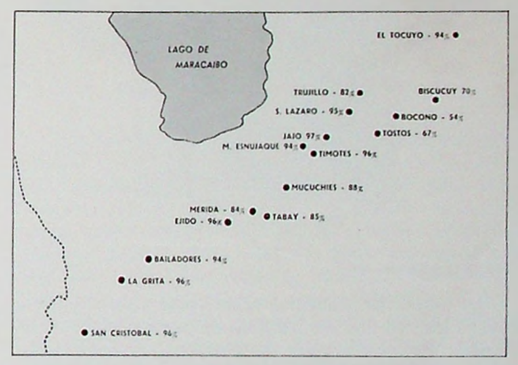


Fig. 2. — Prevalencia del bocio en los Andes

65%, pero todavía muy alta. El bocio, por tanto, no está limitado a la región andina.

Todo aumento de tamaño de la glándula tiroides que no sea producido por una inflamación aguda, recibe clínicamente el nombre de *bocio*. Hay muchos tipos de bocio y gran parte de ellos aparecen esporádicamente, sin que representen un problema colectivo. Pero el bocio afecta a veces conglomerados importantes de población que viven habitualmente en regiones elevadas. Es este último tipo de bocio el que recibe el nombre de *Bocio Endémico*.

Una pregunta que surge cuando se estudia el problema del bocio endémico es si realmente el tener la glándula aumentada de volumen representa una desventaja apreciable. Localmente se pueden encontrar signos de compresión de la tráquea que dificultan la respiración. Además, frecuentemente aparecen nódulos en el seno de la glándula que, según los datos que se tienen del estudio de bocios esporádicos, pueden ser cánceres potenciales. Sin embargo, no parece que los nódulos que se encuentran en zonas de bocio endémico sufran la transformación maligna con la misma frecuencia que los que aparecen esporádicamente.

La prevalencia de trastornos visuales caracterizados por una protusión exagerada de los globos oculares es indudablemente mayor. La frecuencia con la cual la glándula se pone a trabajar en exceso o en defecto también parece mayor, y algo de gran interés lo constituye la mayor incidencia de aparición de sordomudos y cretinos en el seno de la población.

En nuestros trabajos, la susceptibilidad a otras enfermedades no parece ser diferente a la de individuos sin bocio de la misma zona, y lo mismo parece ser cierto en cuanto a sus reacciones psíquicas.

En conjunto puede decirse que el bocio endémico representa algo más importante que un simple atropello a la estética.



Fig. 3. — Cretinismo

Alco sobre el yodo

La curiosidad científica es ilimitada y se manifiesta aun en los más difíciles períodos de la historia. En 1812 Francia era un hervidero de actividad. El imperio napoleónico había llegado a su cenit y el Gran Ejército invadía a Rusia para sufrir poco después el desastre de la retirada. Sin embargo, un manufacturero de salitre (nitrato de sodio), de nombre Courtois, con algún entrenamiento en química, estudiaba la composición de las algas y encontraba una substancia violácea muy peculiar. Reportó su descubrimiento en los Anales de Química en 1813 y quedó luego a otros científicos el estudio detallado de la substancia descubierta. En verdad, ni siquiera había sido bautizada, y le correspondió al famoso físico-químico francés Gay-Lussac seleccionar el nombre de yodo. Lo derivó del griego *iodes*, que significa de color violeta.

El yodo se encuentra, en general, ampliamente distribuido, y los alimentos, el agua y el aire permiten al individuo cubrir sus necesidades diarias, por cierto muy pequeñas. La unidad corrientemente empleada para expresar el contenido de las diferentes substancias en yodo es generalmente el *microgramo*, que equivale a una milésima de miligramo, o lo que es lo mismo, a una millonésima de 1 gramo.

Los suelos tienen contenidos variables de yodo; por ejemplo, es en general escaso en las zonas elevadas y más abundante en la vecindad del mar. A su vez, los vegetales y los animales que viven en esas zonas contendrán más o menos yodo. Lo mismo ocurre con el agua que recorre las diferentes zonas y con el yodo que se volatiliza con facilidad y se encuentra en el aire. La determinación del yodo en el agua de una región da una idea aproximada de la riqueza general de la misma en esa substancia.

En la tabla número 1 se muestra comparativamente la cantidad de yodo encontrada en tres fuentes diferentes del Municipio de La Mesa de Esnujaque: 1º, Agua del acueducto de La Mesa; 2º, Agua del río Motatán, que se usa en La Vega; 3º, Agua del riachuelo El Chorrito, que surte al caserío El Horno:

TABLA Nº 1

	Microgramos/litro
Agua de La Mesa	4.22
El Horno (El Chorrito)	1.50
La Vega (Río Motatán)	1.36
Valores citados para zonas con contenido normal en yodo	0.4—50

Los valores encontrados en el municipio en referencia estuvieron cerca de los valores más bajos citados para zonas con concentración normal de yodo. Debe mencionarse aquí que los métodos químicos para determinar estas minúsculas cantidades de yodo ofrecen frecuentemente dificultades que obstaculizan la comparación rigurosa de valores obtenidos en diferentes laboratorios.

El yodo desempeña en el organismo un papel de gran importancia. Sin embargo, la cantidad total de la substancia que se encuentra en el cuerpo es insignificante; expresada en mg. equivale a 20 a 50. Si tomamos la cifra de 40 y representamos cada mg. por un punto y se observa su distribución en el cuerpo de un sujeto de 65 kilos, se nota que de los 40 puntos 10 se encuentran en la glándula tiroides que pesa unos 30 gramos y que los otros 30 se distribuyen en el resto de la masa corporal. Algunos órganos son más ricos que otros, pero la tiroides acumula por gramo muchísimo más que cualquier otro tejido. Por ejemplo, comparando la concentración de yodo en la tiroides con la de uno de los tejidos que más lo contienen, las glándulas salivares, se encuentra que la primera contiene unos 29.000 microgramos por ciento, en tanto que la segunda tiene unos 550 microgramos.

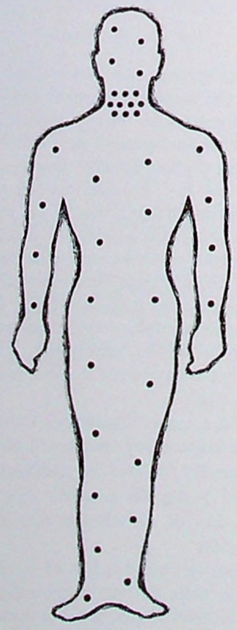


Fig. 4. — Distribución del yodo en el cuerpo

En condiciones normales un sujeto debe ingerir aproximadamente de 100 a 200 microgramos de yodo por día. El yodo, en parte, es fijado por la tiroides —aproximadamente un 45%—, otra fracción va a otros tejidos o se encuentra circulando en la sangre y un porcentaje se excreta, especialmente por la orina. En sujetos que viven en zonas de contenido normal en yodo se dan cifras de excreción urinaria de unos 50 microgramos por día. En sujetos estudiados en La Mesa de Esnujaque la excreción diaria de yodo fué de unos 15 microgramos por día.

La introducción del yodo radiactivo ha permitido ampliar considerablemente nuestros conocimientos sobre el papel del yodo en el cuerpo. Para comprenderlo se impone hacer un breve recuento de la noción de *isótopo*. Se sabe que todos los cuerpos están formados de partículas pequeñísimas llamadas átomos. Estos, a su vez, en su más simple expresión, están formados por un núcleo central integrado por partículas llamadas protones, que tienen carga positiva y por partículas neutras, llamadas por eso neutrones, y además por una serie de partículas negativas —los electrones— aún más pequeñas, que giran alrededor del núcleo describiendo órbitas parecidas a las de un sistema planetario. El peso del átomo depende del número total de protones y de neutrones del núcleo, en tanto que las propiedades químicas dependen del número de electrones en las órbitas o de los protones del núcleo que los equilibran con su carga opuesta. Se concibe que dos cuerpos que tengan el mismo número de protones y de electrones, presenten las mismas propiedades químicas, pero que puedan tener diferente peso en caso de que difieran los núcleos en el número de neutrones. Estos elementos serían isótopos. El hombre ha podido crear isótopos artificialmente. Esquemáticamente hablando, se introducen neutrones en el núcleo de un elemento y sin cambiar sus propiedades químicas se alteran algunas de las físicas. Los isótopos así creados no son estables y tienden a volver a una forma estable emitiendo radiaciones.

El cuerpo, en su interior, es el más complejo de todos los laboratorios de química, pero la maquinaria viva no sabe diferenciar a las substancias por su peso atómico. Que se le administre yodo y calcio, por ejemplo, y las células de la tiroides atrapan el yodo y las del hueso el calcio, en forma perfectamente específica. Pero si se le da yodo ordinario o yodo isotópico, las células los manejan sin discriminación posible.

Por otra parte es mucho más simple la determinación de las radiaciones con los contadores de Geiger y otros aparatos similares, que la determinación química del yodo y además las radiaciones pueden atravesar los tejidos blandos y así podemos medir desde afuera la cantidad de yodo radiactivo que fija la glándula tiroides, colocando un contador frente al cuello. Esto no quiere decir que la información que da la determinación química del yodo haya podido suplantarse con los nuevos procedimientos basados en el yodo radiactivo.

Hasta el presente hemos venido hablando de la tiroides, sin tener siquiera la gentileza de presentarla. Es momento oportuno para decir que es una glándula en forma de H que tiene dos partes laterales más voluminosas llamadas lóbulos y un puente que los une que se llama istmo. Está situada en la parte anterior e inferior del cuello. Si nuestra curiosidad de conocerla mejor se acentúa, podemos colocarla bajo el microscopio. Las células que la forman se disponen en forma de esferas más o menos regulares, dejando una cavidad interior en donde se almacena un líquido gomoso parecido a la clara del huevo, que se llama coloide. Fig. 5.

Esas esferas, más o menos regulares en forma, de las cuales hay miles en toda la glándula, se llaman folículos tiroideos.

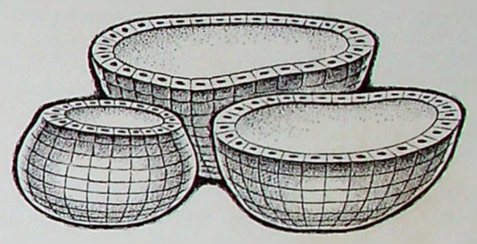


Fig. 5. — Folículos tiroideos seccionados

¿Qué pasa con el yodo que la tiroides fija con tanto ahinco? Esta fué la pregunta que se hizo a fines del siglo pasado un sabio alemán llamado Baumann. Comenzó a estudiar químicamente la glándula para ver dónde estaba el yodo y encontró que se había combinado con una proteína. Pero había que llegar más lejos. Las proteínas están compuestas por moléculas más simples llamadas aminoácidos y era necesario descubrir qué aminoácido fijaba el yodo. Esta fué la tarea de Kendall, un investigador norteamericano. Antes hemos hablado de lo ilimitado de la curiosidad científica como motor poderoso de los descubrimientos. Courtois descubre el yodo en medio del fragor de un país en guerra. Kendall aisla por primera vez la *tiroxina* en el día de Pascuas de 1914.

La *tiroxina* es un compuesto algo complejo que incluye cuatro átomos de yodo en su molécula y que se creyó ser el factor activo de la hormona tiroidea o la misma hormona. Sin embargo, muy recientemente se ha obtenido otra substancia similar, pero con sólo tres átomos de yodo, que tiene una actividad mucho mayor, la trioyodotironina y podría ser éste el factor activo.

Al hablar de actividad, ha llegado el momento de indicar el papel que desempeña la glándula tiroidea mediante la acción de esa hormona que produce.

Recordemos brevemente que todo el complejo proceso de reacciones químicas que tienen lugar constantemente en el organismo se designa con el nombre de *metabolismo*. La glándula tiroidea, fundamentalmente, regula la velocidad de todas esas reacciones químicas. Si se la suprime, todos los cambios se retardan considerablemente; en cambio, administrando la hormona se incrementa el metabolismo en proporción con la dosis. En las enfermedades de la glándula esas dos condiciones pueden presentarse y se habla entonces de hipo o de hipertiroidismo, respectivamente.

La glándula hiperactiva fija una mayor cantidad de yodo, y lo inverso ocurre cuando la tiroides funciona en defecto.

En 1952 fué publicado un trabajo realizado por un equipo de norteamericanos y argentinos dirigidos por J. Stanbury, del Massachussetts General Hospital, en la población de Mendoza, Argentina, en el cual se reportó que la glándula tiroidea en esa zona de bocio endémico fija cantidades grandes de yodo radiactivo, es decir, que probablemente en las áreas de deficiencia de yodo la captación del elemento está aumentada. Este descubrimiento ha sido de enorme interés, ya que con un procedimiento relativamente simple se puede establecer si los sujetos que viven en una zona determinada presentan deficiencia de yodo. Los trabajos realizados por el Instituto de Investigaciones Médicas el año pasado y este año, han mostrado con este método que el área de Bailadores en los Andes y la población de Manuare en el Estado Carabobo son áreas de deficiencia de yodo. En estos trabajos se aportaron datos de interés sobre los cuales habremos de insistir.

¿Se debe el bocio endémico a deficiencia de yodo?

Tres son los argumentos principales con los cuales se cuenta en el presente para atribuir la aparición del bocio a la deficiencia de yodo. 1º) El bocio disminuye cuando se administra sal yodada a la población. 2º) En general el bocio se encuentra en zonas donde los alimentos, el agua y el aire contienen poco yodo. 3º) Con el procedimiento del yodo radiactivo se ha demostrado que los sujetos con bocio endémico tienen una gran avidez por esta substancia, es decir, que se ha dado una prueba que indica que el individuo ha experimentado cambios en la función tiroidea dependientes de la deficiencia de yodo.

Vamos a analizar cada uno de estos argumentos brevemente para mostrar que aún no podemos asegurar totalmente que haya una relación de causa a efecto entre la deficiencia del yodo y la aparición del bocio endémico.

El primer punto, o sea el hecho de que la administración de yodo a la población reduzca la prevalencia del bocio endémico, no es definitivo para apoyar la teoría de la deficiencia de yodo en la génesis del bocio endémico. En efecto, el yodo tiene una serie de efectos terapéuticos y uno de ellos podría ser evitar el aumento de tamaño de la glándula, que a su vez dependería de otros factores. Por ejemplo, exagerando bastante, ¿podría decirse que una infección depende de una deficiencia de penicilina porque se cura con ese antibiótico?

Es un hecho común —para entrar en el segundo argumento— que el bocio endémico aparece corrientemente en las zonas pobres en yodo, pero se han citado focos de bocio endémico en sitios en donde no se cree haya disminución de esta substancia. Por otra parte, la deficiencia de yodo podría ser simplemente un factor predisponente. En nuestros trabajos realizados en La Mesa de Esnujaque, comparando los sujetos con bocio con los individuos normales de la misma localidad no se encontró diferencia en la cantidad de yodo inorgánico en la sangre, siendo los valores bajos en general. La eliminación en la orina en veinticuatro horas fué baja para ambos grupos, pero algo mayor para los individuos sin bocio.

Experimentalmente se ha logrado producir mediante el uso de una dieta desarrollada por Remington, muy pobre en yodo, aumento de la glándula tiroidea de la rata, lo cual es un argumento importante en favor de la teoría de la deficiencia de yodo.

Es interesante mencionar que hay alimentos que contienen substancias químicas capaces de afectar la función tiroidea y provocar la aparición del bocio. Substancias de este tipo se han aislado del repollo, diferentes tipos de nabo, la soya, etc. También se cree que las condiciones generales de la alimentación puedan favorecer la aparición del bocio. En el trabajo realizado en La Mesa de Esnujaque, la alimentación se mostró sumamente defectuosa. Muchas de las personas estudiadas tenían una alimentación simple a base de maíz, caraotas negras y café. En Manuare la alimentación es extremadamente pobre. En el área de Bailadores parece ser algo más adecuada. En la tabla adjunta se muestran los resultados obtenidos por el equipo de dietistas que nos fué facilitado por el Instituto Nacional de Nutrición. Nótese que hay deficiencias, en general moderadas, en el consumo de algunos nutrientes tales como calcio, vitamina A, riboflavina y vitamina C, a más de una reducción general de la cantidad de calorías aportadas. Es de notar que la mayor parte de las proteínas son de origen vegetal, lo cual no es muy favorable, ya que sus cualidades nutritivas son inferiores a las de origen animal.

TABLA Nº 2. — ALIMENTACION EN BAILADORES

Nutrientes	Valores Normales	Valores Nutritivos Encuesta Bailadores	%
Calorías	2.200	1.899	86,32
Proteínas (grs.)	60	65,71	109,52
Calcio (mgs.)	1.000	717	71,70
Hierro (mgs.)	11	18,61	169,18
Vit. "A" (U. I.)	4.400	3.872	88,00
Vit. "B_1" (mgs.)	1,10	1,34	121,82
Riboflavina (mgs.)	1,40	1,18	84,28
Niacina (mgs.)	11	12	109,09
Vit. "C" (mgs.)	65	47,13	72,50

El último punto en relación con el problema que venimos tratando depende del hecho puesto en claro por Stanbury y colaboradores, y comprobado por nosotros, de que el bocio endémico fija una proporción considerable del yodo radiactivo administrado. Esto revela, por tanto, que realmente la glándula requiere yodo, es decir, que el organismo presenta una deficiencia de ese elemento. Sin embargo, en el estudio que realizamos en Bailadores comparamos la captación de yodo radiactivo por la tiroides de sujetos normales que viven en la misma zona con la tiroides de sujetos bociosos y no se encontraron diferencias apreciables. ¿Por qué, entonces, estando todos los sujetos sometidos a la deficiencia de yodo, sólo un porcentaje —por cierto elevado— desarrolla el bocio? Debe decirse a favor de la deficiencia de yodo que en Manuare, donde la prevalencia del bocio es menor que en Bailadores, la fijación de yodo por la tiroides es menor y además se encontró una captación sensiblemente mayor en los individuos con bocio.

La mayor parte de las evidencias acumuladas hasta el presente favorecen a la deficiencia de yodo como el factor causal —al menos como el más importante— en la génesis del bocio endémico, pero todavía no puede afirmarse en forma estricta que existe una relación directa de causa a efecto. Es éste un apasionante campo de estudio que se ofrece ampliamente a los investigadores venezolanos.

Medidas prácticas para combatir el bocio endémico

En 1853, un francés llamado Chatin, haciendo estudios sobre el contenido de yodo de los alimentos, agua y aire, concluyó con tres afirmaciones que hasta el presente se mantienen como tres hechos relativamente fundamentales en relación con el bocio endémico: 1º) El bocio y el cretinismo son raros en los distritos ricos en yodo; 2º) Esos trastornos ocurren frecuentemente en zonas donde los productos naturales contienen poco yodo; 3º) El yodo es un preventivo específico del bocio. Sus afirmaciones provocaron grandes discusiones que, como ya se vió en algunos aspectos, aún se prolongan; pero en conexión con su última aseveración, Marine y Kimball demostraron científicamente en los Estados Unidos, a partir de 1918, que la incidencia de bocio disminuye cuando se administra yodo en forma general a los habitantes de las zonas de prevalencia endémica de la afección.

En Suiza y en Nueva Zelandia se ha generalizado la administración de yodo a la población. En otros países se hace en forma parcial. Para administrar cantidades suplementarias de yodo, se acostumbra incorporar ciertas sales yodadas a la sal común.

De acuerdo con informaciones recogidas, el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social y el organismo técnico de su dependencia, el Instituto Nacional de Nutrición, se ocupan en el presente de organizar la campaña de profilaxia del bocio endémico mediante el enriquecimiento de la sal en yodo. Se ha calculado que el costo del yodo a suministrar por un año a todos los estados andinos es de unos 20.000 bolívares, cifra realmente irrisoria en relación con los enormes beneficios que va a rendir en el mejoramiento del potencial humano del país.

Nuestro Instituto de Investigaciones Médicas (Fundación Luis Roche), ha asomado la idea de que todo el país debería consumir la sal yodizada, ya que esto facilitaría el programa y cubriría zonas de bocio endémico situadas fuera de la región andina, sin traer perjuicios para el resto de la población. Este criterio fué también sustentado por el Instituto Nacional de Nutrición en la VI Convención Anual de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia reunida en Enero, próximo pasado.

Si se inicia la profilaxia del bocio endémico y se obtienen resultados satisfactorios, será sin duda una realización altamente grata para las personas que han contribuido a despertar interés por el problema.



FRANCISCO DE VENANZI

Nació en Caracas en 1917. Se graduó de Doctor en Ciencias Médicas en la Universidad Central de Venezuela en 1942 y de Master of Science en Bioquímica en la Universidad de Yale en 1945. Realizó también estudios de especialización en la Universidad de Cornell, Public Health Research, Institute de la Ciudad de New York y el Veterans Administration Hospital, Los Angeles, California, en metabolismo, nutrición, endocrinología, isótopos radioactivos.
Ha obtenido durante su carrera el "Premio Luis Razetti" 1940; "Premio José Gregorio Hernández", 1945; "Mejor Tesis Doctoral", Beneficencia del Distrito Federal 1942; "Premio Otto Alvizu", 1947; "Premio de la Sociedad G.E.N." 1953 y el año pasado formó parte del equipo que obtuvo el Premio Nacional de Investigación José María Vargas. En 12 años de actividades docentes en la Universidad Central llegó por concursos y escalafón a Jefe del Departamento de Patología General y Fisiopatología y Jefe del Departamento de Investigación del Instituto de Medicina Experimental, cargos que desempeñó hasta 1951.
Ha realizado numerosos trabajos de investigación especialmente sobre la nutrición del pueblo venezolano y sobre metabolismo de los glúcidos.
En 1953 la Promoción Médica de ese año de la Universidad Central tomó su nombre. Actualmente es Director Asociado del Instituto de Investigaciones Médicas, y Profesor de Fisiología en la Universidad Santa María. Fué fundador de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia, habiendo desempeñado el cargo de Secretario General de la misma durante dos períodos.

INFLUENCIA DE LA BELLEZA FEMENINA EN LA HISTORIA Y LA ECONOMIA VENEZOLANA

Por ANTONIO REYES



Es indudable que los principios de la estética rigen no sólo las doctrinas y credos fundamentales, consagrados al arte en sus diversas manifestaciones, sino también logran siempre alcanzar los predios adscritos a las humanas organizaciones sociales.

En buena doctrina —y desde un punto de vista académico— la definición de estética cubre dos aspectos trascendentales. Se la califica de ciencia básica en los fundamentos del arte. Y asimismo, como ciencia que trata de la belleza en todos sus aspectos.

De allí, pues, que fácilmente, y sin buscar el socorrido camino de la ampliación, la ciencia de la estética puede aplicarse a la consistencia física o moral de las mujeres. Interesa, en la presente ocasión, la primera de las citadas menciones. La belleza natural en las mujeres. Y más concretamente todavía la significación humana de la hermosura femenina en las relaciones que las mujeres pueden tener con nuestra historia. Es decir: mujeres que hayan sido doblemente históricas. Históricas por su belleza e históricas por la importancia que les tocó jugar en los destinos públicos de la patria.

Belleza y Nacionalidad, tal lema podría servir como divisa para hilvanar el presente trabajo. En todo caso, el sentido que de ese lema se desprende resultaría más gráfico y menos socorrido que el de la belleza a través de los siglos.

Mas, en definitiva, dentro de la superficialidad del temario aludido, el recuento procede sin inútiles digresiones retóricas o filosóficas. Bástanos saber que dentro de la densa neblina que circunda el hondo misterio de la conquista y los primeros años de la colonización de la tierra venezolana aparece la esquiva deidad de la belleza envuelta en los vaporosos y esotéricos pliegues de la quimera y del arrobo. Es ella, el concepto mítico de los aborígenes tamanacos, quienes situados en el umbral del ensueño dejaban volar libremente un hálito de emocional fantasía, para que surgiera, diáfana, desnuda y esplendente una princesa regente, llena de todos los sortilegios estéticos, cuajada de primores y encantos, al brotar violentamente de los mismos tallos de la secular y frágil palmera selvática. Tal como, gracias al sortilegio del cincel, la llevó al bronce el arte emocional de Eloy Palacios, al inmortalizarla victoriosa, en el bello monumento alegórico conocido por la "India de El Paraíso". Un monumento donde el escultor venezolano ofreció íntegro el rico caudal de la sensibilidad hecha ascuas, para que allí se alzara victoriosa —en la diestra el retoño del moriche simbólico— la vitalicia deidad encarnada en la Venus del trópico.

Y luego, al correr de los años, la fábula anterior que se cubre de aparente realidad. La "deidad" de arrobo convertida en una mujer de carne y hueso. En una india caribe, bella como una terracota y opulenta en hechizo como pudo serlo la Teodora de los romances orientales o alguna faraónica silueta, emuladora en atractivos de la misma escultural Cleopatra. Y esa india, síntesis de todas las perfecciones materiales, según reza la crónica vernácula, se llamó poéticamente "Urimare", y tuvo por dosel o por áurea diadema, las soleadas playas de la "Nueva Andalucía" (Cumaná) y luego el embrujo marino de la Margarita deslumbradora. "Urimare" era bella, de facciones precisas y estilizada silueta. Tantos atributos en hechizos personales poseía que —según la leyenda popular— hasta la misma frialdad agresiva de Walter Raleigh terminó por conmoverse hondamente ante esa extraña y singular doncella india. Y allí justamente comienza la historia de esta doncella de bronce, audaz y temeraria, generosa y sentimental, inteligente e indómita, honesta y bravía. En fin, una aborigen con alma varonil de amazona y un corazón ungido de perenne ternura. La misma silueta que inspiró a Tito Salas para la realización pictórica del lienzo —conservado en el Banco de Venezuela— donde se recoge el instante del "Primer comercio en esta tierra". Allí aparece "Urimare", explotada por la fiera ambición de los hombres venidos de más allá del mar. Víctima del afán utilitario del conquistador sin escrúpulos, transcrito, al obtener para la sórdida consagración del lucro aventurero, un refulgente collar de perlas de insuperable oriente tan rico y opulento que lograba alcanzar, en forma desahogada, el cuello, el busto, la espalda y la cintura, a cambio solamente, de una mísera y policromada bandeja de cerámica, tal vez confeccionada en Talavera de la Reina o en los morunos hornos de Sevilla.

Esas gemas, que poco después deberían señalar las bases de la economía venezolana. Entonces, para dicho momento, se iniciaba el régimen monetario de la perla y se hablaba de *adarmes,* al equiparar tan codiciada "unidad" al marco de oro y plata germano, por tener esa moneda nórdica equivalencia regular con el peso español. De esta manera, la perla, espíritu forjado por el poder esotérico de las aguas del mar, servía indistintamente antagónicos y contradictorios menesteres. Bien, como elemento asaz positivista en la consecución de la riqueza individual o colectiva, o por el contrario, como emblema decorativo para despertar galante admiración en el adorno de los broncíneos encantos de las doncellas indias o en los voluptuosos edenes de la blanca nacida en la tierra andaluza o en la dilatada estepa castellana.

En el primer aspecto, de femenina y humana coquetería, "Urimare" ofrece un ejemplo preciso. En el segundo, la perla propicia a la rapiña y al despojo colonial, termina por adormitarse en la tersura mate de la piel de una linda y pérfida intrusa unida estrechamente a los duros empeños de dominación y conquista. Se llamaba Catalina de Miranda, pero también la conocían, capitanes, encomenderos y soldados, como la "Amazona del caballo blanco" o la "Aventurera de la yegua albina". Ella, la atrayente calamidad de esa época de violencia y sumisión.

La época del oro. El minuto donde el espejismo de *Manoa* ("El Dorado") galvanizaba todas las conciencias y todos los esfuerzos. Y dentro de ese marco ofuscante y desolador adscrito al año de 1545, donde el cromo luminoso del trópico, jamás presentido y nunca visto, bajo la aparente serenidad del paisaje vulnerado por el grito rojo de las acacias mil veces florecidas, por la frondosa promiscuidad del brote escarlata del bucare y por la prestancia vivaz de la rosa de montaña, a veces sacrificada por la agresividad de los torrentes de los ríos, la furia incontenible y la ambición demoledora de la mujer hermosa y blanca. Esa mujer dominadora de viriles voluntades, suerte de piromaniática integral, quien en la persecución del fantasma de las áureas alas, incendiaba campos, praderas y resecas montañas, ejerció, por último, influencia definitiva y contumaz en la inclemencia colonizadora del venezolano predio.

Catalina de Miranda, la audaz buscadora de la ignota veta del oro —concubina y compañera expedicionaria de Juan de Carvajal— en las zonas indígenas de los caquetíos (Coro), se adentra, con idéntica finalidad, en tierras de Nueva Segovia y Borburata, para desde allí apoderarse nuevamente del ambiente y de la voluntad de los hombres. Fué, posiblemente, la marcial conquistadora de aquel conquistador, férreo en su lucha con el medio ambiente, pero siempre tímido y temblón ante la presencia de la aventurera.

Ante ella, ante esa preciosa Miranda de los fatales designios, rendíanse indistintamente, vencedores y vencidos. Con los primeros (los conquistadores) se unió en matrimonio en cuatro oportunidades. De los otros (los

vencidos) también tuvo numerosos hijos ilegítimos. Y todos, esos citados hombres de garra y presa, ante la fascinación subyugadora de su fina distinción le entregaban, sin inútiles regateos, el oro arrancado, con sangre y desvelo, a las entrañas de las tierras vírgenes. Y así, cantó un poeta:

"Y Doña Catalina de Miranda, la amada,
de tres conquistadores, flor de gracia y pasión".

También fué bella una mujer regente, dentro del ámbito primitivo-colonial de 1525 a 1546. Una capitana, con la señal de Arabia en el pelo y en el iris azabache de los ojos. Una estampa del mestizaje hispano-árabe con el nombre, un tanto moro y un tanto cristiano, de Aldonza Manrique. Ella, posiblemente deslumbrada por la avasallante temeridad del conquistador inflexible, encuentra así en Margarita, escenario adecuado a sus congénitas aspiraciones de ordenar, someter y gobernar. Para esos difíciles menesteres, cuenta como inmejorable aliado familiar, la trayectoria ejecutiva de su padre, el capitán poblador Marcelo Villalobos. Y en consecuencia, la suplantación en el poder local se realiza a la muerte del inmigrante hispano. Gobierna doña Aldonza, acompañada primero por su esposo, Pedro Ortiz de Sandoval, y años después, asesorada por su yerno Juan Sarmiento. Para, en última instancia, de este modo, representar concretamente el arquetipo del primer mandatario de sexo femenino en las alternativas de gobierno inherente, no tan sólo a esa región típicamente oriental, sino ampliada a toda Venezuela. Aciertos administrativos tuvo muchos aquella mujer de extraña contextura moral. Por lo menos, así quedó estampado en unos malos versos, atribuídos al poeta-cronista de esos días:

"Aquella meritísima señora
Doña Aldonza Manrique generosa,
de mucho más honor merecedora,
y para gobernar más alta cosa".

La vorágine de tan convulsionados tiempos arrastra luego varios lustros. Estamos ahora en los años funestos de 1560 y 1561. La de por sí agitada organización colonial sufre una angustiosa crisis en su absoluta carencia de orden y disciplina. Aparece en Margarita, y en hora dolorosa y menguada, la trágica silueta del vasco Lope de Aguirre. Entre mil fechorías, surge como víctima propiciatoria, una hermosa mujer. Una gran dama de opulenta belleza donde el perfil renacentista acusa el principio de la Grecia consagratoria. Se le conoce históricamente por Ana de Rojas, esposa del santanderino Diego Gómez de Ampuero. Se le distingue en la tragedia de su vida como una insigne gladiadora en la defensa del honor personal. Lope de Aguirre hincó su pezuña de irrefrenable y sanguinario sádico en los opulentos encantos de la prestigiosa dama. Doña Ana murió ahorcada, acusada de un delito de traición que nunca cometió.

Al fin, después de inenarrables sacrificios humanos, la época colonial toma o puede ofrecer debidamente un ritmo de sosiego o de firme organización social. Los días resultan apacibles en Caracas para finales del siglo XVII. Es el momento culminante en el desarrollo del cultivo del cacao. Se habla de fanegas y "calidades" y se adquieren títulos nobiliarios ("los grandes cacaos") a base del intercambio entre el solicitado fruto y la heráldica palaciega y cortesana. En ese justo punto, aparece una mujer de singular rango y misterioso ancestro. En la ciudad capital la admiran por su donaire y prestancia. Cristina Pérez, es bien conocida en la floreciente Santiago de León de los Caracas. Habita —según la referencia urbana— hacia la parte norte del templo consagrado a honrar la memoria de San Sebastián. Se celebra lo extraordinario de una belleza tocante en la misma perfección estética. Una belleza morena, maciza, de óvalo gracioso, brillo fosforescente en los ojos y cabellos con destellos de ónix. Tan grandes eran los físicos hechizos —agrega la crónica lejana— que un ensoberbecido título de añejos escudos, al prendarse de la estatua tropical, olvidó en el desvarío amoroso el arraigado prejuicio, discriminatorio en lo racial, de la ascendencia judía —entonces pecaminoso— en la beldad nacida en las márgenes copiosas de la quebrada de Catuche y lo olvidó para ofrendarle de inmediato, entusiasta y de hinojos, con el incentivo de todas las riquezas, el linaje orgulloso de viejos pergaminos acrisolados con sangre de los moros y esencias puras del más fino y afrodisíaco chocolate.

Posteriormente, hacia 1798, se celebra en Caracas, con entusiasmo no ayuno de grácil ironía, la belleza clásica de dos de las nueve Aristeguieta. Dos de aquellas decantadas musas, primas carnales del futuro Libertador Bolívar. Y una de ellas, Belén, linda y blanca cual una pastorcita del *Trianón*, recaba por encantos propios la dual designación del calificativo popular. Musa dos veces. Lo primero, como intencionada alusión de carácter social. En el otro aspecto, musa familiar en la casona de Sociedad, por la desenvoltura traviesa en la vida hogareña. Una sacerdotisa de la galantería y del capricho al anhelar ferviente, pero inútilmente, el aprisionar en los bucles rubios de su peinado versallesco la voluble y arisca reciprocidad amatoria de su admirado primo el acaudalado Simón. Y fué ella, según el contenido de una versión pintoresca, bastante difundida en la Caracas pueblerina, quien irritó en 1802, la fina sensibilidad de María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza de Bolívar, al dejar que hablara el despecho con motivo del arribo a Venezuela de su afortunada rival, con alusiones impertinentes y socorridos epigramas. Mientras tanto, el siglo XIX se presentaba falsamente bonancible y sereno. La ganadería venezolana es ahora una contundente y dorada realidad. La riqueza pecuaria recaba el máximo interés nacional. Se habla de arrobas, cual si esa denominación cubriera el porvenir económico de la patria.

Sin embargo, dos lustros después la hoguera de la lucha emancipatoria galvaniza las mejores conciencias venezolanas. La independencia no puede estar supeditada a ningún interés de orden económico. Y dentro de esa guerra, toda justicia, acción y heroísmo, aparece, cual una gentil defensora de doctrinas sublimes, la egregia, linda y aristocrática efigie de Andrea Licudo, noble por la sangre y noble por el sentimiento que fervorosamente le anima. Pero Andrea Licudo, pronto, en 1813, sucumbe y lega de herencia —según el parte de la Batalla de Barinas— el ejemplo de su alto espíritu de mujer y de patriota integral.

Los años se suceden. La guerra ha terminado y la independencia venezolana para 1823, está consolidada. El General José Antonio Páez, comienza a ser el árbitro de los nuevos destinos del pabellón tricolor. En Valencia su influencia y popularidad comienza a ser patente y tajante. Y con esa fervorosa popularidad nacional, surge la visión estilizada de una mujer distinguida. Se le conoce por Barbarita Nieves. Se le admira por lo esbelto de su figura, por la atracción irresistible de la simpatía personal y por la inteligencia inmejorablemente cultivada. Pronto el General Páez logra imponerla oficialmente en Caracas. Entonces, comienzan a llamarla "La Vestal de Valencia" o la "Musa de la Viñeta". Los conceptos adulatorios de la época, encuentran en ella motivos gráficos para la glorificación del César llanero. Juan Vicente González, entre muchos, la califica como la insuperada mentora del eje vertebral en la Reconstitución de la República (1830). Añade, que la formación artística e intelectual del General Páez se debe a ella. Barbarita Nieves, sin embargo, no puede legítimamente alcanzar el compartir el solio presidencial con el héroe de Carabobo. Existe un escollo difícil de sortear. Doña Dominga, la efectiva esposa del "Centauro", vive y defiende como dama agraviada, sus fueros de ilustre representativa, en los invalorables servicios prestados a la Venezuela de todos sus amores. Lógicamente, su perfil tosco y aldeano palidecía ante las refulgencias cortesanas de la fina dama nacida entre los límites de la Valencia procera. Pero, el haber de Dominga Ortiz, a la inversa, lograba imponerse por encima de consideraciones sutiles o ingeniosas. ¡Doña Dominga era, por sobre todo, la incansable luchadora patriota en la amplitud del dilatado horizonte llanero! La misma, (esa, la primera enfermera de la naciente República), capaz de organizar —como lo hizo en 1817— para atender a los heridos de la caballería emancipadora, eficaces y humanitarias agrupaciones de samaritanas en la nativa y humilde población de Cunaguá; ocupaba, consecuencialmente, ante ese heroico recuerdo un sitio de respeto y gratitud en el corazón de quienes sabían valorar debidamente los muchos sacrificios cumplidos en los agobiadores días de la independencia. Y ante esa fuerte contingencia, Barbarita Nieves, dolorida, tiene que resignarse a conllevar hasta 1846, fecha en que desaparece para siempre, un papel de amiga distinguida y sabia consejera del férreo y omnipotente guerrero y magistrado.

Más adelante, en 1861, cuando ya se perciben a distancia las dianas de la Federación, en el escenario caraqueño se yergue, diáfana y rutilante, un alado símbolo del preciosismo totalitario. Es atrayente cual ninguna, es condesa, y asimismo, la esposa del entonces presidente de la República: Manuel Felipe de Tovar. Su figura aparece nimbada con luces de cirios y murmullos de rezos. La mencionan indistintamente "la monja linda" o "la hermanita de la tentación", debido sin duda a la exaltación religiosa que le anima. Su verdadero nombre civil es el de Encarnación Rivas Pacheco de Tovar. A sus perfecciones de mujer, le cantó, en uno de sus viajes a París, el verbo romántico de Próspero Merimée. En síntesis, poseía una belleza alada, vaporosa y al mismo tiempo pagana. Fray Angélico la hubiera encontrado insustituíble como modelo para el diseño de una de sus vírgenes. Y, a la inversa, "el Selvático" nunca habría desdeñado su elección para definir plásticamente la majestad humana en el acopio de las líneas profanas que armonizaban sus lienzos florentinos. También en los ojos de la Condesa de Tovar, se asegura, existía algo conmovedor proveniente de un singular contraste emanado de aquéllos. El iris, su color, correspondía típicamente al matiz tornasol de la turquesa. La expresión, al contrario, encerraba la altivez subyugadora del cielo después de amainar la tempestad. Las pestañas, muy largas, enhiestas y pobladas. En su silueta, por delgada y flexible, hablaba el junco movido por la brisa. En sus manos, largas, pálidas, se asomaba el nerviosismo del vuelo del pájaro; la boca, pequeña, modelada, trabajada en coral. El óvalo de la cara, perfecta en gracia y armonía de líneas y relieves. El cabello, opulento, con destellos de ámbar o de trigo en sazón. Más alta que mediana; ágil como un felino; suave y candorosa como una paloma. En ella, por lo demás, se fusionaban el lujo y la distinción. Cuando se adornaba con tules y gasas hacía pensar en la dama bíblica de las revelaciones trascendentales. Cuando, por el contrario, en los días de la Semana Mayor, para visitar el Nazareno de San Pablo lucía la gracia austera de la mantilla negra o la saya recamada de opacas lentejuelas, entonces, recordaba una de aquellas estilizadas marquesitas que acompañaban siempre a Isabel, la Católica, en los oficios religiosos de los castizos predios. Y por ello, al verla tan hermosa, las damas "liberales" de Caracas y hasta las más humildes mujeres del pueblo terminaron también por admirarla. Y en ese camino, causaba igualmente especial extrañeza el que una mujer tan delicada al ser monja por temperamento fuese, al mismo tiempo, por convicciones estéticas, una exquisita y elegante dama de salones y saraos. Y en consecuencia parecía recabar para sí, íntegramente, la nostálgica y lírica emoción valorada por un poeta del siglo de oro. Aquella que decía:

"de las amargas olas de su llanto
nacieron las espumas de su risa".

Los días republicanos continúan, entre tumbos y desgarramiento de la dignidad nacional, al ofrecer tan sólo curiosas perspectivas de estética privada.

La riqueza pública ha quedado maltrecha o destruída por la hecatombe de la guerra federal. En esa etapa, de exterminio fratricida, toda la economía doméstica se ha visto integralmente sometida a los dictados del cultivo del café. El valor del quintal ofrece normas inapelables a las actividades bancarias, a las fluctuaciones bursátiles y también a las relaciones comerciales con el exterior. El alcance o monto de la cosecha se convierte en una vital preocupación del Estado y de toda la agricultura interna.

Algo después, hacia 1867, aparece, cubierta igualmente por el solio presidencial, otra auténtica belleza nacional. Es la esposa del presidente federalista y pseudo federalizante, General Antonio Guzmán Blanco. Es la Clío estelar venezolana. Dama de alcurnia y de subyugantes hechizos. Con su nombre —Ana Teresa— quedó bautizado el más artístico de los templos de Caracas. Y de esta forma, como una diosa de la divina inspiración, fué linda cual ninguna y supo ennoblecer con su presencia las contrastadas páginas de un trascendental capítulo de la historia nacional. Como belleza de conjunto, doña Ana Teresa Ibarra de Guzmán resultaba de clasificación sobresaliente. Poseía un perfil típicamente helénico. Era una alondra en una jaula de oro. Prisionera de las intransigencias autoritarias del esposo, a veces la armonía clasicista que la anima enturbia la claridad de la mirada bajo un pequeño extravío de una de sus magníficas pupilas. En instantes, parece una condesa del Segundo Imperio, particularmente al lucir las vaporosas crinolinas pautadas por el protocolo palaciego de Eugenia de Montijo. Y como una emperatriz mito-

lógica, fusionaba el óvalo perfecto de su cara a la atracción roja y profunda de sus labios y al garbo inimitable de su regia silueta, hasta el extremo de tener alientos suficientes para arrancarles a los poetas de Caracas el homenaje de la devoción lírica. Y al caso, Heraclio Martín de la Guardia al referirse a la mujer venezolana de aquella época, casi esfumada en los recuerdos, concreta, en una rima:

"Cual lucero del alba las preside".

Cuatro lustros después (1899), cuando el siglo XIX anuncia la hora crucial de su definitiva cancelación, bajo la luz de las arañas de *bacarat* de la sede presidencial en la "Casa Amarilla", deslumbra al sentimiento admirativo caraqueño la aparición en el palacio de una nueva y sugestiva beldad. Es la esposa del presidente Ignacio Andrade. Su nombre, Isabel, y su silueta recuerdan añejos cromos del oriente del mundo. Sus encantos resultan difíciles de toda posible emulación. Luce más alta y más esbelta que cualquiera otra mujer de las mismas proporciones. El cabello intensamente negro. Tan negro como el iris de los expresivos ojos. Por ellos, pugna por asomarse el misterio racial de la Persia milenaria. Las líneas primordiales del rostro transcriben un portento de plástica armonía. La tez ligeramente morena. Un lunar complementa la gracia del semblante. Las manos, excepcionales. Tan bien logradas, que en una oportunidad tuvieron fuerza para arrancarle al sobrio Cecilio Acosta, el homenaje férvido y sereno de la devoción lírica, al exclamar:

"Manos que no tuvo Minerva y sí tiene Isabel".

El siglo XX acaba de irrumpir en la inestable y accidentada historia vernácula. El porvenir anticipa tempestades de fronda y huracanes de violencia. El país se halla en plena bancarrota económica. El bloqueo, los desaciertos administrativos y la aventura frustrada de la Revolución Libertadora han provocado el desconcierto unánime. En el horizonte acongojado de la patria, el espejismo de una problemática riqueza se esboza en ilusorias esperanzas. La atracción principal radica en cumplir el hallazgo de una discutida fuente de bienestar. El canto de sirena de los tesoros inexplotados y perdidos en las encrucijadas de la selva guayanesa se deja apreciar intensamente en los oídos de la eterna *Jerusalem* de los ilusos. Las plumas de las garzas (los "aigretes"), el caucho, el balatá y la sarrapia pueden —según muchos— realizar el milagro de la rehabilitación del fisco y de la hacienda particular. Se trazan cálculos ficticios, levantados a base de unidades de "medida" o "peso" demasiado pequeños: el gramo, la onza, la libra. Se redactan prolijas descripciones y novelas de aventuras protagonizadas por audaces y febriles buscadores de caucho y, por añadidura, se exalta hiperbólicamente el valor temerario de esos hombres domadores de la soledad y de las fuerzas vivas de la naturaleza.

Abelardo Gorrochotegui, el poeta soldado, el artífice cincelador del poema indigenista "Aramare", ha dicho entonces en excelentes rimas:

"Lejos, muy lejos del hogar paterno,
con rumbo al Atabapo,
alcanzó a ver la enhiesta cumbre parda
del formidable cerro del Sipapo".

El oscuro laberinto formado por las agrestes y confusas tierras inexploradas, por la traicionera agresividad de los caños y ríos poblados de acechantes babas y caimanes y por las periódicas apariciones de huracanes, destructores de la virilidad y la energía, han terminado por ofrecer, una vez más, por curiosa paradoja, un interés desmedido por el Río Negro o por la clásica selva guayanesa. El instinto aventurero de gentes, pacíficas en apariencia, ha llegado a una ingenua conclusión resumida en una frase de valor convencional. Es decir: la incitante oferta de la tropical virginidad resulta fecunda y productiva para quien, con decisión y voluntad logre reducirla o vencerla. Y así, dentro de tan decantada, inhóspita y deprimente estampa selvática, donde el torbellino de las pasiones primitivas se desencadena sin freno ni medida, pronto, muy pronto y sin nadie vislumbrarlo, el "aguafuerte" de la tragedia enervante, se iba a ensañar, gráficamente, en una ingente y señorial dama de la sociedad capitalina. Una mujer, por cierto, en posesión de ejemplares virtudes morales y en posesión, igualmente, de una belleza extraordinaria. Una mujer de alcurnia y tradición, arteramente inmolada por la crueldad vesánica del medio ambiente. Su procero nombre: doña Belisa Baldó, esposa de un militar culto y pundonoroso, el General Roberto Pulido. En Caracas, doña Belisa ha dejado un recuerdo social de amable consistencia. Ha sido figura relevante en fiestas de opulenta distinción. En el último sarao, antes de su partida, en el baile ofrecido en el Salón Elíptico por el Gobierno Nacional, a ilustres visitantes extranjeros, se ha comentado mucho la audacia de aquel viaje. Pero ella está resuelta, debe acompañar al marido, designado para un cargo importante en el gobierno regional del lejano Territorio Amazonas.

Días después, la arbitraria aventura comienza y el desenlace fatal se desarrolla con vertiginosa celeridad. La posesión del caucho no admite testigos ni fiscalías posibles. Una banda de facinerosos ha organizado en San Fernando de Atabapo el asalto criminal a la autoridad recién instalada. El capitán es el tétrico Tomás Funes. Y el aquelarre de la selva se consuma inexorablemente una noche. ¡Una noche de vergüenza y oprobio! Pulido, Gobernador del Territorio, es asesinado una madrugada por la turba frenética. La esposa decidida y heroica está a su lado. Y sucumbe en la selva, después de arrojar sus joyas a la cara de los verdugos. Sucumbe cual una nueva Antonia Santos, la dulce y caritativa patriota inmortalizada en el Cantar de Gesta de la emancipación venezolana. Y por ello, un poeta, en lírico homenaje, musitó más que dijo:

"En holocausto al deber
murió la mujer perfecta".

El reloj del tiempo ha continuado en su obligación de descontarle horas a la eternidad. Corre el año 1911, y los festejos conmemorativos del primer centenario de la declaración de Independencia cautivan el interés de toda Venezuela. Se habla en las directivas oficiales de la cancelación de la Deuda Externa y de la organización de la Renta Interna. En los editoriales de periódicos se comenta la ratificación de una riqueza en ciernes. ¡Riqueza del subsuelo! El asfalto inagotable del Lago de Guanoco y la inicial producción de hierro obtenida por la compañía "Imataca" —de poca duración— en Tucupita (Territorio Delta Amacuro). En los comentarios mineros todo se calcula ahora por metros cúbicos y toneladas métricas. En el ambiente caraqueño se logra vislumbrar un optimismo espontáneo. Un optimismo inestable ante la aparición de los primeros síntomas de dictadura hogareña. Luego la situación nacional se agrava con el seguro augurio de la guerra europea. Mas, a pesar de todo, se juega carnaval en gran escala y se elige una reina (1914). Una sultana con efectivos y regios atributos estéticos. Josefina Revenga es su nombre. El laúd de Juan Santaella, Juan Duzán y Leoncio Martínez exalta todas sus gracias y donaires. En el voluntario y popular plebiscito queda consagrada como la máxima beldad de la época. Una belleza con rango suficiente a cubrir dos etapas antagónicas. Un reinado efímero de carnestolendas y un efectivo ejercicio de influencia político-social, en Caracas y Maracay, dentro de la convencional democracia venezolana. Josefina Revenga de soltera o Josefina de Gómez para 1921 encarna, posiblemente, el arquetipo de la dama dueña de todos los medios para realizar una cruzada de benévola saturación. Y cumple bien, como mujer tolerante y piadosa. Cumple con emoción en la finalidad de luchar denodadamente contra procedimientos arbitrarios, abusos de poder y crueldades extremas, ejecutadas sin miramientos, bajo el cielo dictatorial de su clara existencia.

De pronto, cuando ninguna humana visión de mente zahorí podía estar capacitada para anticiparlo, Venezuela, en un salto veloz y limpio, logra salir del marasmo financiero tradicional en que estaba sumida, para alzarse, rápidamente, sobre el pedestal de una pujante y vigorosa independencia económica. Aparece el petróleo, y el aceite negro borda un encaje de oro de espectacular atracción práctica y utilitaria. El dólar-petróleo acarrea el saneamiento total de la moneda. El desarrollo de la producción, al acusar cifras fabulosas, coloca a la República en un plano de sobresalientes posibilidades. Venezuela, para el extranjero, pasa a ser el país ungido por la ventura, descrito literariamente por Blasco Ibáñez en "Los Argonautas". La tesis en pro de la inmigración, sustentada por muchos, halla facilidades múltiples para su mejor arraigo y desenvolvimiento. Al inmigrante, particularmente, le interesa la ciudad cosmopolita en detrimento del campo, que espera ansioso su negligente colaboración.

Tal vez el 1955 marca el zénit de la potencialidad vital del país y en ese sentido, justamente, desde un punto de vista estético, varios nombres de mujeres embargarían el interés "ahora internacional" de propios y extraños. La influencia extranjera, lógicamente se deja sentir con relativa intensidad. Sin embargo, al concepto genérico de misses se le podría oponer con facilidad la valorización típica de la criolla: la mujer tropical que lleve en su sangre el latido de los grandes espíritus indios.



ANTONIO REYES

Fecundo escritor venezolano de vasta labor bibliográfica. Colabora en periódicos de Venezuela y en varios diarios de Hispanoamérica y de España y en algunas revistas de los Estados Unidos. Nació en Caracas el 8 de junio de 1902. Ha obtenido premios literarios de importancia, como el primer premio A B C de Madrid en 1936 por su obra "Averroes y Lulio". Es miembro de número de la Academia Venezolana de la Lengua y miembro correspondiente de la Real Academia Española. Posee el título de doctor en Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.

Dibujo de los niños

Por ALARICO GOMEZ

En la paidología —"ciencia que estudia todo lo relativo a la infancia y su buen desarrollo físico e intelectual"— ocupa renglón de importancia el dibujo que sale de manos de los niños. De ahí que los maestros de escuela estimulen a sus alumnos, con calificaciones apropiadas, por este tipo de trabajo.

El dibujo infantil define en mucho la futura personalidad de su autor —según autorizadas opiniones.

O, por lo menos, le abre un camino al niño hacia el porvenir.

Pasada la terrible época de los exámenes finales, es un verdadero regalo para los ojos del adulto ver los dibujos de los niños en los salones de las escuelas que han sido preparados especialmente para tales efectos.

Lo que allí se ve es, ni más ni menos, una fiesta —la más pura de todas las fiestas— de líneas y colores que expresan toda la magia imponderable del mundo infantil.

La visión de los niños es primitiva, primaria.

Cuando el hombre quiso representar gráficamente lo que se hallaba a su alrededor lo hizo como un niño, en forma simple y elemental, encantadoramente candorosa: y así surgió el llamado arte rupestre o prehistórico, que se llevaba a efecto en rocas y cavernas.

Podríamos decir, pues, que el dibujo infantil es el arte en su mayor estado de pureza. Nace espontáneamente como el agua angélica de los manantiales. Es como el canto libre de los pájaros en el amanecer. Tiene el perfume de la rosa matutina. Todo alba e imaginación, es el despertar a la vida, sin temores, en un mundo que, por su misma feliz ignorancia, sabe reir.

Durante muchos años, y por cuestión de oficio, he estado en contacto permanente con el dibujo que realiza nuestra infancia para las escuelas y para las publicaciones especializadas. Y esta experiencia, más de carácter periodístico que pedagógico —entiéndase bien— ha sido no sólo saludable para mis ideas cotidianas, sino beneficiosa para mi verdadera y única vocación, que es la poesía.

¡Hay que ver las maravillas que inventan los muchachos!

Porque, desde luego, a las expresiones artísticas que más se acercan ellos —en mi concepto— son a las de los grandes poetas del surrealismo y a las de los pintores expresionistas e intuitivos.

No podría un artista dejar de pensar en las mejores cosas de Paul Eluard al contemplar algunos dibujos infantiles. Y es muy posible que los maestros de la Nueva Pintura le hayan robado a los niños un poco el modo de ver para algunas de sus realizaciones.

Cierta vez, una madre inteligente me decía, mostrándome un extraño dibujo ejecutado por el menor de sus hijos —un niño de cinco años— las siguientes palabras, textualmente, pues bien las recuerdo:

—Este hijo mío va a ser un Picasso.

Lo dijo irónicamente; porque —claro está— a ella se le hacía y se le hace difícil entender, como a muchísima gente todavía, aquellas cosas en que Picasso —sabio de toda sabiduría en su materia— trabajó como un niño de cinco años para obtener el mayor estado de pureza en su creación estética.

Probablemente, si los grandes se acercaran un poco más al mundo de los chicos, se les haría más fácil la comprensión de ciertas etapas del arte —ya superadas, por supuesto, como la poesía surrealista.



La historia misma es un cuento vivo en las manos del niño dibujante. (Lebby Isabel Guilarte M.: 9 años)

Una tentativa plena de maravilloso encanto

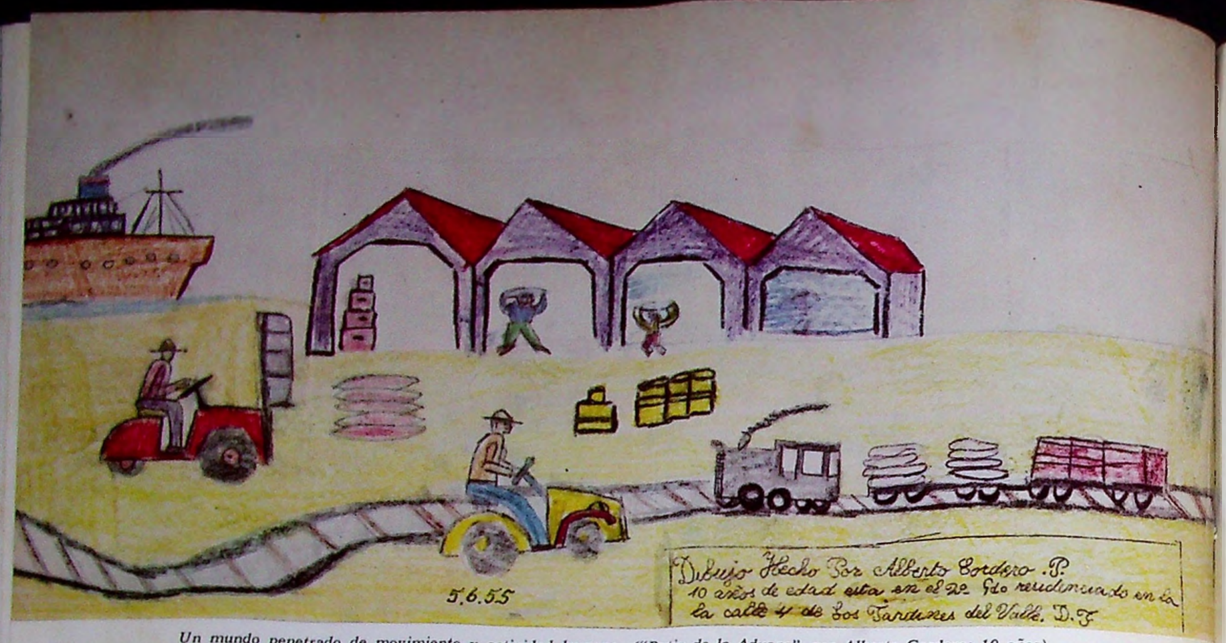




La gracia, ingenua y simple, de los muñecos infantiles



Dibujo de un niño de 10 años en quien apunta ya la habilidad pictórica (José Tadeo Guevara)



Un mundo penetrado de movimiento y actividad humana. ("Patio de la Aduana", por Alberto Cordero: 10 años)



Aquí, suelta la imaginación, el niño transforma el paisaje y lo recrea. (Rafael R. Rodríguez: 9 años)

La concepción, estilizada y arbitraria, imprime sentido personal a los objetos y colores del dibujo. (Mariela Albánez: 4 años)





"El Carite", de Milagros Puche (8 años). ¿No se parecen estos muñecos a los que hacía y pintaba Armando Reverón?

Los niños —está dicho— trabajan sin ceñirse a ninguna técnica o modalidad; son unos inspirados felices. Esto los acerca también a los copleros de nuestro pueblo. Porque el llanero que canta a la Cruz de Mayo en el pueblecito anónimo, no conoce palabras tales como Preceptiva, Retórica, Tropo, etc., etc. No sabe qué es un verso de ocho sílabas u octosílabo. Y es posible asimismo que no sepa leer —aunque le escriban— ni escribir, y valga la frase. Sin embargo, las coplas que improvisa son impecables; tienen la redondez sonora y ondeante del octosílabo; y están llenas, muchas veces, de metáforas e imágenes extraordinariamente bellas, poéticas, que ya desearían muchos cultos y buenos poetas para alguna de sus producciones.

No han vacilado muchos grandes poetas —y ahora pienso concretamente en García Lorca— en ir a las fuentes de inspiración popular para aprender y tomar de ellas cosas que no se encuentran en los libros. De ahí, pues, el hecho de que tampoco dude yo que muchos maestros de la pintura hayan aprendido y tomado para sus creaciones más aplaudidas, cosas del mágico reino visual de la infancia.

Véase, por ejemplo, el dibujo con que ilustramos estas notas. Se llama "El Carite" y su autora es Milagros Puche, una niña de ocho años de edad, alumna de tercer grado en el colegio "Los Jardines", de Caracas. Estos muñecos que hizo Milagros —¡milagros de muñecos!— ¿no recuerdan, acaso, los famosos muñecos que hacía y pintaba Armando Reverón? Y es que Reverón, como todo artista verdadero, veía hasta cierto punto las cosas como un niño. Allí, fundamentalmente, el secreto de su pintura genial. Y allí, precisamente, la belleza de este dibujo de Milagros.

Y no se crea que no hay "intención" en el dibujo de los niños. Porque cuando pintan, o dibujan, mejor dicho, a la maestra, y lo que les sale es un verdadero esperpento, y no ponen nada alrededor de ella que suavice la dureza en que se irgue, no quepa la menor duda de que esos niños —cosas del subconsciente— no han hecho más que vengarse de algún injusto castigo que les ha impuesto la maestra.

También dibujan cosas en que se pone de bulto la intención social. Critican y protestan como los primitivos; pero critican y protestan. Y esto es ya un aspecto francamente positivo, por vital, del niño que va hacia el hombre.

Amables lectores, los invito a observar atentamente las muestras de dibujo infantil que aparecen en estas páginas: y creo que ustedes me darán la razón en lo que he dicho, y que podrán hacer conjeturas muy personales con las cuales es posible que yo esté de acuerdo en principio.

De todos modos, el viaje que estamos haciendo juntos por este maravilloso mundo de la infancia, ha de ser el mejor sedante para nuestros espíritus, a la hora de la fatiga que lógicamente impone la vida de la ciudad y del trabajo intenso.



ALARICO GOMEZ

Escritor y poeta venezolano muerto recientemente el 6 de agosto de 1955. Había nacido en Ciudad Bolívar el 23 de junio de 1922. Tuvo gran figuración en nuestras letras, como periodista, poeta, escritor y humorista, colaborando en la mayoría de los diarios y revistas de la capital. Su muerte, en plena juventud, ha restado a la intelectualidad venezolana una cifra de indudable y positivo valor.

FE DE ERRATAS

En el texto correspondiente a "Nuestra Portada", al tratar de la ubicación político-territorial de Capacho Nuevo, indicamos el Estado Mérida cuando quisimos referirnos al Estado Táchira. Rogamos a nuestros lectores excusar este error y hacer la corrección que conviene.

REVISTA SHELL

COMPAÑIA SHELL DE VENEZUELA

Producción técnica de CORPA. Impreso en Venezuela por Cromotip, C. A. — 24.000 ejemplares

